

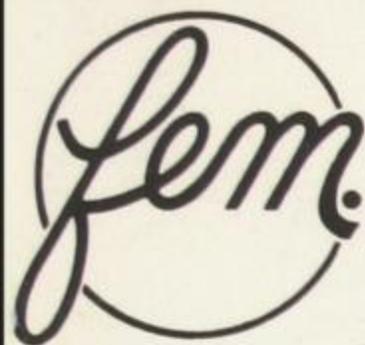
fem.

COORDINACION DE HUMANIDADES



PROGRAMA UNIVERSITARIO DE
ESTUDIOS DE GENERO
"Biblioteca Rosario Castellanos"

*Publicación feminista trimestral
Volumen I No. 1, octubre-diciembre 1976 / \$30.00
Editada por Nueva Cultura Feminista S. C.*



Publicación feminista trimestral
Volumen I No. 1, octubre-diciembre 1976 / \$30.00
Editada por Nueva Cultura Feminista S. C.

0129

indice

COORDINACION DE HUMANIDADES



PROGRAMA UNIVERSITARIO DE
ESTUDIOS DE GENERO
"Biblioteca Rosario Castellanos"

DIRECCION

Alaíde Foppa / Margarita García Flores

CONSEJO EDITORIAL

Elena Poniatowska / Lourdes Arizpe / Margarita Peña / Beth Miller / Elena Urrutia / Marta Lamas / Carmen Lugo

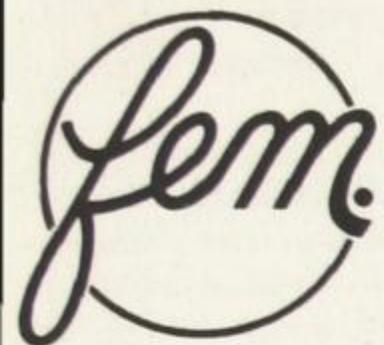
ADMINISTRACION

Alba Guzmán

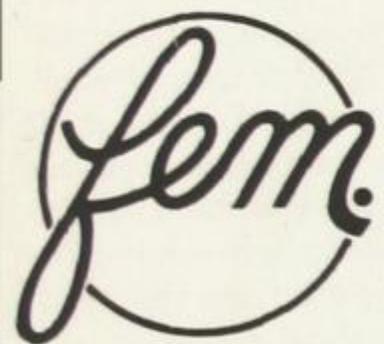
Suscripciones y canje: fem. Nueva Cultura Feminista, S. C. Hortensia No. 54, Col. Florida, México 20, D. F., Teléfonos 524-38-49 y 548-72-39. Precio de la suscripción anual: en la República Mexicana: \$ 100.00. Otros países \$ 150.00. 12.00 dólares. No se devuelven originales. Impreso en México: Imprenta Madero, S. A. (Registro en trámite.)

índice

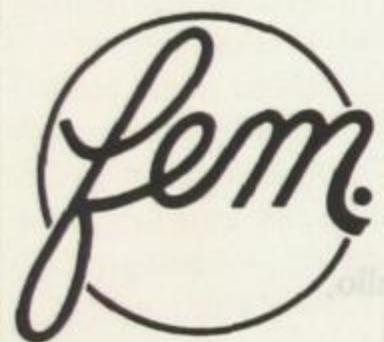
- el arte de amar / *dacia maraini* • 4
anatomía no es destino / *alaíde foppa* • 8
del trabajo invisible al trabajo visible / *elena urrutia* • 14
castillo en francia / *elena poniatowska* • 16
entrevista a margaret randall / *beth miller* • 23
¿beneficia el desarrollo económico a la mujer? / *lourdes arizpe* • 27
entrevista a marie langer / *carmen lugo* • 35
condicione a su marido / *luis gonzález de alba* • 39
entrevista a jean paul sartre / *simone de beauvoir* • 43
las arquitectas sin historia / *nelly garcía bellizzia* • 53
¿de qué se ríe si lo dicen en serio? • 58
bienvenidos estereotipos de la feminidad • 59
las mujeres de américa latina / *lita paniagua* • 60
¿quién terminará con el fascismo amoroso? / *margo glantz* • 63
de la conciencia feminista como incómodo tesoro / *nancy cárdenas* • 66
entrevista a Adelina Zendejas / *margarita garcía flores* • 68
las taquilleras del metro ganan una batalla / *marta lamas* • 78
tribunal de crímenes contra la mujer / *mireya toto gutiérrez* • 83
las glorias de la competencia • 85
refugios para mujeres golpeadas en gran bretaña / *Ruth Pearson* • 86
el caso excelsior • 89
santa: un arquetipo de prostituta / *margarita peña* • 91
mary wollstonecraft, feminista del siglo xviii • 95
denuncia • 100

The logo consists of the word "Fem" written in a cursive, handwritten-style font, enclosed within a thin circular border.

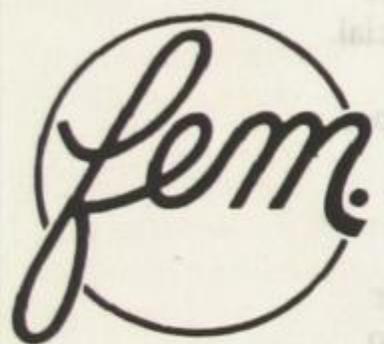
Se propone señalar desde diferentes ángulos lo que puede y debe cambiar en la condición social de las mujeres; invita al análisis y a la reflexión. No queremos dissociar la investigación de la lucha y consideramos importante apoyarnos en datos verificados y racionales y en argumentos que no sean sólo emotivos.

The logo consists of the word "Fem" written in a cursive, handwritten-style font, enclosed within a thin circular border.

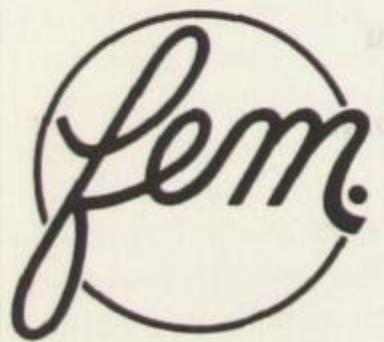
Pretende ir reconstruyendo una historia del feminismo, para muchos desconocida, e informar sobre lo que en este campo sucede hoy en el mundo, y particularmente, sobre lo que pasa en México y en América Latina.

The logo consists of the word "Fem" written in a cursive, handwritten-style font, enclosed within a thin circular border.

No publica sólo información y ensayo; da cabida a la creación literaria de las mujeres que escriben con sentido feminista y que contribuyen con su obra al reconocimiento de ese nuevo ser, libre, independiente, productivo, tal como empieza a manifestarse la mujer de hoy y será sin duda la mujer de mañana. Y no excluimos la colaboración de algunos hombres que comparten nuestras ideas.

The logo consists of the word "Fem" written in a cursive, handwritten-style font, enclosed within a thin circular border.

No es el órgano de ningún grupo; por lo tanto, está abierta a todos aquellos que persigan sus mismos objetivos.

The logo consists of the word "Fem" written in a cursive, handwritten-style font, enclosed within a thin circular border.

Considera que la lucha de las mujeres no puede concebirse como un hecho desvinculado de la lucha de los oprimidos por un mundo mejor.

*dacia
maraini*

el arte de amar

Hace siglos que Ovidio enseñó a los jóvenes machos romanos, soldados, siervos, patronos cómo se conquista a las mujeres en teatros, mercados, bajo los pórticos, en la playa, en la ciudad. Los exhortaba a ser tenaces, furtivos, ávidos, rapaces con astucia y galantería. "Pequeñas cosas conquistan las cabezas livianas de las mujeres", decía. Y luego, invitando a hacer buen uso del vino: "Es frecuente que la mujer les robe el corazón a los jóvenes, y en los vinos el Amor es llama entre la llama. Más no confíes demasiado en la incierta lumbre de la lámpara; la noche y el vino alteran el juicio. A la luz pregúntale si una gema es pura, si buena púrpura tiñe la lana; al día pregúntale si una mujer vale. Ya sabes, a oscuras todas las mujeres son iguales".

Voy a invertir ahora tus palabras,
Ovidio Nasón, poeta gentil y enemigo.
Tu voz festiva la hago mía y digo:

Si entre vosotras, mujeres burladas, alguna ignora el arte del amor,
lea estos versos, diluidos en el agua del orgullo,
y ya experta imponga su furor.

La mano de una madre tosca, incontaminada
y seca nos llevó vigilantes hacia el deber social.
Tu madre áspera es una vestal, un carcelero
que te indica el camino hacia tu mujeril deber.
Esa mano perversa y gentil que te lavó
la cara y el trasero, que te alimentó
y limpió y acarició y castigó, esa mano es
tu enemiga más dura por ser mano de mujer
que te enseña las reglas del hombre, la mano
atenta y dulce del patrón sobre tu cabeza
ya condenada, y no lo sabes, mujer ciega
y sorda, audaz e indolente. Tú excavas en tu
vientre de tierra una tripa sin aire en donde
escondes y nutres tu alma asfixiada e incolora.
Quitémosnos las vendas del pudor!
Echemos ya el dios del sacrificio
a la basura y mirémosnos a los ojos

miedosos y viciosos por tanta servidumbre,
queridas mujeres.

Tú que naces al conocimiento del dolor,
las calcetas blancas bajo la rodilla,
la falda corta a cuadros, el cabello suelto
sobre los hombros flacuchos, en la escuela, en casa,
en los bailes populares, y en la bicimoto detrás de tu muchacho.
Tu bandera es la indiferencia tramposa
de tus dulces ojos de camelia hambrienta.
De las demás mujeres nada te importa;
la tersura de la piel, el fulgor de los cabellos,
el brillo de los dientes te hacen vencedora sin
esfuerzo y sin guerra, en la onda natural de la edad.
Y vas y corres y estás feliz de ser tú porque
te pegas a su tórax fértil de macho
sabiendo que te anhela como quiere el pan,
con serena lánguida pasión, sin amor.

Más todo está fijado de antemano como en una calcomanía
y tú eres dulce y él es rudo, tú eres suave y
él es duro, tú eres débil y él es fuerte,
y cuando te dice con su voz frágil:
"Te tomo, eres mía", tú aceptas naturalmente
su posesión que es social y no natural,
precipitándote de golpe en la degradación.
Le agradeces un helado, un paseo
en coche, una caricia, con humildad y miedo.
Y no sabes, mientras sorbes ese helado
de fresa que te tiñe los labios de morado
que te estás sorbiendo el alma, demasiado dulce
y fría y sabrosa, pero dispuesta ya a diluirse, a desaparecer.

La corrupción es tan fácil, limpia y honesta.
Las palabras de tu madre, de tu maestra,
de tus compañeras, te llevan como una
ternera de carne clara hacia el matadero.
Quien sabe cuando empieza esta sutil
corrupción de tu integridad humana,
si en el vientre oscuro de la herencia
cuando absorbías con la sangre el oxígeno
en una bocanada amarga que te llenaba los pulmones,
o después, en los gruesos pañales que te
oprimían el cuerpo deforme y enrojecido.
O bien después, entre los brazos amorosos de un padre
empleado que te enseñaba la primera A, la primera O.
O aún más tarde, con tu vestidito rosa,

y estrechando en tus brazos a una muñeca de pelo verdadero
que hace pipí por un agujerito en el plástico blanduzco,
para tu educación de mamá futura y ardorosa.
O más tarde aún, en tu primer pupitre laqueado,
mientras una maestra miope y paciente te enseña
a dibujar casitas con jardines y aladas flores amarillas.

Y he aquí que despiertas una mañana y estás ya corrompida,
la convicción de tu destino servil
se te metió en la cabeza como un clavo
que inmoviliza para siempre tus pensamientos, tus
certidumbres, tus sentidos, tus antojos, tus miedos.
Ese clavo te fijó con un golpe resplandeciente
en la ordenada y sensata oscuridad del firmamento social.
Un clavo tan bien clavado y tan a fondo
en las entrañas de tu cerebro delicado
que pensarás después haber nacido así, cornuda
como aquel extraño animal, el unicornio
bello y nunca existido, y sin embargo pintado y
cantado y abonado por las fantasías del mito.

Mas si tú, desde un principio te aceptas
como persona entera, sin resquebrajaduras ni golpes,
si aceptas mirar con ojos francos
el mundo, los deseos, los engaños, la eternidad,
verás, te cambiará la vida entre las manos,
y tu cabeza caminará sola y te parecerá
algo extraño y bello y quizás temible, pero la mortificación
ya la habrás pisoteado como la serpiente de todas las vergüenzas
y los dolores te parecerán más verdaderos y radiantes.
Toma por una vez la cara de tu muchacho
entre las manos, sin temblar por la audacia,
dóblale la cabeza de un lado con ternura y
bésalo tú, mordisqueándole un poco el labio superior.
Parece fácil, pero más fácilmente
pasa un camello por el ojo de una aguja
que una mujer tenga la fuerza de
ser sí misma, en su carne y en sus pensamientos.
Díle a flor de labios: ¡qué hermoso eres!
Y tómale la mano y díle: me gustas,
ahora vuelvo a besarte una y otra vez
por mi placer y mi alegría.

Y tú que eres virgen y te vistes de tu virginidad
como de una bandera tricolor, vistosa, despampanante.
Tú que has conservado esa "flor" como un tesoro

Fanny Rabel



entre tus amadas faldas años y años con tenacidad
y paciencia. A veces te encierras en el baño,
sola como un pez en el agua enjabonada
y contemplas tu joya radiante con ojos de
celosa avidez. Puede llamar tu padre, puede llamar
tu madre, tu soledad es tan perfecta que
tus oídos se volvieron de mármol y tu júbilo
contemplativo tan envuelto está en sí mismo
que tu vientre se hizo transparente.

Solitario, mudo, fulgente, ahí está el pequeño velo
rubio de tu integridad que crees natural y es social.
Pasas los dedos de cisne sobre ese tesoro adorado y
no entiendes, ya no entiendes que te has vuelto
una insulsa ávida avara conservadora de ti misma,
una guardiana feroz e impura de tu servidumbre histórica.
Conozco una muchacha ni muy alta ni muy baja,
con dos senos claros como melones, que se perforó
sola con sus propias manos y luego se secó el sudor
de la frente con los dedos sucios de sangre y de miedo.
Tú no, tú descansas sobre la almohada de tus sentidos magullados
y calculas como severo tenedor de libros, tus entradas,
tus salidas en el libro de los privilegios fatales.
La virginidad la conservas para aparecer más pura,
y no adviertes la impureza que pudrió
tu alma que ahora hiede a moho y a fango.

Y ahí estás, el día que decidiste. Recién casada,
amada, vestida de novia. Recibiste el
permiso oficial de romper ese leve opaco
velo de tu honra y hoy abrirás las piernas
al poder carnoso de tu patrón legal.

Ahí estás y todo te mortifica, pero la mortificación la tomas
por malestar natural. Hubo
intercambio de regalos. Pasaste como un buche
de saliva maliciosa por la boca oleosa
de tus primos, tíos, cuñadas, abuelos, parientes
que aluden a tu próximo sacrificio con
alegría obscena y pueblerina picardía.

Ahí estás, sudada, entre flores y restos de
pastel mordisqueado junto a colillas
de cigarrillos apagados. Miras a tu alrededor contenta
porque éste es el papel que debes actuar hoy,
pura, festiva, sólida, sonriente, no ignara
de los ojos ansiosos que te imaginan en la cama,

esquiva y luego deseosa, con el novio encima triunfante, ambiguo, acalorado, que te "hace" mujer. Crees que tu malestar, tu mortificación sean cosas infantiles que hay que negar y no sabes que son las últimas gotas del orgullo que te estás sacudiendo como moscas fastidiosas.

Y llega la noche y te encierras en la alcoba del amor acompañada por las fantasías voraces de tantos parientes y amigos vestidos de fiesta. Dejas caer tu vestido blando, pesado, costoso. Y los ves a él, ahí, con la señal de la camiseta sobre el pecho flaco, los ojos encendidos de extranjero. Tu mano húmeda corre al interruptor de la luz. Permanecen a oscuras, medio desnudos y hostiles. Tú te preparas, gentil y carnosa, a actuar ahora otro papel, el de esposa en la noche de bodas. Tímida, torpe, resignada, púdica, amorosa. El oprime su boca seca contra la tuya. Te empuja luego hacia atrás con un gesto de impaciencia, y entonces, tú te abandonas derramando sobre la sábana tu vergüenza disfrazada de obediencia y docilidad conyugal.

Ovidio está muerto y sepultado y sus huesos se han vuelto livianos como vidrios, sus jugos vitales se los comió la tierra para alimentar con ellos enredaderas y ortigas y hayas. Siglos y siglos de hazañas han pasado, de guerras y revoluciones y transformaciones. Más sus dulzonas palabras despectivas sobre las mujeres permanecen vivas. Millones de hombres siguen pensando lo mismo, con turbia risueña seguridad, convencidos de que esas reglas que respetan son naturales y eternas. Escucho ya la voz ríspida de mis amigos revolucionarios que me dicen: pero el hombre también es explotado, también él es víctima de la opresión, no pierdan de vista la lucha de clases con estas fantasías.

Ya lo se, lo sabemos, no griten tanto, la intolerancia de ustedes demuestra miedo. ¿De qué tienen miedo? ¿De descubrirse opresores aunque sean oprimidos? De hallar en el fondo de su corazón algo dulce y sombrío que prefieren no sacar a luz porque podría transformarse en una llamarada de racismo oscuro y salvaje?

A la mujer, amigos y compañeros, se le mantuvo fuera de la historia, con manos y pies de leche. Fuera del poder, con ojos rosados de conejo, y humildes labios de conejillo de indias. Fuera del tiempo con pechos llenos de crema ácida y pezones turgentes de rubia abundancia. Fuera de la riqueza con vientres repletos de negro semen y tobillos pesados de cansancio. Fuera de la gloria, con brazos laboriosos y fulgentes, con muelles dientes de diamante.

Hagan la prueba de ser mujer un solo día, sufran la ligereza, el ultraje, la denigración que se hicieron carne de la carne sin que nadie se dé cuenta de ello. Traten de buscar un trabajo que no sea de burro de carga, que no sea el ofrecimiento y la venta de una piel pulida que se arruga con el primer otoño. Prueben la servidumbre, cuando la servidumbre se impone como necesidad, como una antigua innata tendencia del cuerpo femenino.

Vayan a trabajar para un patrón que juzgará cómo sonríen y no sólo como trabajan; que se hará dueño de vuestra alma y de vuestro áspero cerebro que en cualquier momento podrá destrozarse como una mosca entre dos dedos untados de grasa. Prueben a cocinar, coser, lavar, planchar, barrer, limpiar, rastrillar. Y me dirán después qué les queda del ancho aliento de hombres forzudos.

(Traducción de A. F.)

Fragmentos tomados del libro *Donne me*. Einaudi, 1974.

alaíde
foppa

anatomía no es destino

Durante milenios la mujer ha sido considerada en función de su cuerpo y de su sexo: el parto, la crianza, la "satisfacción" sexual que puede dar al hombre, su intrínseca impureza determinada por las hemorragias, su efímera belleza, su condición de ser inútil y agotado cuando ya no es fecunda. Aun los llamados trabajos "femeninos", dependen sobre todo del cuerpo, pues son en su mayoría tareas "manuales". La mujer, por su parte, aceptó el papel que se le asignaba y, consciente de que su cuerpo era lo único importante que poseía, no pudo menos que dedicarle toda su atención, si deseaba valorar sus atributos; estuvo, por lo tanto, casi siempre dispuesta a ser de uno u otro modo "objeto sexual". Hoy las cosas han cambiado: ya no se discute, por ejemplo, si la mujer tiene o no alma, como sucedió todavía en los primeros siglos del cristianismo oficial, y muchas mujeres desempeñan tareas que no son precisamente manuales. Sin embargo, los estereotipos persisten y en una forma implícita se les sigue regateando a las mujeres el derecho —y el deber— de ser algo más que un cuerpo.

Ante la palabra *igualdad*, —repetida con insistencia en reclamos, proclamas, conferencias, leyes recientemente reformadas— algunos objetan con aparente lógica que la mujer no es igual al hombre; y, naturalmente, se refieren al cuerpo. Se habla de la

diferencia en muchos tonos ("la petite difference", dicho con maliciosa sonrisa en pláticas de salón) y es imposible negar que la diferencia existe. Pero estas obvias afirmaciones, como todo lo obvio, son inútiles. ¿Quién pretende ignorar las diferencias biológicas entre el hombre y la mujer? Lo que niega el feminismo, o más bien lo que objeta, es que la diferencias sean en sí mismas discriminatorias. Diría que el feminismo significa precisamente esto: la afirmación de que el ser mujer no debe constituir una inferioridad social.

A las feministas de hace cincuenta años —y de antes— se les atacó y ridiculizó diciendo que eran mujeres frustradas, feas, solteronas, frías, incapaces de amar y de ser amadas, o por lo menos, que no querían ser mujeres. A las de hoy —en su mayoría muchachas jóvenes y atractivas— se les acusa de lesbianismo, o de libertinaje sexual (ese "libertinaje" que los hombres han ejercido hasta ahora no sólo sin censura, sino con prestigio). En todos los casos, los ataques van dirigidos al cuerpo, al sexo: por falta o por exceso. También la moral de la mujer ha estado vinculada casi exclusivamente a su cuerpo.

Que las feministas no quisieran ser mujeres o no sean biológicamente femeninas, por supuesto, es falso. Si una mujer no quiere ser mujer es, en cierto modo, antifeminista, pues está

admitiendo implícitamente la inferioridad de una condición que se niega a asumir, y justificando así las teorías sobre su inferioridad. Las feministas no creemos en "la envidia del pene" sobre la que Freud construye toda su interpretación de la psicología femenina, porque estamos seguras de que la falta de tan importante accesorio está ampliamente compensada por otros atributos no menos importantes; consideramos, por lo tanto, que esa carencia —o más bien, esa diferenciación— no constituye un motivo de envidia, puesto que no significa un demérito, ni representa una limitación en el ejercicio de las facultades humanas de las que la mujer puede estar provista en igual medida que el hombre. La matriz no hace a la mujer menos dotada para las matemáticas, ni la menstruación le impide estudiar física nuclear.

De la inferioridad intelectual de la mujer, por fortuna, ya no se habla seriamente y empieza a admitirse que, si no hubo en los siglos pasados una Shakespeare, una Dante, una Beethoven, ello se debe a razones sociales y no biológicas; en definitiva, a falta de ejercicio y de oportunidades... La teoría del cerebro más pequeño, que usaron los positivistas, creo que la medicina la abandonó hace tiempo; lo que subsiste, el gran argumento en contra de la plena participación de la mujer en la vida de la sociedad, sigue siendo el de las limitaciones que le impone la maternidad. Y esto es lo que sobre todo se discute, hoy que también la biología ha cambiado, o al menos, es susceptible de ser dirigida. Hay que distinguir las limitaciones derivadas de la biología, de las que ha impuesto una milenaria concepción —aceptada universalmente por hombres y mujeres— que ve en lo específicamente femenino la debilidad, la impureza y como consecuencia, la inferioridad de las mujeres.

La idea de una intrínseca impureza de la mujer viene desde lejos y encontramos en la *Biblia* muchos testimonios de ello; impureza vinculada a la menstruación y, por analogía, a las hemorragias del puerperio. El semen masculino siempre fue visto como un elemento precioso, mientras la sangre de la mujer se consideró, y todavía se considera, algo sucio. Aun la maternidad tiene en la concepción judaica un carácter impuro, puesto que la mujer debe ser *purificada* en el templo después de haber dado a luz. En el *Levítico*, el capítulo sobre "las impurezas" viene después del capítulo sobre la lepra. Es verdad que también al hombre se le considera impuro cuando pierde "flujo seminal"; pero se trata en este caso, de algo anormal, y no de lo que es absolutamente normal, como la menstruación o la hemorragia del puerperio. Sin duda, toda secreción del cuerpo tuvo carácter de suciedad, y en la idea de purificación había, como en muchas leyes morales o litúrgicas, un principio de higiene; pero en el caso de la mujer, el carácter impuro de su naturaleza está mucho más acentuado.

Dice el *Levítico* (15):

"La mujer que tiene flujo, flujo de sangre en su carne, estará siete días en su impureza. Quien la tocare será impuro hasta la tarde. Aquello sobre que durmiere o se sentare durante su impureza será impuro, y quien tocare su lecho, lavará sus vestidos, se bañará en agua y será impuro hasta la tarde. Si alguno tocare un mueble sobre el que ella se sentó, lavará sus vestidos, se bañará en agua y será impuro hasta la tarde. Lo que hubiere sobre su lecho o sobre su asiento será impuro hasta la tarde. Pero si uno se acostare con ella, será sobre él su impureza, y será inmundo por siete días y el lecho en que durmiese será impuro."

La misma concepción se aplica a la maternidad y tan inherente a la condición femenina, que a la mujer se le considera doblemente impura si da a luz a una niña... "Yavé habló a Moisés y a Aarón diciendo: Cuando una mujer dé a luz y tenga un hijo, será impura durante siete días; será impura como en el tiempo de su menstruación. El octavo día será circuncidado el hijo, pero ella quedará todavía en casa durante treinta y tres días en la sangre de su purificación; no tocará nada santo, ni irá al santuario hasta que se cumplan los días de su purificación. Si da a luz una hija será impura dos semanas, como en el tiempo de su menstruación y se quedará en casa sesenta días en la sangre de su purificación." Se habla después del cordero que deberá llevar "en holocausto" y de "el pichón y la tórtola en sacrificio por el pecado". El "pecado" el igual, ya se trate de varón o de hembra, puesto que lo mismo debe entregar al templo la culpable, "para su purificación", pero el tiempo del encierro varía, en perjuicio naturalmente de la mujer que ha dado a luz una niña, anticipando así, desde el nacimiento, los largos encierros, retiros y recogimientos de las mujeres: en el gineceo, en el harem, en el convento, o en su casa... Todo esto nos parece hoy, no sólo injusto, sino absurdo, arcaico, legendario. Sin embargo, pesan todavía sobre las mujeres las antiguas maldiciones.

"¡Estoy herida, mamá! ¡Auxilio, estoy herida!" Con esta frase —que leemos en el relato de una escritora italiana de nuestro días— manifestó la autora su dolor y su sorpresa ante la primera, inesperada e ignorada menstruación. La descripción es patética, y muchas mujeres podrán reconocerse en ella, ya que vivieron dolorosamente ese momento, porque la menstruación era algo de lo que no se hablaba, porque a las madres les daba vergüenza (vestigios de la noción de impureza...) informar a sus niñas sobre lo que les iba a pasar. Armanda Guiducci, en su libro *La manzana y la serpiente*, describe así su reacción de niña en el momento de descubrir la sangre que escurre entre sus piernas. "Permanecí inmóvil, como alguien que ha sido atacado a traición,

y observaba con terror indecible. Miraba fijamente la sangre lenta, inexorable, que escurría hacia las rodillas, rozándome de tibieza. Me incliné y vi la taza blanca manchada de viva sangre oscura. Estaba herida de muerte. Pero ¿por quién y por qué? ” No logran consolar a la niña, las palabras de la madre y de la abuela: palabras, gestos, miradas, entonación de la voz, en lo que ella percibe un dejo de piedad, junto a la aceptación indiscutible y resignada de un destino peculiar de la mujer; aceptación que se hace evidente en la estruendosa risa de las dos mujeres cuando la niña pregunta si los hombres también pierden sangre.

La sangre aparente, dolorosa, es una prerrogativa femenina. La menstruación; es sangre hay sangre en la desfloración (ah, el poético eufemismo para esa otra herida. . .), y cuánta sangre en el parto. Pero lo que la imaginación de los hombres le ha agregado es el concepto de impureza. La menstruación es algo que no es de buen gusto mencionar; en todos los idiomas se han inventado metáforas para referirse al hecho; y si la *Biblia* consideró impura a la mujer que menstrua, la tradición popular, en todas partes del mundo, le atribuye una gran variedad de malos influjos sobre las plantas, sobre los frutos. . . y hasta sobre la mayonesa. En muy pocas sociedades, de las llamadas primitivas, la muchacha púber es objeto de festejos, mientras se celebra casi siempre la iniciación sexual del adolescente. La sangre de la mujer es, evidentemente, una vergüenza.

La maternidad sí ha sido exaltada por el género humano. Las primeras esculturas que conocemos representan a la mujer de grandes pechos, anchas caderas y abultados vientres; las famosas, adiposas estatuillas paleolíticas —las llamadas venus esteatopígicas— son una clara exaltación de los atributos maternos y se supone que fueron amuletos propiciatorios para la fecundidad. Madre es también la tierra, la madre nutricia, y madre, la naturaleza. Pero en la historia, pronto dejó de ser la maternidad un privilegio, y hasta se volvió una condena: “Parirás hijos con dolor” —la sentencia bíblica— no tuvo de inmediato las compensaciones del “ganarás el pan con el sudor de tu frente”.

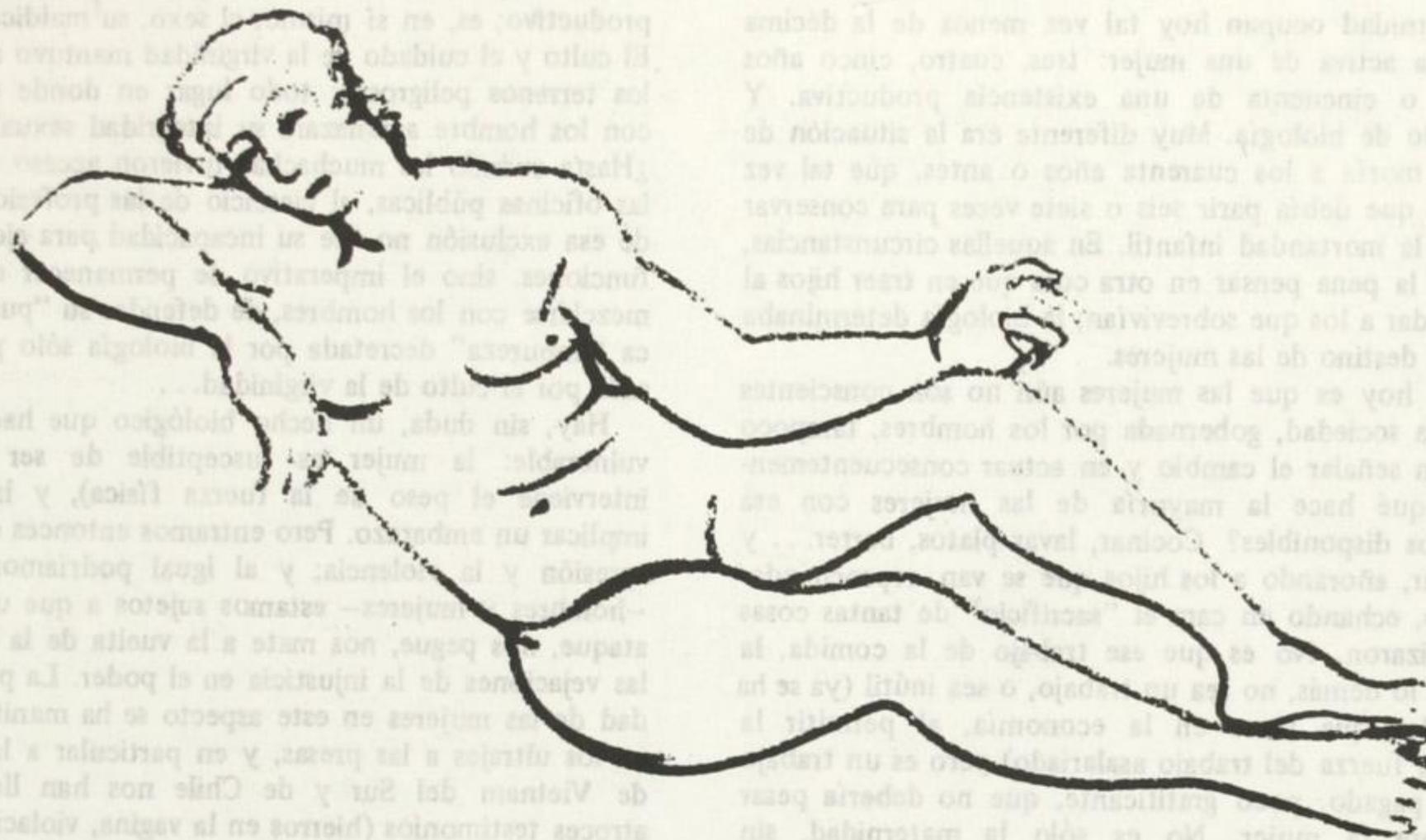
Las etapas biológicas están mucho más marcadas en la mujer que en el hombre, o al menos, son más aparentes los cambios, señalados por hechos muy visibles: menstruación, embarazo y parto, menopausia. Pero lo curioso es que mientras se le dio a la biología femenina un carácter vergonzoso o pecaminoso, al mismo tiempo, la mujer ha sido milenariamente considerada y valorizada sólo en función de su cuerpo y de su sexo. La menstruación es una vergüenza, la maternidad es una condena; pero la menopausia es casi la muerte. . . (la mujer ya no sirve, se acabó). Los médicos saben muy bien cuánto hay de psicológico en los males de la menopausia, como en los de la menstruación y del embarazo, precisamente por ser considerados *males*. Cuando

se extrae una matriz o unos ovarios, se dice popularmente que a la pobre mujer *la vaciaron*. Le queda un corazón que palpita, le quedan pulmones para respirar, le queda el cerebro para pensar, pero está *vacía*. Lo que era valioso en ella ya no existe. Así, pues, la vida de la mujer transcurre según estos conceptos —que van de lo sagrado a lo popular, pero que viven todavía en la mente o en el subconsciente de la mayoría— entre la vergüenza y el vacío, con una breve estación en que se alaban sus encantos, se anhelan sus favores y se exalta momentáneamente su condición de madre.

Se habla hoy mucho de la mujer “objeto sexual”; sobre todo para condenar a la sociedad de consumo que con tanta insistencia se sirve de ella para sus fines. Se habla de la mujer *usada*, *manipulada* por la publicidad, el cine, las revistas, la pornografía. . . Hay que admitir, sin embargo, que la mujer se presta a representar ese papel, en mayor o menor medida: puede tratarse de “modelar” para una revista de modas o de “conseguir” marido, de triunfar en un escenario o de resplandecer en una modesta reunión familiar, de obtener un buen empleo o de manipular ella al novio, al amante o al marido, empleando sus encantos femeninos. Pero ¿no es explicable y natural que la mujer acepte ese papel con gusto y hasta lo actúe con obstinación, cuando se le ha dicho siempre que lo que vale en ella es su belleza, su atractivo sexual, su juventud, una fugaz temporada de su cuerpo? De ahí la angustia ante la vejez. La rosa temprana que cantaron los poetas del Renacimiento los nardos frescos de Juana de Ibarbourou, éstos son los Bienes que se le reconocen a la mujer, esa es la compensación efímera de sus condenas y de sus vergüenzas. ¿Cómo no ha de tratar ella de valorizar al máximo lo poco o lo breve que tiene?

La belleza física, donde se encuentre, es innegablemente un bien. Bueno es un paisaje, un hermoso animal, una flor, una hoja; lo malo es confundir los valores; y el acento que se ha puesto en la belleza física de la mujer —mucho antes de la sociedad de consumo— implica, por una parte, que es un único bien y, lo peor, que es uno de los bienes destinados al *señor*, un bien que se cultiva y madura en beneficio de un señor. También la belleza masculina es digna de encomio; pero a un ministro, a un ingeniero, a un médico, no se le suele hacer el elogio de sus ojos azules o de sus largas pestañas, como se le hace con insistencia a una secretaria. . .

Todo lo dicho parece contradecir el título de este ensayo y darle la razón a Freud, puesto que estoy señalando los vínculos milenarios que existen entre la anatomía y el destino de la mujer. No creo sin embargo, contradecirme; es necesario reconocer que lo que pudo ser explicable, y aún determinante, en un momento —un momento de muchos siglos. . .— ya no tiene razón de seguir



A. Derain

siendo. En esta época de cambios, debe cambiar, con la biología, el destino de las mujeres. Más difícil parece, sin embargo, modificar la mentalidad humana, destruir prejuicios, abolir tabúes, que cambiar la biología; así como es más fácil reformar las leyes que alterar las costumbres de la mayoría.

La debilidad, la menor fuerza física de la mujer respecto al hombre, fue el otro motivo de inferioridad que pesó milenariamente en su destino, porque el vigor físico fue decisivo durante mucho tiempo en la lucha por la existencia. Pero hoy ¿qué importa que la mujer sea menos robusta que el hombre? ¿Cuáles son los trabajos que exigen una energía o una resistencia que la mujer no tiene? Muy pocos. La fuerza bruta casi no es necesaria para nada. Aun en la guerra (desgraciadamente hay que tomar en cuenta ese campo de destrucción en el que se mide el poder de las naciones), las armas son de fácil manejo, los vehículos también son de fácil manejo y las tropas son transportadas. Vietnam acaba de darnos el ejemplo de la participación de las mujeres en misiones y tareas nada "femeninas", que van desde el bombardeo de aviones enemigos hasta la reconstrucción de puentes y carreteras. En cuanto a la industria, las máquinas sustituyen cada vez más la energía humana, y la mayoría de ellas exigen muy poco esfuerzo.

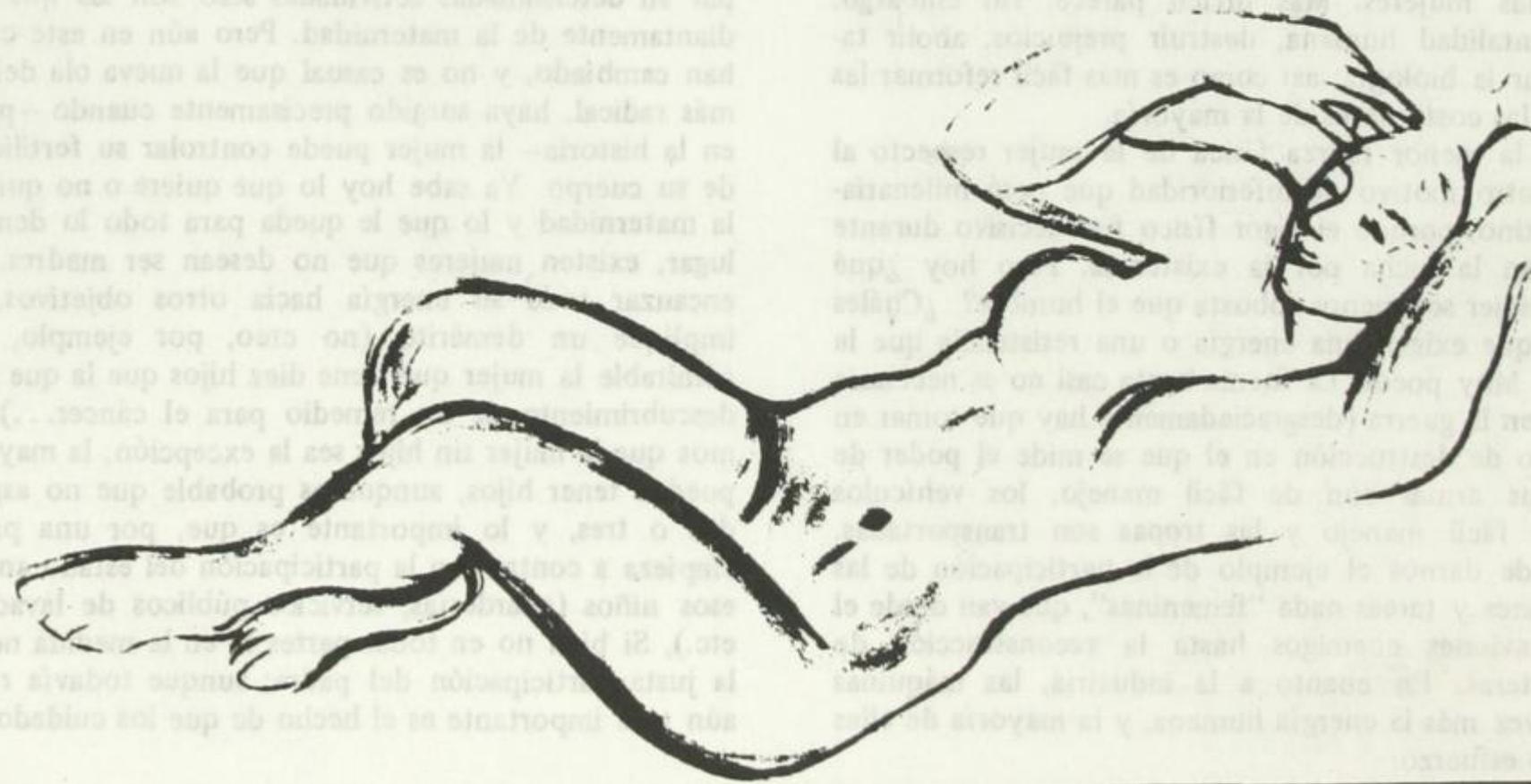
Las únicas verdaderas limitaciones de las mujeres para participar en determinadas actividades sólo son las que derivan inmediatamente de la maternidad. Pero aún en este campo las cosas han cambiado, y no es casual que la nueva ola del feminismo, la más radical, haya surgido precisamente cuando —por primera vez en la historia— la mujer puede controlar su fertilidad, ser dueña de su cuerpo. Ya sabe hoy lo que quiere o no quiere dedicarle a la maternidad y lo que le queda para todo lo demás. En primer lugar, existen mujeres que no desean ser madres, que prefieren encauzar toda su energía hacia otros objetivos, sin que ello implique un demérito (no creo, por ejemplo, que sea más admirable la mujer que tiene diez hijos que la que participa en el descubrimiento de un remedio para el cáncer...). Pero admitamos que la mujer sin hijos sea la excepción; la mayoría quieren y pueden tener hijos, aunque es probable que no aspiren a más de dos o tres, y lo importante es que, por una parte, la madre empieza a contar con la participación del estado en el cuidado de esos niños (guarderías, servicios públicos de lavado y limpieza, etc.), Si bien no en todas partes ni en la medida necesaria; y con la justa participación del padre; aunque todavía regateada. Pero aún más importante es el hecho de que los cuidados intensos que

implica la maternidad ocupan hoy tal vez menos de la décima parte de la vida activa de una mujer: tres, cuatro, cinco años sobre cuarenta o cincuenta de una existencia productiva. Y estamos hablando de biología. Muy diferente era la situación de una mujer que moría a los cuarenta años o antes, que tal vez moría de parto, que debía parir seis o siete veces para conservar tres hijos, dada la mortandad infantil. En aquellas circunstancias, tal vez no valía la pena pensar en otra cosa que en traer hijos al mundo y en cuidar a los que sobrevivían; la biología determinaba efectivamente el destino de las mujeres.

Lo que pasa hoy es que las mujeres aún no son conscientes del cambio, y la sociedad, gobernada por los hombres, tampoco tiene empeño en señalar el cambio y en actuar consecuentemente. Entonces ¿qué hace la mayoría de las mujeres con esa cantidad de años disponibles? Cocinar, lavar platos, barrer... y volver a empezar, añorando a los hijos que se van, reprochándoles el abandono, echando en cara el "sacrificio" de tantas cosas que no se realizaron. No es que ese trabajo de la comida, la limpieza y todo lo demás, no sea un trabajo, o sea inútil (ya se ha señalado el valor que tiene en la economía, al permitir la renovación de la fuerza del trabajo asalariado) pero es un trabajo no elegido, no pagado, poco gratificante, que no debería pesar únicamente sobre la mujer. No es sólo la maternidad, sin embargo, la que aleja secularmente a la mujer del trabajo

productivo; es, en sí mismo, el sexo, su maldición y su tesoro... El culto y el cuidado de la virginidad mantuvo a la mujer lejos de los terrenos peligrosos: todo lugar en donde el trato frecuente con los hombres amenazara su integridad sexual le fue prohibido. ¿Hasta cuándo las muchachas tuvieron acceso a la universidad, a las oficinas públicas, al ejercicio de las profesiones? Y el motivo de esa exclusión no fue su incapacidad para ejercer determinadas funciones, sino el imperativo de permanecer en su casa, de no mezclarse con los hombres, de defender su "pureza". La intrínseca "impureza" decretada por la biología sólo podía ser compensada por el culto de la virginidad...

Hay, sin duda, un hecho biológico que hace a la mujer más vulnerable: la mujer es susceptible de ser violada (aquí sí interviene el peso de la fuerza física), y la violación puede implicar un embarazo. Pero entramos entonces en el terreno de la agresión y la violencia; y al igual podríamos decir que todos —hombres y mujeres— estamos sujetos a que un delincuente nos ataque, nos pegue, nos mate a la vuelta de la esquina, o a sufrir las vejaciones de la injusticia en el poder. La peculiar vulnerabilidad de las mujeres en este aspecto se ha manifestado sobre todo en los ultrajes a las presas, y en particular a las presas políticas; de Vietnam del Sur y de Chile nos han llegado los últimos atroces testimonios (hierros en la vagina, violaciones sucesivas por parte de los carceleros, etc.), vejaciones de las que fueron



A. Derain

víctimas jóvenes militantes o esposas e hijas de militantes. Contra la injusticia, contra la agresión y el atropello, no hay leyes ni *costumbres* que defiendan.

Las costumbres hacen la moral, y la moral hace las costumbres ("mores"). En la mayor parte de los países ha disminuido ya en gran medida la *clausura* de las mujeres, porque la virginidad ha perdido en mucho su valor, y la infidelidad de las casadas es menos censurada desde el momento que el divorcio se admite socialmente. Pero ¿por qué la vida sexual del hombre no estuvo nunca sujeta a la sanción social como la de las mujeres? Para el hombre soltero siempre fue lícito, y hasta prestigioso, el sexo (independientemente de los mandatos de la religión); y para el casado, la tolerancia ante las infidelidades siempre fue muy grande aún de parte de las mujeres y hasta de la propia mujer. . . ¿Por qué? No sólo porque el sexo no implica para el hombre las consecuencias que puede traerle a la mujer, ni porque al burgués le importó mucho la seguridad de que al hijo a quien transmitiría el patrimonio fuese su hijo. Hay algo más: el valor las capacidades, la productividad del hombre, se miden en otros campos; el resto es su *vida privada*. Resulta, en cambio, que las mujeres sólo han tenido una milenaria vida privada; de ahí que el acento se puso siempre, al tratarse de educación femenina, sobre el hogar, las labores domésticas, el recogimiento y el recato. Todo lo más *privado* posible. Y las *virtudes* de la mujer fueron secularmente las que se relacionaban con la castidad y con la eficiencia en el manejo de la casa. ¿Importaba acaso que una mujer fuese valiente, veraz, inteligente, imaginativa? Si era casta y fiel, si era ordenada, si sabía cocinar, era buena, era virtuosa.

Los espíritus conservadores (y las mujeres suelen serlo, porque se les ha educado para *conservar*, guardar, preservar, y no para producir), piensan que si así fue siempre, por algo ha de ser, y que probablemente así lo mande Dios. . . Hay muchas cosas, sin embargo, que siguen siendo aunque no deban ser. En la época de las cavernas mientras la mujer daba a luz o amamantaba al crío el hombre tenía que ir de cacería, o estar en guardia para que no entrara el tigre. Más tarde, al principio de la propiedad, son los hombres quienes la defienden de los vecinos; no porque las mujeres no sean capaces de lanzar una flecha, sino porque la maternidad, o las frecuentes maternidades se lo impedían. La mujer fue dependiente del hombre para su manutención y su defensa, y el hombre guerrero conquistó el poder al arriesgar su vida para defenderlo. La humanidad se caracterizó muy pronto como ambiciosa y guerrera, y la mujer, sin capacidad de conquista, ocupó lógicamente una posición secundaria. Por eso dice Simone de Beauvoir que la humanidad "le dio el primer lugar al sexo que da la muerte y no al que da la vida".

La exaltación de la maternidad como destino y suprema virtud de la mujer tampoco se dio en todos los tiempos. La maternidad era simplemente un hecho, una necesidad y en las clases privilegiadas se trató siempre de disminuir sus exigencias y aliviar sus tareas lo más posible. Fue Rousseau, a mediados del siglo XVIII, quien empezó a increpar a las mujeres que confiaban el cuidado de los hijos a nodrizas y niñeras; él "puso de moda" el que la madre diera de mamar y en su general exaltación de las virtudes de la naturaleza, incitó a las madres a ejercer las "naturales" virtudes femeninas de las que estaban dotadas, insistiendo en que en ellas residía el valor de su existencia. Medio siglo más tarde, Fourier, en su afán de ordenar más placenteramente el mundo, se atrevió a hablar de "la inutilidad de las virtudes maternas", proponiendo una organización que permitiese distribuir racionalmente el trabajo de las mujeres, sin necesidad de que *todas* se dedicaron al cuidado de los niños. En muchos aspectos Fourier fue un precursor, y como suele suceder a los precursores, nadie le hizo caso. El Romanticismo, siguiendo a Rousseau, exaltó la abnegación de las madres y la pureza de las doncellas.

Aproximadamente en la misma época, millares de mujeres empezaron a acudir a las fábricas, aun a costa de descuidar a sus hijos (que también trabajaron en las fábricas desde muy temprano), y de poner en peligro su "virtud". Pero a esas mujeres no se les tomaba en cuenta y mucho menos fueron dignas de ser exaltadas. Las mujeres consideradas como ejemplo, en la literatura y en los preceptos educativos, no trabajaban eran frágiles y delicadas —tal como corresponde a la naturaleza femenina— y no debían exponerse el peligroso contacto con el sexo masculino. Es decir, que las razones de la naturaleza —o de la anatomía— tampoco se han esgrimido de la misma manera para todas las mujeres y el "destino" ha sido con frecuencia contraído en favor de otros intereses. Pese a su "debilidad", las mujeres siempre han trabajado; lo que no se les ha permitido es elegir su trabajo Y sólo pocas han elegido su ocio, y la manera de entretenerlo: lo cual, aunque sea un privilegio, es también una marginación.

Hoy no son tampoco *todas* las mujeres las que son dueñas de su cuerpo. Esta afirmación, que se repite con frecuencia, aún se refiere a una minoría. Por lo tanto, la biología sigue determinando muchos destinos. . . No basta que algo sea posible, para que se vuelva efectivo para todos. Modificando el concepto de Freud, podríamos decir que anatomía es destino cuando el contexto social rechaza los cambios. No basta para mejorar el destino de las mujeres que potencialmente cambie la biología, si no cambia también la sociedad.

elena
urrutia

del trabajo invisible al trabajo visible*

No se trata aquí de convencer de la superioridad del trabajo "visible" con respecto al trabajo "invisible". (Ya sabemos que el trabajo doméstico como única alternativa no hace más que mantener a la mujer en el nivel de un ser de segunda clase. Que no es por *naturaleza* que la mujer realiza las tareas domésticas. Que mucho de la devaluación del trabajo "invisible" está en que no arroja un producto económicamente tangible, que no es un valor de cambio y sí un valor de uso consumible inmediatamente.) Hay que admitir que la participación igualitaria en la vida económica, política y cultural es, indiscutiblemente, un paso decisivo hacia la liberación de la mujer. Para la mujer como para el hombre la única vía de equilibrio consiste en la vida social activa y satisfactoria.

Pero el solo hecho de desempeñar un trabajo "visible" no es condición suficiente para lograr esa participación igualitaria; y no lo es porque el ingreso al trabajo, el tipo de trabajo y la actitud

ante el trabajo distan aún de desarrollarse en condiciones, por lo menos similares, a aquellas en las que se desarrolla el trabajo del hombre. El trabajo alienante que con frecuencia realiza el hombre no es una meta apetecible, pero es, en última instancia, un medio de arrancar a la mujer de su limitación a la domesticidad y parasitismo, el lugar en el que puede encontrar el mundo de los demás alienados, el espacio en el cual proyectar en otra dimensión los problemas propios y ampliar la conciencia de lucha. El trabajo alienante no libera pero, al propiciar una toma de conciencia, abre caminos para la liberación.

No puede negarse que las posibilidades de incorporación de la mujer al mundo del trabajo "visible" son cada vez más reales. Susan Sontag escribe que "el cambio de rumbo ecológico (creciente longevidad, mayor explosión demográfica, más rápido agotamiento de los recursos naturales) hace no sólo posible sino en último término imperativo que la mayoría de las mujeres se liberen de toda relación, excepto la mínima indispensable, con su responsabilidad biológica. Una vez que el destino reproductivo de la mujer se reduzca a dos, uno o ningún embarazo (con todas las probabilidades de que, a diferencia de los anteriores periodos históricos, todos los niños alcancen la edad adulta) el fundamento racional para la definición represiva de la mujer como,

* Un análisis profundo sobre esto se encuentra en el trabajo de Isabel Languía *Hacia una ciencia de la liberación de la mujer*. Ilustran y complementan el tema los trabajos de Mirta Henault *La mujer y los cambios sociales* y de Peggy Morton *El trabajo de la mujer nunca se termina*. Es fundamental la entrevista que Susan Sontag concedió a la revista *Libre*.

individuo servil y doméstico, destinado ante todo a la maternidad y a la crianza, se derrumbará”.

Pero estas perspectivas que se amplían, más para algunos países que para otros, más para algunos sectores de la población que para otros, dejan hasta el momento el problema casi intacto, cualitativa y cuantitativamente.

Hay, por un lado, un factor difícilmente ubicable que podría llamarse de “las expectativas”: qué espera la sociedad de la mujer y, por consiguiente, cómo ésta endereza su actividad en concordancia con esas expectativas. Aun cuando la mujer se prepare para desempeñar un trabajo, éste siempre será considerado como algo secundario, temporal o complementario: como un modo de pasar el tiempo mientras se casa, o bien como un elemento de equilibrio en la economía doméstica.

Por otro lado, ¿cuál es ese tipo de trabajo que desempeña la mujer? En términos generales, es una extensión natural —con matices, nada más— del trabajo doméstico. El empleo mismo está cortado conforme a patrones sexistas; la ocupación de la mujer desempeña un papel auxiliar, de mero sostén. Puede ser enfermera, secretaria, camarera, asistente social, maestra, niñera, telefonista, encargada de “relaciones públicas”, edecán; sin olvidar esa multitud que se ocupa, a nivel extra-doméstico y aun industrial, de la confección y conservación vestimentaria, de la preparación de alimentos, de la limpieza.

Todos estos trabajos “visibles” miman el “invisible” que la mujer ha ejecutado secularmente para su marido y sus hijos, sus padres y sus hermanos. Todo lo que hace en el área pública tiende a reproducir su imagen de ser “doméstico” destinado a servir y a cuidar. De esta forma, aun cuando se hable de igualdad de salario respecto a igualdad de trabajo y aun cuando se lleve a la práctica, en realidad la mujer, en términos relativos, monopoliza trabajos descalificados y menores que, lógicamente, son pobremente remunerados.

Pero hay otro aspecto más, no menos significativo. Ese trabajo que la mujer desempeña debe, por lo general, desarrollarse paralelamente con el trabajo doméstico. La sociedad en la que vivimos abunda en situaciones paradójales: así como explícitamente da a la mujer las mismas oportunidades que al hombre para prepararse y, si se quiere, para terminar una profesión,

mientras sólo espera de ella que se case, atienda un hogar, un marido, y de a luz y eduque a unos hijos, de la misma manera, esa sociedad que supuestamente necesita y de hecho incorpora a la mujer a la producción, no ha resuelto el problema de quién reconstituirá la fuerza de trabajo y quién cuidará de los niños. En otras palabras, no ha resuelto el problema del quehacer doméstico, del trabajo “invisible”.

Tenemos así a la mujer que quiere o debe trabajar y que lleva al mismo tiempo todo el peso del trabajo “invisible” pagando por ello un precio escasamente denunciado. Si trabaja una jornada completa de ocho horas que la ponga en pie de igualdad con el resto de los trabajadores en cuanto a salario y posibilidades escalafonarias, al término de sus ocho horas debe regresar al hogar a cumplir su segunda jornada de trabajo “invisible”. Si por necesidad apremiante de atender al hogar debe aceptar un trabajo de medio tiempo, su posición siempre será desventajosa respecto a aquellos trabajadores que sí pueden desarrollar un tiempo completo: obtendrá menor remuneración y el incremento de las propias capacidades en ese trabajo se verá disminuido.

De esta suerte el círculo se cierra y la mujer queda atrapada en él. Si bien incorporada a la producción, la suya no pasará de ser una pequeña, secundaria y deleznable participación en la misma. Si por otro lado, recibe una retribución por su trabajo “visible”, la mayor parte de las veces no será más que el complemento de otro salario, el del hombre —ése sí fundamental o básico en la economía doméstica—, que mantendrá su situación dependiente aunque ya no totalmente parasitaria; sólo a medias. Se podría concluir que el paso del trabajo “invisible” al trabajo “visible” se dará con plenitud cuando el acceso al empleo no sea fijado ya conforme a líneas de identidad sexual y cuando, la sociedad por un lado y los hombres individualmente por el otro, participen plenamente en el por antonomasia “femenino” trabajo doméstico. En otras palabras, cuando la igualdad en el trabajo no sea un simple artificio retórico o meras reformas liberales a la situación de la mujer en él, sino una realidad concreta.



*elena
poniatowska*

castillo en francia

Me tomó del brazo. El parque cubierto de hojas que crujían bajo sus zapatos blancos se extendía derruido. “Sabe usted, lo único que le importa ahora es ver lo que ha hecho. Nunca jala la cadena. Se queda allí asomado y luego me consulta: ‘¿He hecho bien? ¿Es suficiente? ¿Está de buen color?’”

“Hace tres días jalé antes del tiempo convenido y le entró una cólera que lo hizo babear todo el día.”

La enfermera sonrió buscando mi complicidad. Instintivamente me hice a un lado pero de vez en cuando su brazo y su hombro rozaban el mío. No caminábamos aprisa a pesar de una lluvia finita que se colaba entre las hojas de los árboles. “Y todavía hay más. . . ¡Uy, si yo le dijera todo! . . . Porque todavía hay más. . .”

Sacudía la cabeza y le tembló su cofia tiesa de almidón. Me pareció oírla tronar como las hojas de otoño; ocres, doradas, enrojecidas, amarillas. Sus nervaduras se habían secado y eran las primeras en romperse. Sonaban como huesitos de pájaro. Crrric. . . crrrr. . . crrrrrrric. . . crrr. También las venas saltonas de las manos de la enfermera eran nervaduras de hoja a punto de reventar.

— No sabe usted lo que pasa aquí. . . ¡Ah, si yo le contara!

Quise apartarme pero me apretó el brazo, sus dedos como taladros se aferraron, atenazándome. Arreció el paso y tuve que hacerlo también. Ahora su capa era la que rozaba mi pierna. “¡Y pensar que las señoras se peleaban sus favores. Todas las puertas de las recámaras del castillo comunican entre sí. El iba al aposento de la Princesa de T, al de la vizcondesa de Z; al de la señora de D; a la mañana siguiente las señoras se miraban las unas a las otras para saber quién de ellas había ganado! ¡Se lo disputaban! Algunas aún vienen los fines de semana, se sientan frente al bulto y le hacen la lectura. . . ¡Je! Je! Je!, la lectura. Las oigo esmerarse por leer con voz bien modulada. Historia, siempre historia y siempre lo mismo: Napoleón, Napoleón. Creen que aún pueden conquistarlo. ¡Idiotas!”

Al parque lo habían invadido las grandes hierbas locas, las plastas de pasto verde sin podar, los arbustos espinosos, las ramazones secas, negras; hasta las ortigas; un inmenso parque despeinado, lleno de nudos, de orzuela, de matas enmarañadas, de senderos desmadejados, sin raya ni alisamientos; el lodo desdibujaba los parterres que fueron de Lenotre y hacía mucho que las pisadas machucaron las flores. Pasamos frente al quiosco de amor. Era una costra, una llaga purulenta. “Alex, siempre hace las cosas pacota—alegaban sus críticos— por eso no duran, por eso su valor como arquitecto es discutible.” En el quiosco de amor se emplearon

materiales deleznable y la lluvia los había descarapelado. La nariz y el sexo de los cupidos están pudriéndose (bajo la lama y los hongos verdosos). Noté que el aire tenía un olor subterráneo un olor de cosa preñada. Ajado por el viento, envilecido, el quiosco de amor había regresado a su estado fetal: era un molusco, una pasa, un poco de basca.

— ¡Se pasó toda la mañana babeando de rabia! Le eché a perder el día. ¡Hubiera visto cómo me miraba!

Dejó de llover. A lo lejos, la neblina —o sería el vaho de la tierra— se levantó poco a poco y cubrió el pie de los árboles. Se veía lechosa, acogedora, lanudita, como si los espíritus de mil borregos blancos estuvieran allí apacentados. “Es la primera vez que veo algo dulce aquí”, pensé levemente reconfortada. Caminé hacia ese aliento tibio de la tierra. La enfermera me siguió. Bajo su cofia asomaron una serie de ricitos alambrados como resortes, y, dos profundas arrugas —llamadas de la amargura— caían a pique desde las aletas de la nariz hasta el mentón tembloroso. “Pero escuche usted ¿Me está oyendo? Se da usted cuenta del grado de confianza que le tengo al relatarle. . .” De pronto, entre los árboles surgió una masa velluda, café oscura, sin ojos. ¿Qué es esto Dios mío? Hasta el corazón se me detuvo. La enfermera siguió caminando pero al ver mi rostro regresó sobre sus pasos.

— No es nada.

Como no podía moverme, me jaló de la manga.

— No es nada, es uno de los poneys.

Seguí paralizada.

— Como los caballerangos no los asean, así andan las bestias en el parque. ¿Para qué las pelan si el señor no se da cuenta? Hace meses y meses que nadie los acicala. Son cinco los poneys y los cinco están igual. (Se acercó familiarmente, ansiosa de proseguir.) Yo siempre me he callado las cosas, pero con usted es distinto, usted inspira con. . .

Agradecí que reiniciara su monólogo. La masa velluda se desplazaba a lo lejos sin romper ramas, sin hacer ruido siquiera. Un gorila, un pequeño orangután prehistórico nos seguía. De vez en cuando volvía su cabeza hirsuta hacia nosotras pero nunca le vi los ojos. Yo sentí un horror incontenible subir por mi cuerpo. La neblina también iba subiendo; al menos eso creí. Iba pisando humo y bajo el humo yacía el suelo viscoso y triste.

— Señorita ¿no podríamos regresar? Estoy cansada.

Me miró ofendida:

— Bueno, a mí me ordenaron que le enseñara el parque y no hemos visto ni la cuarta parte. Pero si usted quiere.

— Estoy cansada.

— Vamos entonces hacia la avenida.

La mujer ya no habló. Caminamos levantando nuestros pies para despegarlos del suelo chicloso. El poney se había quedado en lo hondo del bosque. La enfermera cruzó sus brazos debajo de la capa. Pude percibir su rencor por no haber sabido valorar en su justo precio el caudal de sus confidencias. Le dije en un tono ligero casual:

— ¿No es ésta la vereda de los naranjos? ¿No hay aquí unos naranjos redondos cubiertos de fruta?

— Sí, están guardadas. Cada año se guardan.

— ¿Cómo?

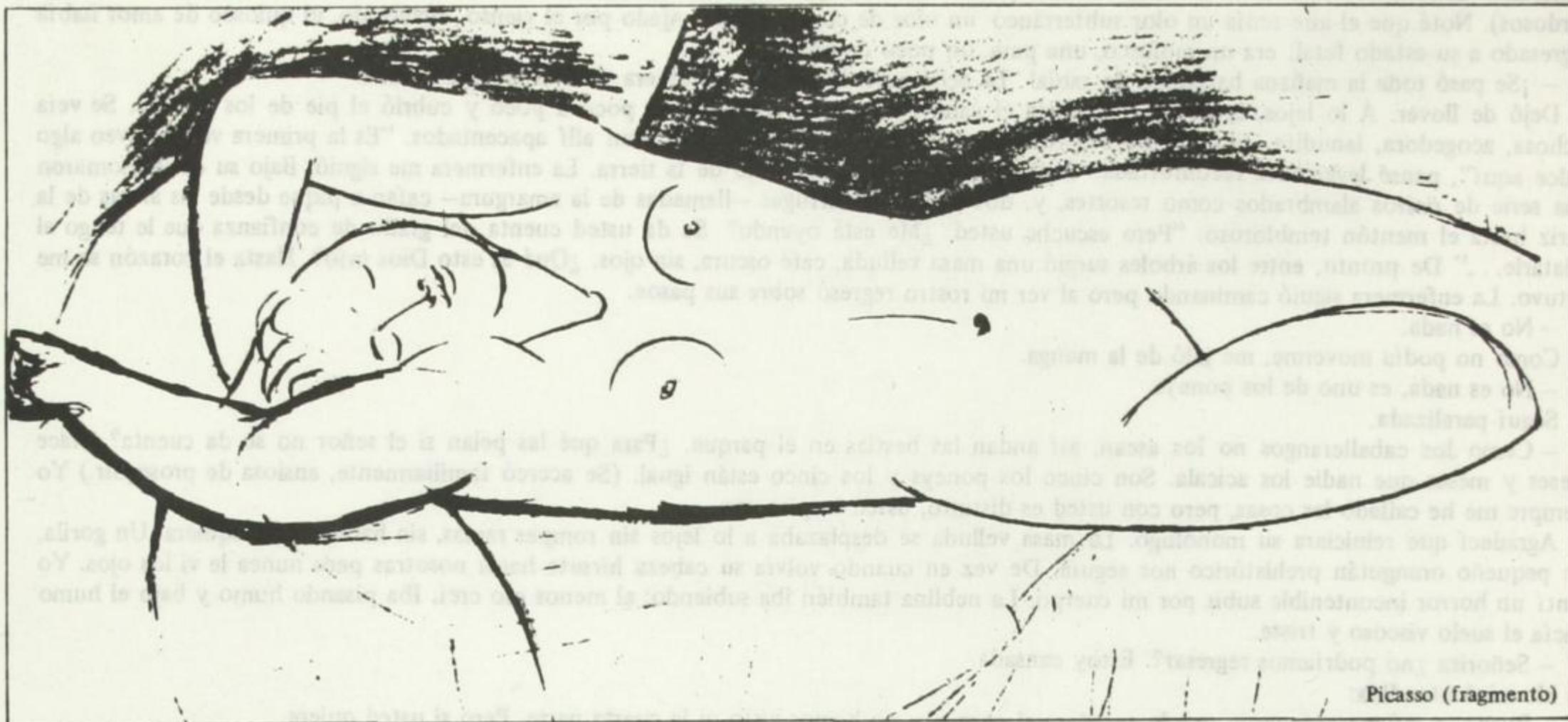
— Son naranjas de cera.

Entonces tuve un desfallecimiento pasajero. Le busqué la cara, traicioné a Alex: “Sabe señorita, este castillo no está a la altura de su fama. . . En realidad semeja más bien la morada de un cirquero.”

No creo siquiera que me oyera pero el hecho de que me acercara a ella pareció reconciliarla momentáneamente porque sentí de nuevo su tenaza sobre mi brazo.

— Mañana cuando él duerma, saldremos a dar otro paseo. Caminar es bueno para la circulación.

Quise ver hacia afuera. Los cortinajes pesadísimos que pendían desde muy alto parecían inamovibles, cada uno de sus pliegues fijos para la eternidad. La tela espesa, un brocado tejido de polvo y tiempo olía a rancio. “Hace mucho que no limpian aquí.” Pasé mi mano sobre la balaustrada y muy pronto la retiré, negra. Lo único viviente en esa biblioteca oscura debía ser el reloj. El maitre parado en una esquina con los brazos muy pegados al cuerpo tenía la rigidez inquietante de una figura del Museo de Cera. “¿Llueve?”, pregunté. Hizo una señal afirmativa con la cabeza. Tendí la oreja. Hubiera querido oír la lluvia pero ningún sonido penetraba estos muros tapizados. Me dispuse a hojear un libro, estiré el brazo para sacarlo, jalé con fuerza y. . . nada. Ese “Don Quijote”, ese tomo grueso con ilustraciones de Doré, es imposible que no salga, hice palanca con todo mi cuerpo, enrojecí, se me rompió la uña del índice hasta que caí en la



Picasso (fragmento)

cuenta de que los lomos de los libros no tenían más de cinco centímetros de profundidad; toda esa hermosa pared de madera y cuero, esos anaqueles que subían hasta el techo eran un "trompe l'oeil" de libros sin páginas. "Al menos utilizó en la biblioteca dos de los materiales que más amo —pensé— la madera y el cuero", pero todas las letras doradas a la altura de mis ojos, el "Memorial de Ste. Hélène", la "Histoire de París", los tomos lujosamente empastados no tenían cuerpo, ni papel, ni letra. Fui hacia el escritorio. En medio de las cajitas de rapé, los tinteros de plata inglesa, los pisa-papeles que no pisaban nada ví un pequeño marco con una fotografía sepia: una mujer de nariz respingada. Frente al escritorio aguardaba una repisa de libros de consulta; leí los títulos antes de hacer un nuevo intento. Jacques de Bainville, Belloc, D'Alembert, la Princesa Bibesco, todos se venían de cuerpo entero, abriéndose. Iba a comenzar un Chesterton cuando tuve la sensación muy clara de que alguien había entrado y me miraba. Sentí planear encima de mí, el aliento de un nuevo imperio. Desde lo alto de la escalera de madera me veía como un águila dispuesto a dejarse caer sobre su presa. La puerta por la que había entrado casi pegada al techo dejaba un hueco blanco entre los libros, nadie hubiera imaginado siquiera que allí se encontraba un pasadizo, una comunicación secreta, pero desde muy joven Alex fue especialista en "trompe l'oeil", en "faux plafonds" y siempre habló de los subterráneos, los túneles, los canales misteriosos, las vetas en las que podía arrastrarse un cuerpo humano en las entrañas de París, los sótanos de la Opera, el imaginario pasaje entre la Bastilla y Le Temple. Siempre le atrajeron las entretelas, las bambalinas, lo que está detrás, el segundo en el que la falda se levanta. (Solfa decir: "Lo que más me gusta de Chanel son los plomos que coloca a lo largo de sus bastillas; marcial, conoce todas las artes de la estrategia de St. Cyr; les ha puesto, a tambor batiente, galones a todas las mujeres, su nombre debe estar bajo el Arco de Triunfo al lado de los mariscales de Francia".) Cuando levanté la vista entraron tras de él dos camareros de librea con candeleros en su mano derecha que echaban un círculo de luz. Alex siempre tuvo afición a las entradas teatrales "je sais faire mes entrées" sentenciaba, pero ahora miraba sus pies interrogándolos. La fijeza de su actitud me estremeció. Los dos camareros depositaron sus candeleros y uno de ellos tomó a Alex entre sus brazos. El otro sacó de la oscuridad un objeto metálico, una silla de ruedas. Por pudor, hubiera querido no ver todo aquello pero los camareros eran más rápidos que cualquier intención. Abajo, sin más lo sentaron en la silla. Aún era hermoso a pesar de la palidez cadavérica de su rostro. Las llamaradas de las velas alcanzaron entonces una luminosidad de fogata, danzaban sobre el brocado de los muros agigantando su trama, parecían querer descifrar el dibujo



misterios del tejido, traducirlo, constelarlo, darle un color palpitante, inesperado; nunca fue tan bella la biblioteca como en ese instante.

– No mires mis ojos, dijo él en un tono imperioso.

Vi uno de sus ojillos brillantes entre las arrugas. El párpado izquierdo colgaba.

– Tuve una ligera hemiplejía, dijo a media voz como si se diera esta explicación a sí mismo y le satisficiera ampliamente. Se quedó inmóvil ante mí y me dio la impresión de estar escuchando algo que sólo él podía oír.

– ¿He cambiado mucho?

– ¡Oh no!

– Claro que he cambiado. Todos cambiamos.

Me lo dijo con desprecio y sentí vergüenza.

– Ahora vamos a cenar.

Ante mi falta de reacción ordenó como si concediera una gracia suprema.

– Puedes empujar mi silla.

Miré su espalda tiesa y altanera. Alguien lo había peinado emplastándole el pelo por partes de modo que en otras se veía su cuero cabelludo. Además sobre el cuello del traje azul oscuro brillaban tres minúsculos copos de caspa. ¡Pobre Alex, antes siempre tan pulcro! “¿Qué esperas?” El maitre tomó mi lugar detrás de la silla y la guió hasta el comedor. Yo no hubiera podido. Los candelabros iban precediéndonos con su luz nimia y flotante sobre los cristales, los espejos biselados, los candiles venecianos. Eran duendes o luciérnagas que se perdían en estas piezas de techos altísimos sobrecargados de molduras y de cortinajes. También las velas echaban su oscuridad luminosa sobre los oros, los violetas.

– Yo estoy a dieta pero tú comerás como de costumbre.

Frente a su lugar en la cabecera no había asiento. El maitre simplemente empujó la silla de ruedas. Inmediatamente le sirvió una copa de vino tinto. Alex la levantó ante la llama para verificar su color. Luego la tomó de un sorbo y volvió a dejar la copa sobre la mesa.

- Tengo derecho a tomar vino.
- ¡Ah!
- ¿Sabías que Valembrose perdió un ojo?
- No.

Emitió una risita seca, casi como un ladrido y tuve que desviar la vista. Ya el maitre lo servía. Levantaba frente a él una campana de vermeil y sobre el plato apareció el clásico pollo hervido cortado en pedacitos, la verdura lacia, cocida en agua. Empezó a comer con voracidad, sin esperarme y entonces me dí cuenta que sólo podía usar un brazo; el otro permanecía doblado sobre sus rodillas. Alex se mojaba el mentón insensible, esparcía su comida en el plato, se picó dos veces los labios al llevarse la cuchara y jamás usó la servilleta desdoblada sobre su vientre. Es extraña la rapidez con que se olvidan los buenos modales. Me anticipé al deleite del soufflé, su consistencia era ligera, espumosa. No tenía sal. Me sirvieron el segundo plato. Su presentación seguía siendo magnífica pero era igualmente insípido. La salsa grasienta olía mal. El maitre impávido con las cejas casi siempre alzadas daba la orden a los mozos que servían con expresión de inocencia. Podían serlo. En las cocinas los domésticos suelen comer distinto a los amos. Cada platillo era peor que el anterior. Una mousse de langosta mostró francos síntomas de descomposición. No es posible, lo han hecho a propósito tomaré pan con mantequilla. Retrocedí. Un filo de polvo gris rodeaba el platito de la mantequilla. En el rostro del maitre no pude detectar el menor asomo de ironía. Nos atendía como en las épocas pasadas; con el mismo gesto espléndido destapaba las campanas como si fuera a ofrecer los más succulentos manjares. Le eché una ojeada al menú, después de la pausa del "sorbet a l'orange" venía el chaud-froid de volaille. Sentí terror. Al día siguiente me sobrevino un malestar tremendo ante los quesos agusanados, los dulces ya petrificados, duros como el castillo, imposibles de cortar; dulces en los que se han fosilizado todos los tumores, amasado toda la amargura de los años transcurridos "en el servicio". A la hora del desayuno comprobaría la sospechosa consistencia de una mermelada fermentada dentro del frasco de cristal cortado y sobre la charola puesta encima de mi vientre, dentro de la vajilla de Compagnie del Indes, descubriría despojos disfrazados, porquerías envueltas en encajes, la miasma proveniente del pantano de la cocina.

Cuando nos levantamos de la mesa sentí alivio. El café se sirvió en el saloncito de la colección de jades. Alex volvió a advertir.

- Me dan permiso de tomar café.
- ¡Qué bueno!



A. Derain

— ¿Por qué dices qué bueno?

Me miró con suspicacia.

— Porque me da alegría que no te priven del café.

— ¡No me han privado de nada! A mí nadie me priva de nada, nunca

— Sí, sí, lo sé.

— Pues que no se te vaya olvidando. ! Nadie, nunca!

— Lo sé, lo sé.

— No, no sabes nada. . . ¿No sabes quiénes estaban en el entierro de Dufreny?

— No fui al entierro de Dufreny.

Creí que gritaría de nuevo pero se perdió en sus propias reflexiones. Así como había tomado el vino de un sorbo, tomó el café derramándolo un poco sobre la barba insensible.

— Solo una taza.

Guardé silencio. Ni siquiera podía oír la respiración del maitre —el doble de Alex— que jamás dejaba ver el menor sentimiento. Seguíamos en la penumbra. Antes las mujeres se quejaban de que Alex ! qué horror! les echaba encima luces despiadadas y que ningún castillo en Francia estaba tan profusamente iluminado como el suyo. Pero ahora sólo temblaba la luz incierta de las velas.

— Vamos al teatro.

Hice un ademán de sorpresa pero reprimí cualquier comentario. El teatro estaba en el ala izquierda, había que caminar más de seiscientos metros. Ya el maitre hacía girar la silla y extendía un plaid escocés sobre las piernas de Alex. No lo puso del lado de los cuadros sino del negro. Nadie me preguntó si tenía frío, si acaso no deseaba ir a mis habitaciones a recoger algo con qué cubrirme, nada, en el fondo la atención verdadera no existía ya en el castillo ¿habría existido alguna vez o eran sólo las formas, el frágil envoltorio de las buenas maneras? Preferí no pensar, atribuirlo todo a la indiferencia del neurótico que nada puede ver fuera de su enfermedad. Emprendimos el viaje por corredores larguísimo recubiertos de espejos que los duplicaban, triplicaban, quintuplicaban hasta que empecé a flotar; los espejos se reflejaban los unos a los otros, se pulían, se tallaban esmerilándose, arista contra arista; sólo un joyero diamantista hubiera tolerado estos fulgores entrecruzados y desapacibles. Busqué los ventanales y a través de ellos no pude ver más que la noche. Tuve que volver a los espejos. Siempre hay un espejo en el fondo del pasillo donde caminan los hombres. Las guirnaldas de estuco y las molduras seguían acompañándonos. Pasamos frente a los enormes Caravaggios, los Und der Kuyter, los Fragonnard y por fin llegamos a la Galería de los Espejos igual a la de Versailles. Los pisos eran de miel, la madera se fundía dulce, cálida, crepitaba; los prismas se habían ampliado y el agua ya no estaba congelada en figuras geométricas sino que fluía como río en un solo sentido; el piso bruscamente se volvió de marmol blanco y negro, atravesamos la vereda y sentí frío. También los espejos eran helados y reflejaron nuestras figuras pequeñas y huidizas. Oía el girar de las ruedas de la silla para inválidos pero nadie más que yo parecía oírlo. Afuera, percibí el olor de unas rosas y pensé que debían orientarse hacia mí simplemente porque creo en las flores. Debieron señalarme entre ellas, avisarles a las miles de flores más que había yo visto acudir al borde de la carretera desde mi salida de París; todas las corolas vueltas hacia mí, corrientes enteras de flores que fluyen en el espacio. Sentí que me crecían flores en la cabeza y hasta efectué un pequeño cambio de paso tras la silla del inválido y su conductor de yeso.

Dos camareros surgieron en la sombra y escoltados por ellos penetramos en el teatro. Me sobrecogió. Era un estuche acojinado, forrado de una piel opulenta dotada de luz propia, con texturas de fuego, jaspeada, veteada como la de un animal recién nacido y brillantado, de pura sangre; de él se desprendía una magia pesada y secreta, oriental y al mismo tiempo infantil. Nos esperaba como un juguete que abre los brazos, un osito de peluche confiado y sonrosado por la emoción, pero un osito que huele a sándalo, a almizcle, a planta, a materia orgánica. De todo el castillo, el único lugar intocado era este teatrillo; pulido, albeante, alhaja demasiado fina para dejarla caer en el abandono. Yo hubiera podido rodar en el afelpamiento de sus pasillos rojos, en la redondez abullonada de todos los palcos, rodar de pura exaltación, como en una piel mullida, limpia, un vello humano, tierno y oloroso. Hubiera querido arrellanarme en cada butaca maravillosamente dulce y suave al tacto. Oí las voces de Marie Bell, de Louis Jouvet, de Gerard Philippe, de Simone Valère y Jean Louis Dessailly porque en otros tiempos cuando Alex era en Francia el primer constructor de cosas bellas se habían dado obras de Marivaux, de Molière, de Lope, de García Lorca. Grandes actores se desplazaron honrados por la invitación de Alex, para representar Britannicus o Les Fourberies de Scapin o el Malade Imaginaire trayendo en sus baúles pelucas blancas y corpiños ajustables, sedas y armiños, monóculos, impertinentes y grandes sombreros de pluma, zapatillas de raso y diminutos lunares de terciopelo; un camión

*beth
miller*

**margaret
randall:
no soy
una feminista
radical**

Como casi todas las norteamericanas blancas de clase media de mi generación (voy a cumplir 40 años, nací en 1936), crecí despreocupadamente, ignorando la realidad del mundo... Nací en la ciudad de Nueva York y viví en los encopetados suburbios de mi ciudad: Scarsdale, Hartsdale, New Rochelle, etc., hasta los once años. Fue a esa edad, cuando mis padres, aunque pertenecientes a la clase media alta pero insatisfechos con la cómoda vida suburbana, decidieron mudarse a Nuevo México, con toda la familia de cinco miembros. El más fuerte impacto geográfico de mi niñez fue el desierto. Tengo un hermano y una hermana, ambos más jóvenes que yo. Desde que tengo memoria, supe que sería escritora. Inclusive, por muchos años el deseo de "ser escritora" era lo más predominante en mi vida. Me parecía el estado más avanzado y trascendente al que se podía aspirar... A los 6 años apenas sabía leer y escribir, pero a lápiz confeccionaba un minúsculo periódico que repartía por todo el barrio. Durante mi adolescencia escribía cuentos, de corte sumamente dramático e idealista, que se publicaron en revistas escolares. En la secundaria edité mi propio periódico. En ese tiempo no escribía poemas, porque la poesía me daba miedo. No pensé que podría dominar algo que se me había enseñado a considerar como casi "sagrado"... Comencé a escribir poemas en

Nueva York, a donde fui a vivir en 1959 (después de cuatro años de un primer matrimonio absolutamente desgraciado, un par de años de aventura en Europa, de abandonar la universidad, etc.).

"Mi vida ha estado marcada por el hecho de "ser mujer", igual que la de cualquiera de mis congéneres, ya sea que lo perciban y sientan de esa forma o no. Ya era adulta antes de que la liberación femenina fuera lo que es en nuestros días: por ejemplo, era incapaz de comprender mis propias opciones iniciales (¿por qué la universidad? ¿el matrimonio?, etc.) como seguramente lo habría entendido si la clase de la que provengo me hubiera permitido tener una conciencia política básica y de haber tenido conciencia femenina en esa época. Tuve mi primer hijo, Gregory, que ahora tiene 14 años, en mis solitarios años de Nueva York, llenos de relaciones pasajeras. En ese tiempo el cuidado colectivo de los niños ni siquiera era todavía una visión. Vine con mi hijo a México cuando apenas tenía diez meses, en busca de un medio de vida que me permitiera mantenerlo y al mismo tiempo dedicarle más tiempo, y sintiendo probablemente también que la ciudad de Nueva York "ya no tenía nada que ofrecerme"... En México, movida siempre por instintos espontáneos, y no siempre los instintos aguzados, incisivos, que me han

permitido sobrevivir, caí en otro mal matrimonio, esta vez con un poeta mexicano, Sergio Mondragón. De esa unión nacieron dos hijos más: Sara, que ahora tiene 11 años y Ximena, de diez. . .

“Pero mis ocho años en México (1961-1969) me aportaron cambios decisivos: 1] Vivir en lo que se ha dado en llamar el Tercer Mundo, un país dominado por el imperialismo norteamericano y colonizado de manera tal que una rubia cultura de anuncios publicitarios recubre el mundo real de la gloria de sus culturas primitivas, me permitió ver las relaciones entre mis Estados Unidos y la mayor parte del resto del mundo. . . 2] México me politizó. En Nueva York había participado en manifestaciones contra los refugios anti-bomba, había participado periféricamente en las protestas de fines del decenio de los años 50, pero fue en México donde dejé de considerar que ser escritora revestía tal importancia. Mi compromiso político nació ahí, y gradualmente me hice marxista. . . 3] Sergio y yo iniciamos una revista literaria bilingüe llamada *El Corno emplumado*, que de hecho era parte de toda una ola de empeños literario-sociales que se manifestaron en todo el continente durante esos años. En Buenos Aires, en Caracas, en San Juan, en Lima y en muchos lugares más, los poetas y escritores se estaban reuniendo para cantar sus tormentos, sus visiones, sus ideas y querían enterarse de lo que hacían sus hermanos de otras partes de esta gran nación que Bolívar y Martí sabían muy bien que era “Nuestra América”. *El corno* jugó su papel a lo largo de ocho años de búsquedas. . . Era una publicación trimestral y cada número parecía más bien un libro, tenía de 150 a 250 páginas. Publicamos poemas, cuentos, ensayos, dibujos; más tarde, fuimos dándole importancia a los artículos y a las entrevistas. . . Sergio estaba a cargo de la mitad castellana y yo de la inglesa y ambas mitades no eran necesariamente traducciones de la otra. . . aunque a veces sí lo eran; otras no. Por lo general, la revista seguía un despertar gradual, común a muchos escritores del continente en aquellos años: un despertar gradual tanto en lo político como en lo social. Pero también existían diferencias entre Sergio y yo. Diferencias que llegaron a separarnos después de siete años de matrimonio y luego, poco después de esto, nos separaron como editores de la revista. Sergio dejó *El corno* y yo sola edité los últimos números de la revista con el hombre con quien actualmente vivo: Robert Cohen. La vida con Robert me dio otro hijo, que ahora tiene 5 años.

El corno emplumado murió asesinado por la represión en la ciudad de México en 1969. El movimiento estudiantil con su corolario (la masacre de cerca de mil hombres, mujeres y niños en la Plaza de Tlatelolco en octubre de 1968), dejó una profunda huella en nuestras vidas y en la de la revista. A pesar de un



apoyo internacional grande y conmovedor, nos vimos obligados a cerrar nuestra publicación. En todo caso, había llegado el momento de ocuparse de otras cosas. De cierta manera, fue un buen momento para dejar de publicar. La represión fue dura para nosotros y tuvimos que sacar del país a nuestros cuatro hijos, cuando Annie sólo tenía tres meses. Estuvimos escondidos por varios meses. Por fin, también pudimos huir y venimos a vivir a Cuba. Esto era a fines de 1969. Yo había estado por primera vez en esta isla en enero de 1967, en el “Encuentro con Rubén Darío”, que reunió a 80 poetas de todo el continente. Ese viaje tuvo una importancia extraordinaria para mi vida. El ver el socialismo *en operación*. Por primera vez no lo leía simplemente en un libro; era la vida real. Había vuelto a La Habana en enero de 1968, para participar en el Congreso Cultural de ese año. Cuando vine a vivir a Cuba, fue con un sentimiento de gran solidaridad, de identificación; el dolor de la represión, y la salida obligada de México se mezclaban con la alegría de poder vivir y

trabajar y educar a mis hijos en una sociedad donde el socialismo se está construyendo día a día. . .

“Desde antes de venir a Cuba, ya me interesaban los problemas de la mujer y sus soluciones. En los Estados Unidos crecía el movimiento feminista y me afectaba a pesar de encontrarme lejos. Mientras vivía escondida en la ciudad de México en 1969, reuní una pequeña antología de escritos emanados de las diversas ramificaciones de ese movimiento. Siglo XXI la publicó con el título de *Las mujeres* (ese título era intencional, para que el libro pudiera llegar a diversos países latinoamericanos donde existe una censura estricta) y fue uno de los primeros, si no el primer libro que informara a las hermanas latinoamericanas de lo que las mujeres de los Estados Unidos pensaban y hacían.

“En Cuba, inmediatamente se me ocurrió la idea de tratar de escribir un libro sobre la mujer cubana. De explorar la situación de la mujer antes o después de la revolución socialista, hablar con mujeres para descubrir de qué forma las había afectado el cambio, como seres humanos y como mujeres. Yo trabajaba para el Instituto Cubano del Libro y mis camaradas estuvieron encantados con la idea. Inmediatamente obtuve su más pleno apoyo, igual que el de la Federación de Mujeres Cubanas, durante los dos años que me llevó hacer el libro. Con un pequeño grupo (había un par de hombres entre los colaboradores, pero casi todas éramos mujeres) dedicamos meses a la investigación, entrevistas, escribir. El resultado de ello fue *Las Mujeres Cubanas*, publicado por el Instituto del Libro en 1972 y que ha sido reeditado en México, Venezuela, Canadá y pronto aparecerá en Portugal e Italia.

“Soy feminista si por ello se entiende alguien que se preocupa vitalmente porque las mujeres conquisten sus derechos totales e incondicionales en todos los campos: el económico, el social, en el trabajo, en la política, en la familia. . . No soy feminista radical. Soy marxista. Pienso que la principal contradicción del mundo actual está entre el imperialismo y los movimientos de liberación del Tercer Mundo. . . Creo que la total libertad de la mujer tiene que provenir de su total igualdad económica. *No creo* que la revolución socialista automáticamente libere a la mujer, pero sí pienso que es el primer paso indispensable sobre el que se tendrá que construir todo el resto. Creo que continúa habiendo muchísimo *machismo*, sexismo y prácticas discriminatorias contra la mujer aun en los países socialistas, o cuando menos en aquellos que mejor conozco (Cuba, Viet-Nam), pero creo también que esto proviene de siglos de feudalismo (en el caso de Viet-Nam) y del régimen colonial español seguido de dominio imperialista norteamericano (en el caso de Cuba). Aquellas distorsiones superestructurales son las más difíciles de vencer y abolir. Pero se está haciendo. Ocurre de modo extraordinario en Vietnam, donde años y años de guerra popular, más un partido

marxista-leninista llevaron a las mujeres desde sus oscuras cocinas hasta las primeras líneas de defensa y de la producción. Está ocurriendo en Cuba, donde una nueva campaña contra los remanentes del *machismo* ganó impulso en 1974, justamente antes del Segundo Congreso de la Federación. Todavía nos queda mucho por hacer. Pero para mí las mujeres no podremos ser libres sino hasta el momento en que todos seamos libres y eso implica *Revolución*.

“Me pregunta acerca de los movimientos feministas en México, los Estados Unidos, Cuba. . . En los Estados Unidos obviamente no hay un movimiento feminista, sino varios. Yo estoy con mis hermanas que ven en el movimiento una lucha anti-imperialista a la vez que pro-feminista. No conozco mucho de la lucha específicamente feminista en México, ya que he permanecido fuera de ese país por siete años. Por mucho tiempo, parecía que los “acontecimientos de liberación femenina” provenían principalmente de las mujeres pequeño burguesas de las grandes ciudades. . . Pero últimamente recibí una carta de un grupo de hermanas que se llaman *Grupo Femenil Popular*. Están en la ciudad de México y se interesan por promover un movimiento entre las mujeres trabajadoras. Estoy segura de que están sucediendo muchas cosas más, pero he estado fuera de contacto. . . En Cuba, bueno en Cuba no hay movimiento feminista como tal. La situación es diferente. Pero existe la Federación de Mujeres Cubanas, una organización de masas con 2 millones de miembros, organizada en bloque, a niveles regional, provincial y nacional. Su labor consiste en orientar a las mujeres de todo el país de acuerdo con las indicaciones del PC cubano y también llevar las ideas y las necesidades y opiniones de las mujeres de la nación desde la base hasta el nivel directivo en todas las áreas. Es una de las organizaciones más extraordinarias que yo haya visto en acción. El Segundo Congreso compendió la labor realizada durante los últimos diez años y programó nuevas tareas y responsabilidades para la organización, que equivale a decir para todas las mujeres de Cuba.

“Su pregunta acerca de si una mujer escritora puede llegar a ocupar la posición que tiene Octavio Paz, en términos de prestigio y poder en la política literaria: ¡Jesús! Ninguna mujer realmente profunda, importante (en el sentido más significativo de la palabra) podría hacerlo porque Octavio Paz es una élite, un literato político, un genio de la palabra, un buen poeta a su modo. Ha influido sobre generaciones de poetas mexicanos y probablemente muchos más. . . pero el *contenido* de lo que dice, cuando menos para mí, carece de significado y cuando pienso en Paz no puedo evitar pensar en la forma como utilizó Tlatelolco (la masacre a que antes me referí) para promover una extraña



imagen de su ego. En ese tiempo era embajador de México en la India y aparentemente renunció, de hecho llegó a hacer declaraciones públicas a ese efecto; hizo aparecer que había renunciado al servicio diplomático mexicano como protesta contra la masacre. La verdad de esa historia, que supe hace poco, fue que Paz realmente abandonó su puesto en la India, pero conservando su lugar en la nómina diplomática. Por eso no me interesan las

mujeres escritoras que aspiran a convertirse en un Octavio Paz femenino. Una excelente poeta mexicana es Thelma Nava. Una mujer con dignidad y fuerza y con una posición política tanto en sus escritos como en su vida personal. Me imagino que las mujeres escritoras se enfrentan a las mismas discriminaciones que en cualquier otra parte; México no se señala por ninguna diferencia a ese respecto.

¿Las mujeres que más admiro en América Latina? Algunas de ellas son escritoras y otras no. Y otras que no hacen del escribir el centro de su vida, han escrito cosas con un significado tan grande o mayor que lo escrito por las literatas. Una mujer que admiro es Violeta Parra, la gran poetisa, cantante, artista en cerámica, voz social de Chile, Violeta que se suicidó antes de que el gobierno de la Unidad Popular diera a Chile tres años de luz (los cerdos fascistas apoyados por los Estados Unidos sólo apagaron esa Luz temporalmente). Violeta murió en 1967. Otra más es Haydée Santamaría, una de las dos mujeres cubanas que atacaron el cuartel Moncada en 1953, junto con Fidel y 120 guerrilleros más. Haydée es actualmente miembro del Comité Central del Partido Comunista Cubano y directora de la Casa de las Américas, institución cultural cubana de gran peso y significado para el mundo entero. Escribió cosas que han tenido un efecto profundo sobre mi vida y mi obra. . . Está también Mónica Ertl, la mujer medio alemana de la burguesía boliviana que cambió su vida, se alejó de la sociedad de la Paz, para ingresar en las filas del ELN (Ejército de Liberación Nacional, fundado por Che Guevara unos años antes), que peleó mucho y escribió poco, sólo unos fragmentos de poemas y unas cuantas páginas de un libro de notas que dan testimonio de su extraordinaria vida, antes de caer bajo las balas de un ejército infinitamente superior en número, en 1973. . . Hay muchas hermanas en todo el mundo de las que recibo constantemente fuerza y valor. Sólo unas cuantas de ellas son escritoras y sólo en forma incidental. La lista la encabezan probablemente dos mujeres vietnamitas Nguyen Thi Binh, quien fue Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Revolucionario Provisional del Sur (quien en París luchó contra Kissinger y lo venció) y Nguyen Thi Dinh, la Vice-comandante en Jefe del PLAF (el ejército patriótico del sur), que llevó a ese ejército a ganar tantas victorias.

“¡Claro que me gustaría regresar a los Estados Unidos para vivir! ¡Muchísimo! Echo de menos mi patria, mi familia, mi cultura, tantísimos hermanos y hermanas que tengo allá.

“Después de una visita a la República Democrática de Vietnam escribí un libro sobre esa experiencia publicado por Siglo XXI con el título *El espíritu de un Pueblo*. Trato de compartirla con tanta gente como pueda. . . También acabo de terminar un libro de poemas.

Traducción de Nelly Wolf

lourdes
arizpe

¿beneficia el desarrollo económico a la mujer?

Como toda frase de uso político, el lema de La mujer y el desarrollo se ha ido limando paulatinamente hasta llegar a perder casi por completo su significado. Pero, lo que es peor, la verdadera relación entre estos dos términos, nunca llegó a formularse. El desarrollo se convirtió en algo así como un regalo en caja cerrada, al que se adornó con el listón y el moño de la "participación de la mujer". Pero son dos conceptos yuxtapuestos cuya manera de engranarse nunca se ha aclarado. Se citan a veces algunas cifras estadísticas, pero nunca se analizan las implicaciones de éstas ni se examinan las premisas teóricas del concepto mismo de desarrollo. El derrotero queda así en el terreno vago de que "hay que impulsar la participación económica de la mujer", pero la pregunta a hacerse es ¿en relación a qué?

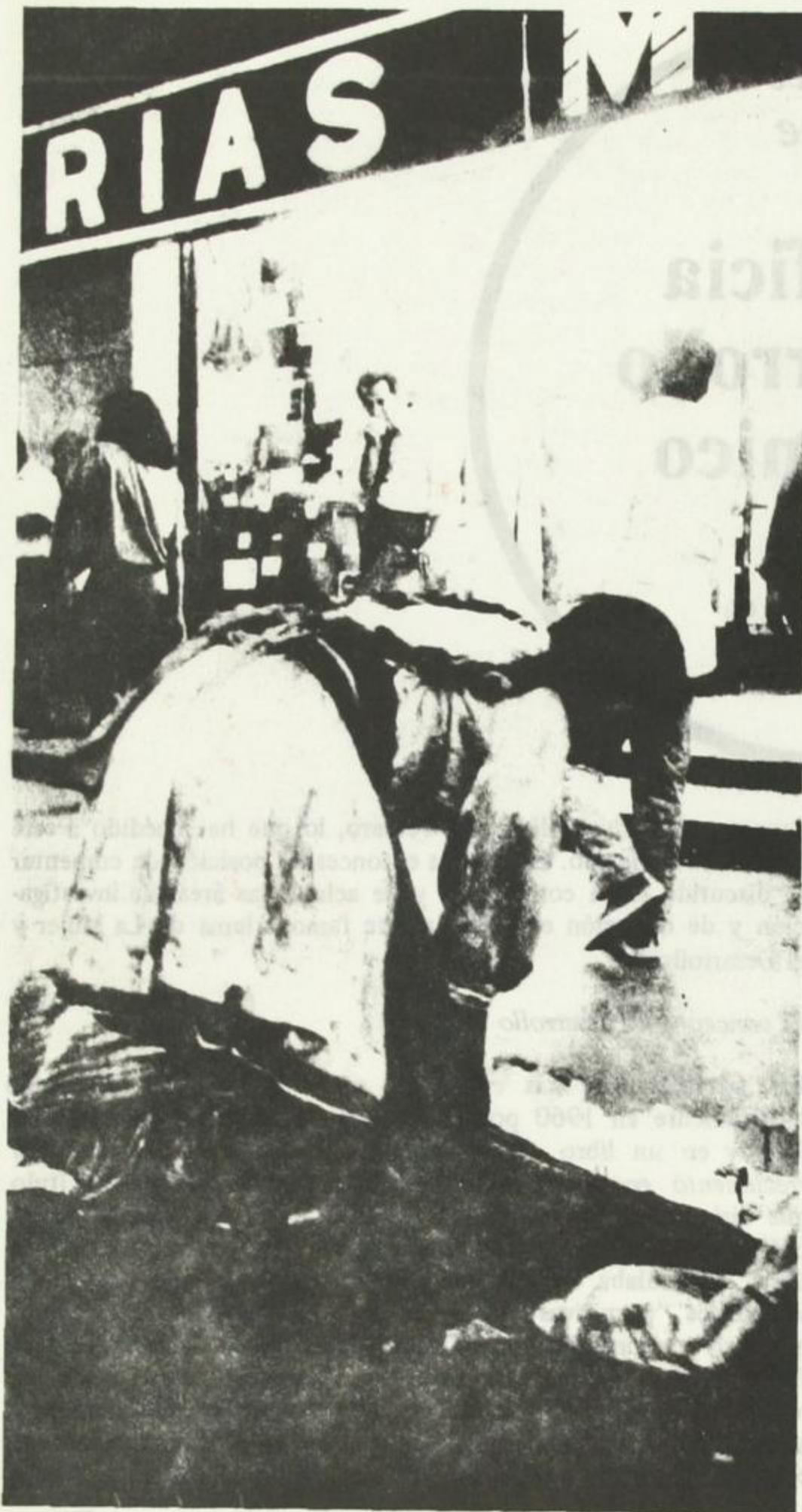
Recientemente, en la conferencia mundial sobre, precisamente, la mujer y el desarrollo, celebrada en Wellesley, Boston, brotaron a la luz las imprecisiones e incógnitas en torno a esta relación que podríamos calificar de oportunista: los dos términos están de moda, hay que casarlos.

Examinemos brevemente este extraño casamiento. Primero las credenciales teóricas del concepto de desarrollo. Segundo, las experiencias concretas de participación de las mujeres en los

procesos de industrialización. Tercero, lo que ha sucedido a este respecto en México. Estaremos entonces en posición de comentar lo discutido en la conferencia y de aclarar las áreas de investigación y de discusión en torno a este famoso lema de La Mujer y el Desarrollo.

El concepto de desarrollo

En su acepción más corriente, este término fue formulado teóricamente en 1960 por el economista norteamericano W.W. Rostov en un libro que se llama, nótese bien, *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto anticomunista*.¹ Título que disipa cualquier duda que se tenga acerca del marcado sesgo político que acarrea el término. Antes de la publicación de este libro, se hablaba de relaciones coloniales y sí, ciertamente, de sociedades "primitivas" y "atrasadas", convirtiendo lo que eran hipótesis y especulaciones antropológicas acerca de la naturaleza de las sociedades en tesis ideológicas. Con la utilización de los resultados de la ciencia social para fines políticos, empezamos a navegar en el mar incierto de la ideología. Y ahora, cuando el concepto de "desarrollo" es fuertemente criticado en la ciencia



social, aparece como punto focal, en el movimiento en pro del avance de la mujer.

Sin entrar en mayores detalles, el esquema desarrollista de Rostov propone que toda sociedad tiene la posibilidad de "desarrollarse" pasando por cinco etapas de cambios económicos. Básicamente, se trata del traslado de mano de obra de la agricultura a los sectores modernos de la economía, es decir, a la industria y como segundo paso, a los servicios.

Efectivamente, este proceso de transferencia de trabajadores se ha dado en las experiencias de desarrollo capitalista de las naciones industrializadas. Pero pudo darse gracias a condiciones históricas particulares de esos países. Hacia principios de siglo, Rosa Luxemburgo ampliaba los razonamientos teóricos de Marx y demostraba cómo la acumulación de capitales en Europa fue posible sólo debido a las relaciones de coloniajes que sostenían con territorios de ultramar. La teoría del imperialismo muestra cómo las economías de los distintos países, metropolitanos y periféricos, se hallan engranadas en un solo sistema económico. En la actualidad, la teoría de la dependencia, aplicada particularmente a la experiencia latinoamericana ha señalado la importancia de la instancia política en la continuidad de un sistema mundial neo-colonial tanto en lo interno como en lo externo. Todavía es este un campo polémico pero lo claro es que el "desarrollo" en su estado puro no se da en la vida real sino que se encuentra moldeado por las circunstancias políticas de cada país.

El desarrollo, pues, no puede prescindir de hacer referencia a lo que hoy en día se llama el nuevo orden económico internacional. Pero hace falta un enorme trabajo teórico y de investigación que logre integrar a la mujer en este marco. Un primer paso se trató de dar en uno de los grupos de trabajo de la conferencia mencionada. Un simple vistazo a la cuestión ya en sí dio indicios importantes sobre cómo abordar este problema. Se intentó formular un proyecto de investigación que compararía el fenómeno del cultivo del café en un país latinoamericano y otro africano con una perspectiva vertical. Así, por ejemplo, se hizo evidente que las mujeres sólo participan en este cultivo como mano de obra cortadora, ya sea asalariada o sin remuneración como miembro de una familia. Pero se encuentran excluidas de todos los demás niveles de decisión: no participan como acaparadoras, ni como exportadoras. Tampoco se hallan presentes en los organismos nacionales de decisión en cuanto a la venta para el mercado interno y a la exportación de este producto. Tampoco están presentes en las mesas de negociación de las cuotas y precios del café y en el mercado internacional. Sin embargo, lo que sucede en estas negociaciones tiene una repercusión directa en los ingresos y niveles de vida de estas mujeres productoras en

sus comunidades rurales. Menciono este ejemplo para hacer presentes las relaciones que existen entre la vida diaria de las mujeres campesinas y el orden económico internacional. Esto es para demostrar cómo cualquier análisis que se haga de la participación de la mujer en el desarrollo tiene que tomar en cuenta el marco más amplio, y que, además, el propio concepto de desarrollo tiene que sustituirse por el de industrialización y crecimiento económico dentro de condiciones nacionales muy concretas.

La mujer y la industrialización

A nivel estadístico es verdad que la proporción de mujeres en la estructura laboral tiende a reflejar el grado de desarrollo económico de un país. En el caso de México, por ejemplo, Marta Tienda encontró que, en diversos estados, "...por cada aumento de un punto en el índice de desarrollo económico, hay un aumento correspondiente de alrededor de 3% en el nivel agregado de participación femenina en la fuerza de trabajo."²

Sin embargo, es muy importante hacer notar, como lo hace Ester Boserup, que los niveles de participación pueden variar simplemente por diferencias en el registro censal de las actividades de la mujer. "Así, dice, las estadísticas oficiales de un país en desarrollo pueden mostrar que el índice de participación femenina ha aumentado o disminuido en distintas épocas sin que esto haya significado un cambio real en la actividad a la que se dedican las mujeres."³

El libro de esta economista danesa, titulado *El papel de la mujer en el desarrollo* ha sido el primero sobre este tema con análisis riguroso y muy extenso de las experiencias en países del Tercer Mundo. Expresa una preocupación prioritaria por la mujer campesina ya que ésta constituye la mayoría en estos países.

En la agricultura, la mujer interviene en las actividades productivas a la par del hombre. Participa en el cultivo agrícola, en el trabajo asalariado en el campo, en la transformación de productos naturales y en la fabricación de artesanías. Cuando esta economía de tipo campesino recibe la penetración directa de una economía capitalista, se dan una serie de transformaciones en las actividades de la mujer.

El caso clásico de Inglaterra en el siglo pasado muestra con gran claridad esta transformación. Al cercarse las tierras comunales a principios del siglo XIX, las familias campesinas no lograban sobrevivir sólo con el usufructo de sus parcelas. Las mujeres tomaron entonces un papel más activo para obtener ingresos adicionales para la familia. Cuenta un cronista de la época que ayudaban trabajando por un jornal en el campo, lavando ropa, empleándose de sirvientas y vendiendo bordados y ropa confec-

cionada.⁴ Las jovencitas campesinas entraban al servicio doméstico, generalmente en las ciudades. Pero a medida que avanzaba la comercialización de la economía, las mujeres perdieron la posibilidad de ganar dinero a través de modestas industrias caseras, por ejemplo, horneando pan, ya que éstas se traspasaron a las tiendas, i.e. a la panadería. La competencia de las manufacturas hizo también que perdieran el mercado para sus artesanías, como la confección de guantes y de encajes. Las mujeres jóvenes, frente a esta situación, migraron en grandes grupos a las ciudades donde durante toda la época victoriana formaron el ejército de las sirvientas domésticas. A principios de siglo gran número de ellas emigró a los países de la Comunidad Británica, como Australia, Nueva Zelanda y Canadá, y las que permanecieron en Inglaterra, al ampliarse las industrias y los servicios frente a una oferta restringida de mano de obra, lograron ingresar a empleos aceptables en estos dos sectores.

La gran pregunta es si este proceso podrá darse en nuestros países. La respuesta es inequívoca: no. Principalmente porque hay un crecimiento de población sumamente alto que, aunado a una expansión industrial raquítica y a políticas económicas de grupos dominantes que no permiten un crecimiento económico acelerado provocan una mayor oferta de mano de obra de la que puede ser absorbida por las estructuras económicas. Es decir, que hay muchos más trabajadores que empleos. En una economía de este tipo, se da atención casi exclusiva a la creación de empleos para hombres.

En estas condiciones, para poder asegurar la sobrevivencia de las mujeres y de los niños, el gobierno y las mujeres mismas tratarán de reforzar vigorosamente la idea de la familia, ya que es la manera de lograr que, a través de pocos empleos supuestamente se repartan más los beneficios de los salarios.

Pero en vista de que en la mayoría de los países "en desarrollo" no se está dando un proceso de industrialización acelerado, el "desarrollo" se refiere primordialmente al intento de aumentar la productividad en el campo. Ello se quiere lograr a través de la introducción de nueva tecnología. Es muy significativo que haya encontrado, en estudios recientes, que a través de estos programas, las mujeres campesinas están perdiendo su participación activa en las labores agrícolas. ¿Por qué? Porque los programas de desarrollo establecen canales de crédito, de compra y de capacitación sólo para los hombres. Incluso se acaba de dar en una región de África el caso absurdo de que se enseñara a los hombres a manejar tractores cuando ellos tradicionalmente nunca habían participado en las labores agrícolas, labores asignadas por su cultura a las mujeres. Así, parece haber una tendencia a que la mujer campesina pierda acceso a la nueva



tecnología.⁵ Sería interesante por ejemplo examinar los proyectos que se aplican en México en este sentido.

Por otra parte, al igual que en el caso inglés, las mujeres campesinas del tercer Mundo han ido perdiendo su participación en industrias caseras y en artesanías y también en el pequeño comercio que gradualmente se concentra en manos de intermediarios acaparadores.

En la mayoría de los países del Tercer Mundo existe una intensa migración de jóvenes campesinas a las ciudades donde trabajan de sirvientas, lo que se entiende en vista de lo mencionado en párrafos anteriores. Si se da una industrialización incipiente, es posible que ingresen a empleos fabriles, especialmente en industrias textiles y de artículos de cuero y similares que por lo general requieren mucha mano de obra. Pero el siguiente paso en la industrialización es que decaigan estas industrias y se instalen fábricas altamente mecanizadas, es decir, intensivas de capital. Se han documentado varios casos en que, como resultado de la anterior, ha declinado la participación industrial de la mujer. Un caso cercano es el de Brasil: Hellieth Saffioti indica que en 1900 las mujeres constituían el 45.3% de la fuerza de trabajo, un índice tan alto casi como el actual para países industrializados. Pero al ampliarse la estructura ocupacional por el aumento de demanda durante la Primera Guerra Mundial, se incorporó a ésta sólo mano de obra masculina. Tampoco entraron a la industria las mujeres durante la expansión industrial de los años treinta. En consecuencia, para 1970, el índice de participación femenina había descendido a 21%, ¡precisamente la cifra que se usa como indicador de subdesarrollo en empleo femenino! Este es un ejemplo muy claro de que el desarrollo no es unilineal, ni tampoco lo es la participación de la mujer en estos procesos. Estamos aquí frente a un caso de *involución*, o sea, de marginación de la mujer no por una tradición sino por políticas económicas de empleo. Esto hace surgir un punto muy importante: que en cierto momento no son las estructuras económicas las que la marginan sino las políticas de los gobiernos, es decir, que se toman decisiones políticas que la excluyen. El intento, entonces, de explicar totalmente la marginación económica de la mujer como "un problema global de estructuras económicas" no se justifica. Cabe preguntar entonces, públicamente, ¿cuál es la política del gobierno en cuanto a creación de empleos para mujeres? Aunque presintamos la respuesta, cuando menos esto borra vaguedades retóricas y deja muy clara la posición del Estado frente a este problema.

Por otra parte, hay una consideración muy importante en relación a los esquemas desarrollistas. Dan por hecho que la etapa en que se encuentran actualmente los países industrializados constituye el ápice, por implicación inmejorable, de todo el



proceso anterior. En cuanto a la situación de la mujer, estudios actuales realizados por investigadores en esos mismos países demuestra lo contrario.⁶ En Estados Unidos y Canadá, las mujeres constituyen sólo el 35.5% de la fuerza de trabajo, la cifra respectiva para Europa occidental es 34.5%. Estas no se encuentran muy alejadas de las correspondientes a regiones en vías de desarrollo que promedian un 32.1%.⁷

Además, en aquellos países la distribución sectorial de los sexos es muy desigual: el 76.3% y el 57.8% respectivamente de mujeres trabajadoras están empleadas en los servicios. La cifra correspondiente a América Latina es 64.5%.⁸ Existe, obviamente una diferencia cualitativa enorme en el tipo de empleos ocupados por las mujeres en estos sectores, ya que en América Latina representan en su mayoría el servicio doméstico, mal pagado, explotador y con pésimas condiciones laborales. Pero esas cifras nos explican la fuerza del movimiento de la mujer en aquellos países: allí se les prometió todo y no se les cumplió. Nosotras en el Tercer Mundo todavía tenemos la esperanza de que se cumplan las promesas. Y esto es importante, porque va implícita en la frase "participación de la mujer en el desarrollo" la idea de que habrá la posibilidad de participación igualitaria cuando se dé el mentado desarrollo. Pero veamos qué ha pasado en los casos en

que se ha dado la industrialización.

Un estudio reciente en Venezuela, mostró que, dentro de la ampliación del empleo industrial para hombres y mujeres, se ha dado una mayor segregación ocupacional entre los sexos en los últimos veinte años.⁹ El hecho de que en los países industrializados la mayoría de las mujeres trabajen en los servicios, reciban menor remuneración y ocupen los puestos de menor prestigio indica que el proceso de industrialización por sí solo no logra la integración paritaria de la mujer. Aquí es donde debe concluirse que intervienen de manera decisiva factores culturales: las actitudes y valores sociales en cuanto al trabajo, de la mujer, compartidas también por las mujeres mismas.

Apoya esta tesis un interesante estudio comparativo de Nadia Youssef que encontró marcadas diferencias en participación económica de la mujer en países de Medio Oriente y de América Latina —menor en la primera región—. En vista de que estos países exhiben grados de desarrollo industrial semejante, ella concluye que se deben estas diferencias a distintos valores culturales.¹⁰

Este breve recorrido ha señalado que la participación de la mujer en las estructuras económicas está determinado tanto por



Fotos de la autora del ensayo

el grado de desarrollo de éstas, pero también por factores de política económica gubernamental y por factores culturales.

La mujer y el desarrollo económico en México

Evaluar la participación económica de la mujer en México presenta dificultades muy especiales.¹¹ Para empezar, no registra en el censo la actividad agrícola de las campesinas. Leer que sólo un 10% de las mujeres en el país participan en la agricultura hace reír a cualquiera que conozca el campo mexicano, y hace inverosímil que se quiera analizar la economía de las familias campesinas con base a esas cifras. Las campesinas siembran, barbechan, escarban y cosechan el maíz al lado del hombre; cortan legumbres, frutas, algodón y café; se emplean como peones de campo con jornales más bajos que los del hombre. ¿Y por qué no se considera una actividad económica el tejer y confeccionar ropa, el ahumar carne y pescado, el curtir pieles, el recoger quelites, el producir bebidas alcohólicas, el cuidar rebaños y ganado y el fabricar artesanías productos en su mayoría destinados a la venta? Pretender que de cerca de 45% de la población femenina de México que realizan estas labores sólo el 10% es “económicamente activa” refleja una falla dramática de conceptualización y captación de datos.

Si, además, cuestionamos que el trabajo doméstico se considere como “económicamente inactivo” resultan todavía más incongruentes las cifras con la vida real. Se le paga un salario a la recamarera, a la cocinera, a la lavandera, a la niñera, a la enfermera, a la institutriz, pero no cuando la mujer realiza estas labores para su propia familia. El trabajo doméstico que llevan a cabo las campesinas ciertamente constituye un apoyo directo a la economía de la familia. Porque cuando ésta no puede pagar la molienda en el molino de nixtamal, la mujer muele el maíz, cuando no se puede pagar ropa, la mujer cose, cuando no se puede pagar una lavandera, la mujer lava. ¿Cómo puede entenderse el ahorro, por ejemplo, de una familia campesina —que significa de manera importante, la posibilidad de capitalización— sin entender este vaivén —ahora asalariada, ahora ama de casa gratuita, ahora consumidora— de la mujer? Hay sin duda problemas teóricos en comprender las implicaciones económicas del trabajo doméstico, pero no se puede negar que existe una relación.

Pero hay además, otra área de trabajo femenino que tampoco se refleja adecuadamente en las estadísticas, se registran las ocupaciones *formales*, o sea, explícitas de las mujeres, pero sólo en una proporción muy pequeña las labores *informales* por las que reciben un ingreso. Estas proliferan en nuestro país: desde la maestra que da clases privadas de inglés, hasta la lavandera de

entrada por salida. Algunas de estas actividades son muy visibles y el ejemplo más típico en la ciudad de México es la venta ambulante. Nos topamos con una fritanga en el zahuán, con un estanquillo de chicles y chocolates en la esquina, con una vendedora de aretes en el camión, con las dulces "Marías" por todas partes. La mayoría de estas mujeres no considera su actividad como un "trabajo" sino como su "luchita", una labor más en el orden existencial de la vida de la mujer. Además si se les pregunta a qué se dedican, la mayoría dirán que son "amas de casa" porque es de "caché" ser además ama de casa. Los esposos también lo dirían, y son los que responden a las boletas censales por la misma razón.

La magnitud de la contribución económica de la mujer en México no se refleja en las cifras estadísticas, pero además, al emplearse éstas como índices verdaderos, dan una visión deformada de la realidad. Por ello es necesario mejorar la captación de esta información en los censos.

Del total de mujeres empleadas, las estadísticas indican que un 16.9% trabajan el sector industrial. Su ingreso a este sector, en especial en la ciudad de México ha sido constante y creciente desde la década de los cuarentas. No se notan diferencias entre los sexos en cuanto a nivel de capacitación al ingresar ni en ritmo de entrada a este sector. Ya se mencionó el estudio que señala que en los estados de la república con mayor grado de desarrollo económico se registra una mayor participación económica de la mujer. Pero también hace otro señalamiento importante. Menciona que "el nivel de participación de solteras varía sistemáticamente en relación a los niveles de desarrollo, mientras que los índices para viudas, divorciadas y separadas no se alteran según el grado de desarrollo".¹² ¿Qué significa esto en términos de los grupos de edad? Señala lo que puede verificarse en la vida cotidiana en las ciudades: que los gerentes de las fábricas prefieren emplear a mujeres jóvenes, porque tienen "buena presentación", porque aceptan bajos salarios ya que por lo general están esperando casarse, porque son obreras dóciles y no provocan problemas de sindicalización ni reivindicaciones salariales —aunque hay excepciones estupendas—, porque se les puede despedir sin mayor formalidad y porque se espera que abandonen el trabajo en unos cuantos años con lo que se aseguran periódicamente remesas frescas de mano de obra. El caso más ilustrativo de este tipo de empleo es el de las maquiladoras de las zonas fabriles fronterizas. El sociólogo Jorge Bustamante¹³ concluye que en su mayoría, por provenir de estratos sociales medios, las obreras maquiladoras no habrían salido de sus casas a trabajar si no se les hubieran ofrecido empleos.

Otras sin embargo son migrantes de zonas rurales pobres, y ya se está dando la dramática situación de que, cuando han empeza-

do a cerrar las fábricas, estas obreras, atenazadas entre la imposibilidad de regresar a sus casas y la carencia de empleos, se han dedicado a la prostitución. Como anotación al margen hay que recordar también que al aprovechar lo barato y lo dócil de las maquiladoras mexicanas, las fábricas norteamericanas que bajan a la frontera están desempleando a mujeres norteamericanas, que tampoco tienen gran poder de presión sobre los sindicatos.

Pero lo anterior lleva a concluir que la expansión de la industria en México beneficia a mujeres jóvenes, y no a las mujeres solas, a las viudas, a las abandonadas y a las divorciadas, gran número de ellas con hijos a quienes mantener, ¡que son las que más necesitan de empleos! El censo indica que el grupo de edad femenino que mayores dificultades encuentra en emplearse es el de 30 a 39 años y en edades posteriores. Y esto no puede argumentarse que se debe a una mejor capacitación y a que las mujeres mayores gozan de mayor experiencia y más empeño en el trabajo. Cuántas veces se escucha la queja exasperada, incluso en oficinas gubernamentales, de que "muy buena presentación pero no sabe hacer nada". En otras palabras, aquí ya no se trata de una selección económica, sino de una selección basada en prejuicios sociales.

Será interesante observar, en años venideros, lo que sucederá cuando las mujeres jóvenes que por alguna razón en números crecientes deseen retener o volver a sus antiguas condiciones de trabajo se encuentren con las puertas cerradas. ¿Se constituirá una presión política importante, o se retirarán nuevamente a las soledades de su dependencia casera?

La desigualdad dentro de la estructura ocupacional entre mujeres y hombres en cuanto a sueldos y salarios, prestaciones, promoción, movilidad profesional y prestigio ya se han mencionado con frecuencia y no vale la pena detenernos aquí sobre ellas.

Como es bien sabido y como puede observarse todos los días la mayoría de las mujeres empleadas, 64.5% del total de mano de obra femenina, trabaja en los servicios y en éstos alrededor de la mitad se halla en el servicio doméstico directo. Las sirvientas, bien se sabe, son el grupo ocupacional más desprotegido laboral y socialmente. La legislación para darles protección laboral mínima fue aprobada muy recientemente. Por las dificultades de organizarse políticamente no han podido presionar para mejorar la situación.

Por otra parte, se oye con frecuencia decir que no existe problema de desempleo de las mujeres migrantes rurales o marginales porque "siempre pueden trabajar de sirvientas" como si este tipo de trabajo fuera paradisiaco. Esto tiene consecuencias importantes: permite que se borre de la conciencia pública y de

las discusiones de planes de gobierno el problema del desempleo de la mujer en México.

A pesar de lo inciertas que resultan las cifras censales, éstas muestran una tendencia hacia el aumento del desempleo de la mujer. En décadas recientes ha crecido a un ritmo mayor que el de hombres: 14% en contraste con 5.7% para estos últimos. Ruiz Harrel¹⁴ calcula que para 1980 habrá mayor número de desempleadas que de desempleados. En realidad, cabe preguntarse si de hecho esto no ocurre ya, sólo que las mujeres están más acostumbradas a tratar de ganarse el sustento a través de subempleos, i.e. las labores informales ya mencionadas. Pero más reveladora todavía es la cifra que muestra que *las buscadoras de empleo están mejor calificadas desde un punto de vista educativo que sus equivalentes, masculinos*.¹⁵ Esto tiende a desmentir la versión corriente de que a la mujer no se le emplea por su menor nivel educativo.

En fin...

Espero haber mostrado la necesidad de entender con gran lucidez lo que sucede con la mujer cuando los países se embarcan en la industrialización y cómo ésta se inserta dentro de un marco mucho mayor que el que delinea el concepto sospechosamente abstracto de "desarrollo".

En la conferencia celebrada en Wellesley, este cuestionamiento subyació a todas las discusiones sobre proyectos de investigación sobre la mujer en los cambios económicos. Se hizo evidente la

1 W. W. Rostov. *The Stages of Economic Growth*. Cambridge University Press. Cambridge. 1960.

2 Tienda, Marta. "Regional Differentiation and the Sectoral Transformations of the female Labour Force: México, 1970." Capítulo de Tesis Doctoral. Universidad de Austin. Texas. 1974. p. 22.

3 Boserup, E. "Employment of Women in Developing Countries." Trabajo presentado en la Conferencia Internacional de Población. Lieja. 1973: 386.

4 Bourne, G. *Change in the Village*. Gerald Duckworth and Co. Londres. 1966.

5 Chaney, Elsa y Marianne Schmink. "Las mujeres y la modernización: acceso a la tecnología" en *La mujer en América Latina*, vol. 1 M. C. Elú de Leñero, ed. Sepsetentas. México. 1975.

6 Cf. Oppenheimer, Valerie. *The female Labour Force in the United States*. Universidad de California. Berkeley. 1970.

7 Organización Internacional del Trabajo. *Womanpower*. O.I.T. Ginebra. 1975: 30.

8 *Ibid.*

necesidad de crear e impulsar un pensamiento teórico autónomo en cuanto al papel de la mujer en el orden económico tanto nacional como internacional.

En los distintos paneles que tocaron temas tales como la mujer rural; producción y tecnología, sectores informales de trabajo, religión e ideología y movimientos femeninos de protesta, se presentaron trabajos de muy diversos países de Africa, el Medio Oriente, Asia y América Latina. Las investigaciones sobre la mujer se están consolidando como un campo de estudio propio en todos los países. Se proyecta otra conferencia mundial, esta vez en la India, dentro de dos años. Una conferencia latinoamericana también será celebrada a fines de 1977, sobre el tema de participación de la mujer en la fuerza de trabajo.

Para recapitular lo expuesto sobre el caso de México, el panorama laboral para la mujer está muy lejos de ser halagüeño. Pero más grave es que se ha hecho poca conciencia a nivel público y gubernamental, sobre el mismo. La prueba es que no se proyectan políticas de regulación y creación de empleo para la mujer. Se requiere más estudios y menos discursos, más formulación de programas concretos y menos asentimientos verbales, más pensamientos y menos cliés, más implementación y menos negociaciones personales.

Pero lo mismo, nótese bien, puede decirse de la lucha de los campesinos y campesinas de los otros grupos oprimidos y explotados en nuestra sociedad. No se da un sectarismo en todas estas luchas: se da más bien un frente común: entre mayor sea el número de grupos de mujeres y de hombres que englobe, mayor será su fuerza.

9 Schmink, M. "Dependent Development and the Division of Labour by Sex". Trabajo presentado en la Quinta Reunión de la Asociación de Estudios Latinoamericanos. San Francisco. 1974.

10 Youssef, Nadia. "Social Structure and the Female Labour Force: The Case of Woman Workers in Muslim Middle Eastern Countries" en *Demography*, 8, 4, noviembre, 1971: 427-439.

11 Ver las observaciones de Teresa Rendón en "Alternativas para la Mujer en el Mercado de Trabajo en México" en *Mercados Regionales de Trabajo*. I.N.E.T. y O.N.U., México. 1976. Puede también consultarse *La situación de la Mujer en México*. (s.a.) Ediciones del Año Internacional de la Mujer, México. 1975.

12 *Tienda, op. cit.*: 16.

13 Conferencia sobre "Las Industrias Fronterizas y las Maquiladoras", febrero 1976, en El Colegio de México.

14 Ruiz Harrel, R. "Aspectos Demográficos, Educativos y Laborales de la Mujer en México, 1900-1970." Trabajo presentado en el Año Internacional de la Mujer, México, junio de 1975.

15 Ruiz Harrel, op. cit.: 107.

carmen
lugo

marie langer: ideología y psicoanálisis

"La gran interrogación que nunca ha encontrado respuesta, y que no he sido capaz de contestar al cabo de treinta años de escudriñar el alma femenina es ésta: ¿que quiere la mujer?"

Sigmund FREUD

"Porqué las mujeres no son (a juzgar por mí misma) naturalmente sumisas, castas, perfumadas, exquisitamente ataviadas. Sólo una disciplina aburridísima les otorga esas gracias, sin las cuales no pueden conocer ninguno de los goces de la vida."

Virginia WOOLF Orlando p. 94

El estudio de la mujer es tarea superior al hombre. Es por esto que debemos a las psicoanalistas Helene Deutsch, Karen Horney, Melaine Klein y Marie Langer la exploración de ese vacío que en el universo freudiano significa la sexualidad femenina.

Pionera en América Latina de la difusión y la praxis de esa "enfermedad que pretende curar" como alguien definió alguna vez al psicoanálisis, Marie Langer encabeza una corriente revolucionaria que pretende transformar esta actividad —de simple técnica cultural, de fascinante aventura intelectual o método terapéutico al servicio de élites— en una herramienta integrada al proceso de cambio social.

Autora de dos clásicos sobre psicología femenina *Maternidad y Sexo* y *Fantasías eternas a la luz del psicoanálisis*, así como de diversos libros y artículos eruditos y técnicos, producto de su larga experiencia clínica, ensayista, polemista, fundadora del movimiento psicoanalítico argentino, voluntaria en las Brigadas Internacionales que intelectuales de varios países organizaron durante la guerra civil española en romántico intento por detener al fascismo, la doctora Langer últimamente ha denunciado la complicidad psicoanálisis/ideología como soporte de la explotación: "Me interesa especialmente —escribe— dilucidar cómo la institución del psicoanálisis transforma y distorsiona la praxis de esta ciencia y limita, sin pretenderlo, desde luego, su desarrollo científico. Los psicoanalistas al institucionalizarse, se han transformado en pilares de la estructura del sistema, en aparatos ideológicos del Estado."

C. L. ¿Cuál es la trascendencia del psicoanálisis como crítica de las ideologías?

M. L. Estamos muy al principio, pero obviamente, ese es el camino. Como crítica de ideologías y como método de investigación sobre la manera en que se establecen determinadas ideolo-

gías. Hemos empezado un poco con todo eso en la Argentina, donde el psicoanálisis se integró a la lucha psiquiátrica, a la lucha gremial, a la enseñanza en una nueva universidad que funcionó algún tiempo; el psicoanálisis dejó su elitismo, su ser disponible para unos cuantos solamente, dado el costo de los tratamientos clásicos, se integró a los hospitales. . . Y aquí también tengo la impresión, por mi trabajo en la UNAM, que el análisis, no como técnica aplicada, sino como marco referencial, está entrando en las instituciones, está al alcance de la gente común, de la gente que acude a los hospitales.

C. L. En ese contexto, ¿cuáles serían las alternativas que ofrece el análisis en las mujeres de los países explotados?

M. L. Lamentablemente el psicoanálisis, nunca planteó liberación para las mujeres ni de los países explotados ni de los otros; Freud con toda su penetración, inteligencia, espíritu de investigador y de descubridor de hechos importantes, al ser que menos entendió científicamente fue a la mujer; aunque en la práctica la ciencia que más tempranamente le dio entrada, como colaboradora del hombre, fue el psicoanálisis. Ahora usted me pregunta por las mujeres de los países explotados. Quien mejor ha definido el problema del lado marxista y no del lado psicoanalítico es, según mi sentir, Isabel Larguía, una periodista argentina que vive en Cuba desde hace mucho tiempo y que intenta retomar a Engels, es decir, explicar la liberación de la mujer a partir de una teoría científica, y lo que yo intento apoyándome en Isabel Larguía, es completar desde el lado psicoanalítico/psicológico, un enfoque socio-biológico de la mujer, para entender cómo se puede lograr realmente la liberación de la mujer. Ahí lo psicológico es muy importante, pero es superestructura, porque obviamente la mujer está llena de prejuicios, impuestos a través de milenios de opresión; la mujer está colonizada desde dentro por una larga historia.

C. L. ¿En este sentido podría considerarse que el destino biológico de la mujer (la menstruación, maternidad aborto, climaterio etc.), es un obstáculo para su liberación?

M. L. No, no precisamente. Margaret Mea —una antropóloga norteamericana, que no es marxista— ha demostrado a través de sus trabajos con diferentes sociedades, cuán socialmente están predeterminados, no solamente trastornos o no trastornos de menstruación, trastornos o no trastornos de embarazo, de parto, etc., y cómo la mujer, dentro de variaciones individuales vive su feminidad según lo cree, según las normas de cada sociedad de cada época, etc.

C. L. En su libro *Maternidad y Sexo* usted analiza los efectos traumáticos de la menstruación (89), el temor a la desfloración (p. 103), la frigidez (p. 119), los trastornos de la fecundación (p. 132); y de la lectura de este libro se desprende que en el caso de

la mujer, salud es igual a maternidad, y que esta experiencia es la consecuencia final y feliz de los conflictos neuróticos. . .

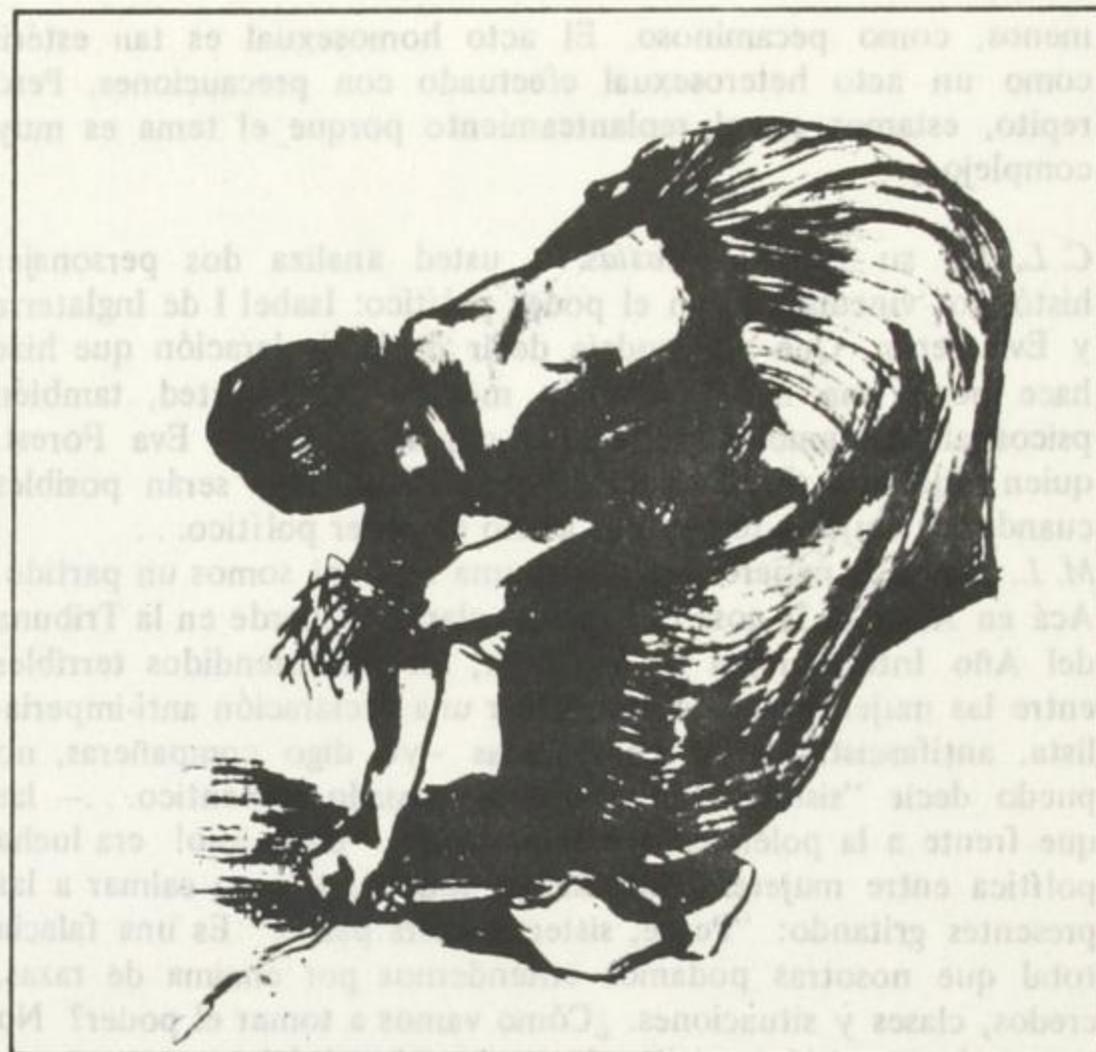
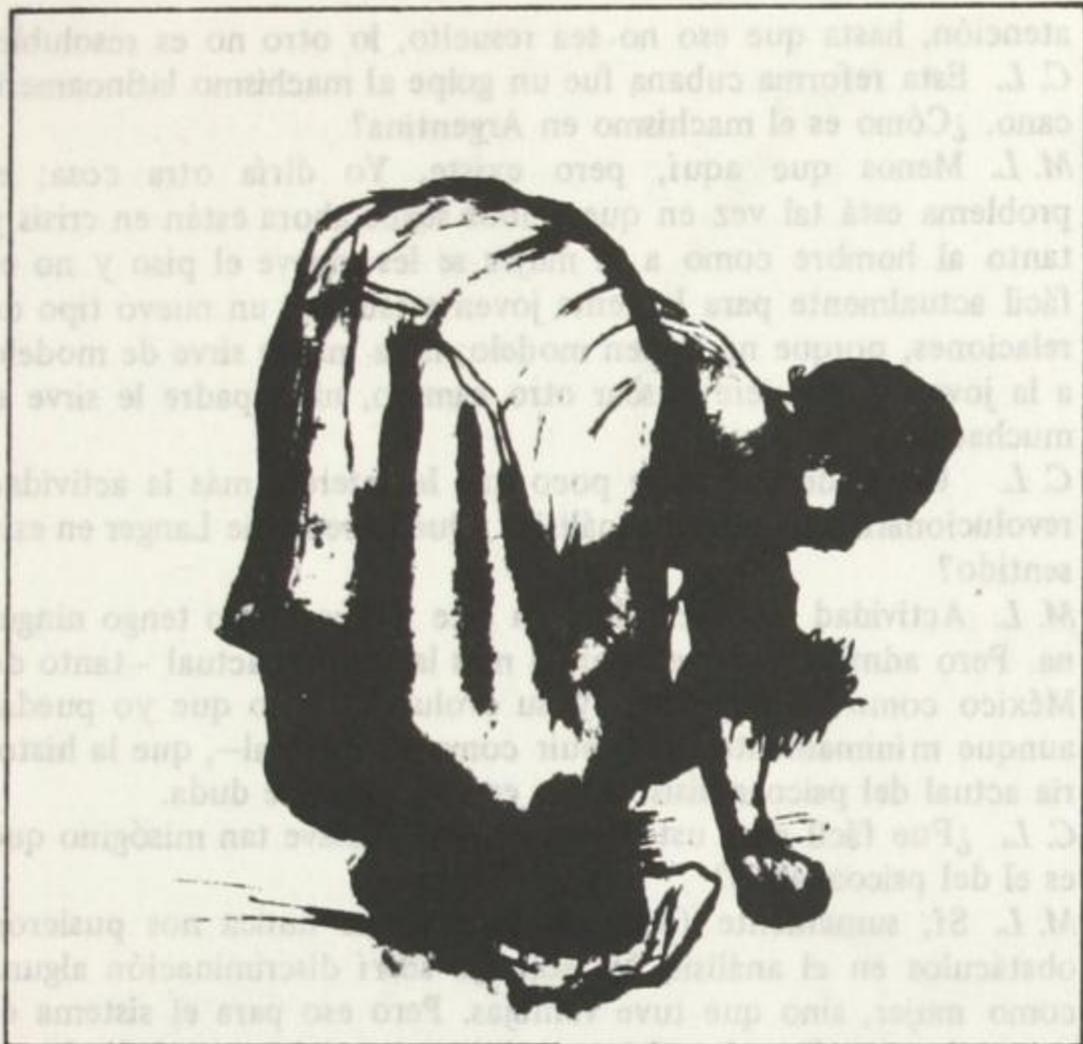
M. L. No. Ni entonces pude haber planteado eso, ¡he visto tantas madres neuróticas! Ahora, maternidad en el sentido de utilizar todas las capacidades biológicas es un hecho importante; pero ni entonces hubiera dicho que maternidad equivale a salud. Actualmente veo el problema bastante diferente, aunque sigo creyendo que la maternidad es una experiencia importante en la vida de toda mujer, pero no es forzosamente “la experiencia”, es decir la única a nivel biopsicológico.

C. L. ¿Cómo se explica entonces el que las mujeres históricamente visibles —desde Santa Teresa a Rosa Luxemburgo, pasando por Louise Michel, Vera Zassulitch, Clara Zetkin, Angela Davis y otras, hasta llegar a Beauvoir— hayan rechazado ese destino que la sociedad reserva a la mujer?

M. L. Tal vez no entendí cuando escribí *Maternidad y Sexo* que ese tipo de mujeres, y con mucha razón, vieron la maternidad como una trampa que les impediría la realización a otro nivel. Lo que en nuestra época se está dando, pero con todas las limitaciones sociales propias de cada clase de cada sociedad, es que la mujer no tenga que elegir entre “ser” intelectual o políticamente, es decir, realizarse a este nivel, y la maternidad como eligieron muy conscientemente las sufragistas, para las cuales era lo uno o lo otro. . .

C. L. Sin embargo, la hipótesis central de *Maternidad y Sexo* es que la mujer trabaja para sublimar sus instintos maternos no realizados. ¿No son más bien causas económicas y sociales las que impulsan a la mujer a trabajar? ¿Siguen vigentes su hipótesis y su libro?

M. L. Ahí tenemos que tomar en cuenta un concepto de Freud: para Freud todo trabajo es sublimación. Lo que yo agregué en el caso de la mujer, fue específicamente, la sublimación de su creatividad biológica a nivel maternal. En general, estoy totalmente de acuerdo —y sigo usando el mismo esquema— con la explicación de los diferentes trastornos en la procreatividad biológica de la mujer. No estoy de acuerdo —y lo digo en el prólogo de la última edición— con muchos conceptos ideologizados, como la idealización de la maternidad como la famosa discusión de las feministas sobre la exigencia del orgasmo vaginal, como la exigencia del parto sin dolor o la exigencia de la lactancia. Ha pasado algo muy curioso: a la mujer de clase media occidental se le ha dado recientemente libertad sexual, igualdad sexual, y otros derechos, pero lo que se le ha dado por un lado, se le ha quitado rápidamente por el otro, y ahí admito que sucumbí totalmente a la ideologización del momento, de hace más o menos treinta años, que fue cuando trabajé en este tema. Sobre esto leí una crítica muy interesante de Juliet Mitchell



Van Gogh

sobre por qué surgió en los países anglosajones la investigación del vínculo madre-hijo —en la que yo insisto mucho en el libro porque era la onda del momento justo en la postguerra. Esta autora dice que esta investigación, en la que se puso un énfasis más allá de lo razonable, respondía a la necesidad de reintegrar a las mujeres a sus hogares, para que los hombres, de vuelta de la guerra, no quedaran desocupados. Lo que en ese entonces no sabía y lo que sé muy bien ahora, es que cualquier investigación científica es superestructura y también tiene siempre una base ideológica —socioeconómica-política.

C. L. ¿Debemos considerar como actitud ideológica este reciente aggiornamento de varias asociaciones psicoanalíticas frente a la homosexualidad? Usted que ha estudiado clínicamente la homosexualidad femenina e incluso publicado un ensayo con ese título, ¿sigue considerando esta manifestación de la sexualidad en un contexto de “enfermedad mental”, o ha reconsiderado su actitud? Y, ¿podría considerarse que en el caso de la mujer, la homosexualidad se origina en causas fisiológicas, orgánicas o es más bien una actitud de rechazo al machismo?

M. L. No, rechazo al machismo no. Esto viene de la primera infancia generalmente; pero le diré que también frente a la

homosexualidad, no sólo esas asociaciones sino muchos psicoanalistas, aisladamente o no, estamos en el replanteamiento y no le podría contestar en este momento. Desde luego, no veo normal la homosexualidad si tomo estrictamente “norma”, porque no es la norma ¿Pero, por eso es patológico? . . . Es un problema muy complejo, y se debe estudiar mucho. . . Rechazo la idea de que la legislación tenga que penar la homosexualidad. Obviamente, esto proviene de una época en la cual los países, por razones de guerra, estaban interesados en incrementar la natalidad. En Argentina, donde no tenemos explosión demográfica como ustedes, sino al revés, todavía hoy el séptimo hijo varón tiene como padrino de bautismo al Presidente de la República; pero el séptimo hijo varón, porque son siete soldados. Ahora hay un cambio reciente frente a la homosexualidad, un cambio de criterio que es obvio; en muchos países se ha abrogado la legislación que castigaba la homosexualidad masculina (la mujer nunca fue penada, porque la mujer como objeto pasivo aunque sea homosexual, puede procrear) al mismo tiempo que los anticonceptivos terminaban con el criterio que nos viene de San Pablo, de considerar el acto sexual no fértil, en potencia por lo

menos, como pecaminoso. El acto homosexual es tan estéril como un acto heterosexual efectuado con precauciones. Pero repito, estamos en el replanteamiento porque el tema es muy complejo.

C. L. En su libro *Fantasías...* usted analiza dos personajes históricos vinculados con el poder político: Isabel I de Inglaterra y Eva Perón. Qué nos podría decir de la declaración que hizo hace poco una mujer también médico como usted, también psicoanalista, también perseguida por el fascismo, Eva Forest, quien dijo que la revolución, la justicia, sólo serán posibles cuando las mujeres tomen por asalto el poder político...

M. L. No. Las mujeres no somos una clase ni somos un partido. Acá en América la cosa es bastante clara. Recuerde en la Tribuna del Año Internacional de la Mujer, los malentendidos terribles entre las mujeres que querían hacer una declaración anti-imperialista, antifascista, y las compañeras —yo digo compañeras, no puedo decir “sisters” me parece demasiado romántico...— las que frente a la polémica que se armó ahí —pero ¡ojo! era lucha política entre mujeres— intentaban todo el tiempo calmar a las presentes gritando: “Peace, sisters, sisters peace.” Es una falacia total que nosotras podamos entendernos por encima de razas, credos, clases y situaciones. ¿Cómo vamos a tomar el poder? No somos dueñas de los medios de producción ni del aparato estatal. ¿Cómo lo lograríamos?

C. L. A esto, Susan Sontag y Juliet Mitchell han contestado que el problema de la liberación de la mujer no se resuelve en el contexto de lucha de clases, ni con el establecimiento de Estados socialistas que mantienen intacto el monopolio del poder político por parte de los hombres y dejan intactas las estructuras fundamentales de represión que caracterizan las relaciones privadas entre los dos sexos.

M. L. Que en los países socialistas tampoco está resuelto el problema, es cierto; basta con acudir a un congreso, una ve tan pocas mujeres; sin embargo, en Alemania Oriental se lo toman muy, muy en serio. He estado una vez ahí y conozco el idioma; nunca estuve en Cuba pero tengo la impresión de que en Cuba también se toman muy en serio esto de lograr realmente la liberación de la mujer. Tengo entendido que la nueva Ley Familiar cubana es un gran paso al respecto y también se ha eliminado toda discriminación en la educación. Eso no significa, sin embargo, que la situación sea realmente equitativa; para eso se necesita mucho tiempo, porque el hombre no cambia tan fácilmente, y se necesitan los medios necesarios para poder socializar el hogar. Mientras no haya suficientes y bien llevadas guarderías, lavanderías, etc., mientras subsista el hogar tal como lo conocemos, como un pequeño taller anticuado, que requiere mucha

atención, hasta que eso no sea resuelto, lo otro no es resoluble. *C. L.* Esta reforma cubana fue un golpe al machismo latinoamericano. ¿Cómo es el machismo en Argentina?

M. L. Menos que aquí, pero existe. Yo diría otra cosa; el problema está tal vez en que ambos sexos ahora están en crisis y tanto al hombre como a la mujer se les mueve el piso y no es fácil actualmente para la gente joven establecer un nuevo tipo de relaciones, porque no tienen modelo; ni la madre sirve de modelo a la joven que quiere buscar otro camino, ni el padre le sirve al muchacho...

C. L. Usted declaró hace poco que le interesa más la actividad revolucionaria que el psicoanálisis. ¿Qué hace Marie Langer en este sentido?

M. L. Actividad revolucionaria en este momento no tengo ninguna. Pero admito que me interesa más la historia actual —tanto de México como de Argentina y su evolución, y lo que yo pueda, aunque mínimamente contribuir como intelectual—, que la historia actual del psicoanálisis. Sobre eso no me cabe duda.

C. L. ¿Fue fácil para usted entrar a ese enclave tan misógino que es el del psicoanálisis?

M. L. Sí, sumamente fácil. En la práctica nunca nos pusieron obstáculos en el análisis. No sólo no sufrí discriminación alguna como mujer, sino que tuve ventajas. Pero eso para el sistema es como la justificación de principios de siglo: ¡qué lindo el capitalismo si un lustrabotas puede llegar a Presidente; qué lindo tener una o dos colegas mujeres y hasta ser galante con ellas! Pero cuando son muchas, ahí empieza el problema.

Así termina Marie Langer esta entrevista.

Freud al final de su vida, concluyó una conferencia en los siguientes términos: “si quieren ustedes saber más sobre la feminidad, interroguen a su propia experiencia, diríjense a los poetas o bien esperen a que la ciencia esté en situación de darnos datos más profundos y coordinados...” Gracias a las investigaciones de la doctora Langer, a sus aportaciones inestimables a la ciencia psicoanalítica, hoy se sabe mucho acerca de los conflictos que plantea el ser mujer, el nacer mujer en una sociedad falocéntrica, donde lo femenino es otra forma de colonización. Lo femenino no ha sido, sin embargo, su única preocupación pues como intelectual a la que ciencia y conciencia le han encomendado la función de la crítica, no se ha encerrado en la comodidad de las abstracciones teóricas; ha salido al campo, ha analizado gratuitamente en los hospitales, ha estado siempre muy cerca de lo social.

Marie Langer es una mujer a la que la edad le ha agregado un nuevo encanto, el necesario para enfrentar el fascismo, varias veces presente en su camino, el suficiente para iniciar una revolución desde un pequeño consultorio.

*luis
gonzález
de alba*

condicione a su marido

Para explicar un fenómeno, cualquiera que éste sea, se requiere el cumplimiento de un supuesto previo en primer término: considerar que es necesaria dicha explicación. De otra manera jamás se plantea ni la pregunta que iniciaría el análisis.

Lo mismo sucede cuando se habla de la situación de la mujer: si no existe una duda inicial, resulta entonces que el lugar de la mujer viene a ser tan natural como el de las orejas.

Desde la no-explicación, el no-punto de vista consiguientes, la condición femenina resultaría del atávico arrobo que produce a toda clase de mujeres la vista de una larga hilera de lavaderos en una azotea —sobre todo a la luz de la luna—; por el rapto místico en que entran ante un balde con lejía y una jerga, o por su particular proclividad a pintar con amarillo congo cuanto piso encuentran.

Ciertas pautas milenarias llamadas *improntas* hacen que las golondrinas aniden bajo los aleros, obligan a las aves migratorias a viajar hacia el sur en otoño, producen temor en los polluelos ante la sombra de un gavilán (aunque sea de cartón). De la misma manera, póngase un enjambre de abejas en un jardín y sin tardanza construirá una colmena; póngase una mujer ante un kilo de tortillas e irremisiblemente lo convertirá en chilaquiles.

Pero siempre hay inconformes que todo lo complican: así

como dieron al traste con eficaces relaciones de producción al preguntarse si los obreros deberían tener otro fin en sus paupérrimas existencias que el de producir sedas estampadas y brocados que diferenciaran a la gente bien de la chusma; igual “desestabilizaron” la repartición de los trabajos que la humanidad había implantado milenios atrás. A los trabajos femeniles se añadía una exigencia: realícelos de la manera más imperceptible, trata de no existir, que no se vean sino los resultados de tu labor. Cuando no eran necesarias, las mujeres griegas se guardaban en el gineceo, como las escobas detrás de la puerta, mientras los hombres cazaban, mataban enemigos, lanzaban discos, hacían esculturas, se planteaban el problema del conocimiento, el de la cuadratura del círculo, y se divertían mucho entre ellos.

Esta es la organización que hoy se pone en duda. Para medir el alcance de semejante ruptura en las costumbres, preguntémos: ¿Qué habría podido componer Bach si, con 20 hijos, hubiera tenido que tirar 20 bacinicas a la Kagenstrasse por la mañana, lavar pañales y cepillar tricórnios por la tarde, y hornear applestrudl para la cena?

Pero el mal ya está hecho, porque, como toda ideología, la que sujeta a las mujeres es efectiva en cuanto resulte “natural”,

es decir, en la medida en que nadie se pregunte si es correcta o no esa forma de organización del hormiguero. Como dice el adagio latino: Cuando la pregunta aparece, el encanto se desvanece. Planteada la cuestión ya no queda sino responderla.

Esto es lo que ha intentado hacer la doctora Josephine Weiss en su artículo "Der Professor sagt der Waschfrau", traducido en Barcelona por su hermana Charlotte Weiss con el título: "El catedrático le dijo a la lavandera".

Allí nos cuenta la doctora Weiss que el catedrático quiso proporcionar a su lavandera una ayuda mnemotécnica y le dijo: "Bueno, Mütterchen (madrecita), no olvide mi número telefónico, es el 8-40; para retenerlo fácilmente, piense sólo en el Rey Luis el Alemán, quien subió al Trono en el Año 840." Certero ejemplo de cómo todo catedrático tiene una lavandera y de cómo éstas no conocen la fecha de ascenso al trono de Ludwig den Deutschen, pues de otra manera el asunto no tendría gracia.

Continúa luego desglosando *The Basic Concepts of Behavior*, de la respuesta consejera matrimonial Brenda F. Skiller, para mostrarnos de qué manera se implanta en las futuras amas de casa la conducta esperada. Asienta la Weiss que se trata de respuestas condicionadas, nombre que toma de la señora Skiller.

Conducta Operante

"En condicionamiento operante", nos dice la Weiss, "nosotros pensamos de conducta como segmentada en unidades llamadas



Rembrandt

respuestas. Pensamos de ambiente como segmentado en unidades llamadas estímulos".

Hay dos tipos de conducta: respondiente y operante. La primera es similar en cada especie. Hombres y mujeres flexionan la pierna cuando se les golpea la rodilla en el lugar adecuado. La respuesta es la misma independientemente de que se considere muy inadecuada en una señorita casadera.

En los organismos superiores, la conducta respondiente constituye una pequeña porción de la conducta. El resto es operante: perros que mueven la cola, pájaros que cantan, mujeres que muelen ajonjolí en metate para hacerle mole poblano a su marido, maridos que exclaman "tráeme una cerveza, llévate este niño, dónde andabas a estas horas". Toda es conducta operante y se diferencia de la primera en que es *aprendida* y, por lo tanto, modificable.

Reforzamiento

¿Cómo se aprende? Así nos lo resume la Weiss: "Es claro que algunos operantes (o sea, porciones de conducta operante) ocurren más frecuentemente que otros y que la frecuencia con que una dada operante ocurre, puede cambiar." Los maridos pueden gritar más o dejar de hacerlo, las mujeres pueden hacer tamales una vez a la semana o sólo por Pascua Florida.

"La observación de más cerca sugiere que la frecuencia de ocurrencia de una operante es grandemente influida por las consecuencias de la operante. La frecuencia de la conducta operante está primariamente determinada por sus *afectos* (el evento ambiental que la sigue) y no por los estímulos, como en la conducta respondiente."

O sea que la respuesta "no te metas en asuntos de hombres" no será modificada por algún estímulo previo, sino por las consecuencias que sigan al "no te metas".

Reforzamiento positivo

"Los efectos o consecuencias de la conducta pueden ser la aparición de una parte adicional del ambiente (un plato de mole) o la desaparición de alguna parte del ambiente (la mujer que sale despavorida). Si la aparición de un estímulo (el plato) como consecuencia de una respuesta (¿qué pasó con mi mole!) aumenta la probabilidad de que tal respuesta vuelva a ocurrir en el futuro, el estímulo se llama *reforzador positivo*." Es obvio lo que nos explica la doctora: si cada vez que una gritara ¡mi mole! apareciera un delicioso plato, gritaríamos más seguido que si no aparece nada; y no volveríamos a gritar si saliera un perro y nos mordiera.



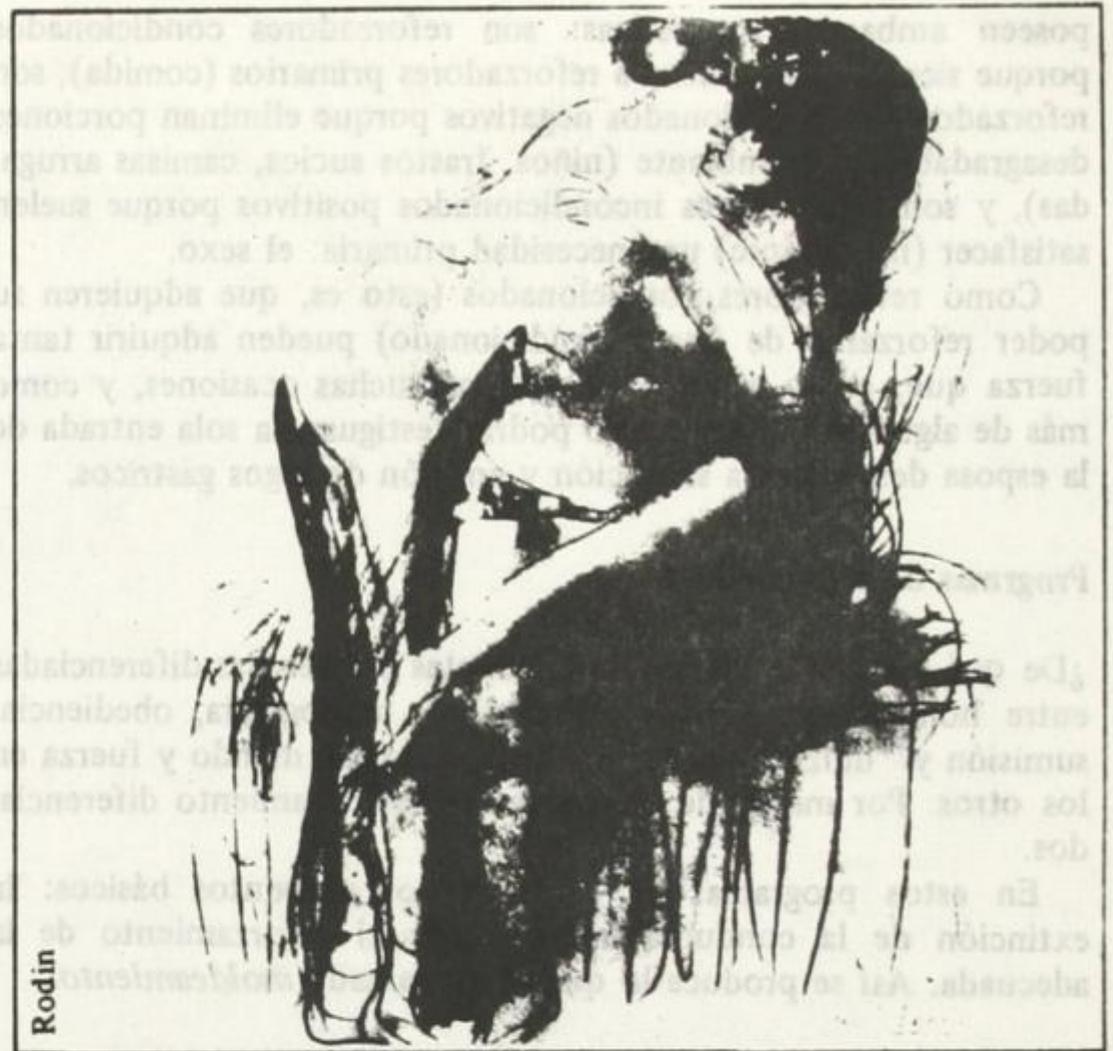
Picasso

Reforzamiento negativo

“Si la *desaparición* de un estímulo (la mujer que decía: yo le voy al Necaxa) como consecuencia de una respuesta (¡Vete a la azotea!) resulta en una incrementada probabilidad de que la respuesta vuelva a ocurrir en el futuro, el estímulo es llamado *estímulo aversivo* (la mujer que le va al Necaxa), o *reforzador negativo*.”

Estímulos discriminativos

La mayoría de las operantes ocurren con alta frecuencia sólo bajo ciertas condiciones. Nadie recita el Nocturno a Rosario cuando una secretaria le anuncia que el candidato a la Presidencia lo llama por teléfono. Nadie apaga un foco apagado ni se viste de tehuana para recibir las estrellas de coronel (hay excepciones en todos los casos). Estos son ejemplos del control de la conducta operante por estímulos discriminativos. El estímulo discriminativo para recitar El Brindis del Bohemio sería el conjunto de caras y los danzones que indican que estamos en la reunión anual de la generación 1950 de abogados. Ya sabemos, también, quiénes



Rodin

debieran estar frente a nosotros para que considerásemos adecuado el uso del traje de tehuana.

“En cada caso, la probabilidad de que la operante ocurra es alta sólo en presencia de ciertos eventos ambientales. En condicionamiento operante se dice que los estímulos discriminativos *controlan* la respuesta operante.” Para que aparezca la operante “apagar foco” es necesaria la presencia del estímulo discriminativo “luz del foco”; para que se dé la respuesta “llévate de aquí ese niño chillón” se requiere la presencia del estímulo “esposa”, que es quien controla la respuesta.

Reforzadores condicionados

“Algunos estímulos, tales como alimentos y agua, son capaces de reforzar la conducta sin que el organismo haya tenido ninguna experiencia previa con ellos. Estos estímulos se llaman primarios o incondicionados. Otros estímulos adquieren su poder reforzador a través de la experiencia del organismo; se llaman secundarios o condicionados”. Por ejemplo, una luz que se encienda a la hora de comer, acabará por ser reforzante por sí misma. Un reforzador puede ser condicionado e incondicionado. Las esposas

poseen ambas características: son reforzadores condicionados porque siempre van unidas a reforzadores primarios (comida); son reforzadores incondicionados negativos porque eliminan porciones desagradables del ambiente (niños, trastos sucios, camisas arrugadas), y son reforzadores incondicionados positivos porque suelen satisfacer (no siempre) una necesidad primaria: el sexo.

Como reforzadores condicionados (esto es, que adquieren su poder reforzante de uno incondicionado) pueden adquirir tanta fuerza que, como se ha probado en muchas ocasiones, y como más de algún lector masculino podrá atestiguar, la sola entrada de la esposa desencadena salivación y emisión de jugos gástricos.

Programas de reforzamiento

¿De qué manera se implantan conductas y creencias diferenciadas entre hombres y mujeres? Virginidad, monogamia, obediencia, sumisión y "dulzura" en unas; libertad sexual, mando y fuerza en los otros. Por medio de programas de reforzamiento diferenciados.

En estos programas se manejan dos elementos básicos: la extinción de la conducta indeseable y el reforzamiento de la adecuada. Así se produce lo que se ha llamado *moldeamiento*.

Un ejemplo práctico

Josephine Weiss nos presenta a continuación un ejemplo de programa dirigido a moldear, en un marido ortodoxo, una conducta de permisividad sexual para la mujer.

Es perfectamente factible moldear la conducta de cualquier marido, comenta la Weiss. Y pide que se sigan escrupulosamente los pasos descritos a continuación.

Digamos que Ud., cansada por el tedio de la monogamia, fastidiada porque los amantes, en cuanto lo son, adquieren su torva calidad de maridos de segunda, desea simplemente recoger a un futbolista a la salida de un partido o a un cadete en día de asueto:

A. Elogie hombres inalcanzables

1. Empiece por hablar de actores extranjeros en la mesa. Es importante que sean extranjeros y que el elogio se produzca en la mesa, de preferencia un día en que haya buena comida; vino, quizá.

2. Cuando él se moleste y responda "¿qué te pasa?, ¿qué te traes con Robert Redford?", respuesta absolutamente inadecuada, pegue Ud. un grito súbito con cualquier pretexto (no contra

él). Grite, por ejemplo: ¡Niños, ya basta! con la voz más destemplada que logre emitir.

3. Si él permanece en silencio, recompénselo de inmediato con una caricia suave. No debe pasar más de 1/3 de segundo entre la conducta deseada y la aplicación del reforzamiento.

Conforme el silencio sea más prolongado, añada reforzamiento suplementario: saque a los niños del comedor, deje ver, como al azar, un número de *Playboy* (o de *Playgirl* si no está del todo segura de lo que hace su marido cuando va solo al cine o cuando llega de la calle recién bañado y dice que trabajó mucho y se dio un vapor para relajarse).

4. Acabará por escuchar, sin molestarse, los elogios que Ud. haga de hombres que, después de todo, están muy lejos.

B. Una vez conseguido lo anterior, proceda igual; pero esta vez mencione hombres conocidos: ¡Qué brazos tiene el carnicero! sería un buen principio.

C. Diga que estuvo platicando con él y que le rebajó el filete.

1. Castigue de inmediato la respuesta inadecuada que seguramente emitirá su esposo. Recuerde que un castigo a destiempo nos hará perder el terreno ganado. El castigo debe caer fulminante y certero.

2. Proceda, por medio de reforzamientos y castigos, a moldear la conducta esperada.

D. Comente que uno de los albañiles de la construcción vecina se permitió besarla.

1. Ante la tormenta, deje caer una bandeja cargada de objetos ruidosos: campanas, cacerolas, toda clase de cacharros (procure que nada se rompa y que caiga a espaldas de su esposo). Sincronice el efecto con la alarma del despertador, que debe sonar en ese preciso instante. Pise a uno de los niños (o a varios a la vez, si fuera posible) y a otro dele discretamente un pellizco espantoso.

2. Aplique reforzamiento de la respuesta favorable.

3. Recuerde que existen algunos programas de reforzamiento más efectivos que otros: VR, VI, Drl, Drh, etc. Consulte a un especialista.

E. Para castigar la respuesta que sobrevendrá cuando explique Ud. por qué trae la falda llena de mezcla o por qué huele a carnitas o cómo es que trae aceite del cuarenta en el sostén, deberá tener en el tocadiscos, y a todo volumen, los efectos sensorround. No está de más dar una falsa alarma a los bomberos, para que, cuando Ud. escuche la "s" de "¡eres...!", derriben la puerta a hachazos mientras se inicia el temblor y estalla una olla de presión llena de frijoles.

En cuanto se presente una respuesta adecuada: "Ay, Cielo; ese pelado te echó a perder el sostén que compramos en Bruselas" refuércela de inmediato. Recuerde: 1/3 de segundo.

*simone
de beauvoir*

**sartre:
la lucha
femenina
podría socavar
la sociedad**

S. de Beauvoir. Y bien, Sartre, me gustaría interrogarlo sobre la condición femenina, pues en resumidas cuentas, jamás se ha expresado usted sobre este tema, y es eso mismo que me gustaría plantearle como primera pregunta. ¿Cómo es posible que usted, que ha hablado de todos los seres oprimidos: los trabajadores, los negros en *Orfeo Negro*, de los judíos, en *Reflexiones sobre la cuestión judía*, no se ha referido jamás a las mujeres? ¿Cómo explica usted eso?

Sartre. Pienso que la causa proviene de mi infancia. De niño estuve rodeado principalmente de mujeres; mi abuela y mi madre se ocupaban mucho de mí y además, a mi alrededor, había únicamente niñas. De tal suerte que esto, las niñas y las mujeres, constituyó en cierta forma, mi medio natural, y siempre tuve la idea que había en mí algo de mujer.

Simone de Beauvoir. Pero el hecho de que estuviera rodeado de mujeres no impide el que hubiera podido percibir como un fenómeno importante la opresión que ellas padecen.

Sartre. Yo sentía que mi abuela era oprimida por mi abuelo pero no me percataba completamente de ello. Mi madre, como viuda, era oprimida por sus padres; pero de igual manera por su padre que por su madre.

Simone de Beauvoir. ¿Pero usted se volvió adulto! ¿Por qué

ha ignorado la opresión de la cual son víctimas las mujeres?

Sartre. Como fenómeno general, yo no tenía conciencia de ello, lo percibía como si sólo se tratara de casos particulares. Evidentemente, yo veía muchos; pero en cada ocasión, consideraba este imperialismo como un defecto individual del hombre en cuestión; lo mismo que una cierta sumisión, como un rasgo particular del carácter de la mujer.

Simone de Beauvoir. ¿Es que podría decirse que existe en muchos hombres en relación a las mujeres —e incluso en muchas mujeres, yo misma durante mucho tiempo también fui así— una especie de ceguera? Se toma las relaciones hombre-mujer como una situación de hecho tal, que parecen naturales, y que en resumen no se ven. Lo cual me hace pensar un poco en lo que antaño ocurrió en la democracia griega, donde la esclavitud no era percibida por gentes que, sin embargo, profesaban ideas de reciprocidad. Me parece que en los siglos venideros se verá la manera de cómo son tratadas las mujeres, hoy en día, en nuestra sociedad, con el mismo asombro con el cual nosotros vemos la esclavitud en la democracia ateniense, por ejemplo.

Sartre. Creo que usted tiene razón. Cuando era joven creía en la superioridad del hombre, lo que no excluía una cierta igualdad

entre él y la mujer. Me parecía que en la vida de sociedad las mujeres eran tratadas como iguales a los hombres. En ciertos casos el hombre podía ser altanero, orgulloso, autoritario en sus relaciones con su mujer, mi padrastro, por ejemplo. Pero a mis ojos se trataba de un simple rasgo de carácter.

Simone de Beauvoir. Pero usted mismo acaba de decirme que en sus relaciones con las mujeres, que han sido muy numerosas, usted las miraba a la vez como iguales y como no iguales. ¿Con esto quiere usted decir, lo que ya me había indicado alguna vez, que dada su opresión, ellas eran iguales al hombre sin serlo?

¿Quiere decir que, aun cuando es más difícil para una mujer tener la misma cultura, conocimientos y libertad que un hombre, se le puede considerar como un igual, aun si ella carece de cultura, de libertad y de otras cualidades?

Sartre. Hay algo de eso. Consideraba que ella tenía un cierto tipo de sentimientos, una manera de ser que yo reencontraba en mí. Me sentía, pues, capaz de platicar con ella mucho mejor que con los hombres. Con los hombres, la conversación degenera siempre sobre cuestiones profesionales. Siempre se termina por hablar, ya sea sobre la situación económica del momento o del aoristo griego, según se trate de un profesor o de un comerciante. Pero es raro que pueda uno sentarse en la terraza de un café y hablar del tiempo que hace, de las personas que pasan, del aspecto de la calle; todas esas cosas que siempre he hecho con las mujeres y que me daban la impresión de igualdad con ellas; aunque, evidentemente, era yo quien dirigía la conversación. Y si era así es porque yo había decidido hacerlo.

Simone de Beauvoir. Pero en el hecho de que fuera usted el que condujera la conversación, de que considera normal hacerlo, había una actitud "machista". Por otra parte debo decir que en el conjunto de sus obras, cuando se releen, se descubren rastros de machismo y aun de falocracia.

Sartre. Usted exagera un poco, pero en fin, no veo inconveniente en aceptarlo como verdad.

Simone de Beauvoir. ¿Pero usted mismo, no se siente machista?

Sartre. Sí, de una cierta manera puesto que era yo el que establecía las relaciones sobre un plan o sobre otro si la mujer estaba de acuerdo, evidentemente. Pero era yo quien tomaba las primeras iniciativas. No tomaba el machismo como algo que provenía de mi condición de macho, lo tomaba como característica de mi persona.

Simone de Beauvoir. Es curioso puesto que usted fue el primero en decir que la psicología, la interioridad, no constituye más que la interiorización de una situación.

Sartre. Sí, tenía la actitud general del hombre de nuestra



época en relación a las mujeres. La tomaba como una superioridad individual. No hay que olvidar, lo confieso también, que me he atribuido mucha superioridad sobre la gente de mi edad y de mi sexo, es decir, sobre muchos hombres.

Simone de Beauvoir. ¿Es decir, que la idea de superioridad no le parecía a usted específica en sus relaciones con las mujeres porque la tenía con todo el mundo?

Sartre. Si así lo quiere usted. Sin embargo, tenía algo de particular puesto que se acompañaba de sentimiento. Habría que estudiar la superioridad captada a través de un sentimiento, ¿qué es eso de amar a alguien sintiéndose superior y en qué medida hay ahí una contradicción?

Simone de Beauvoir. En fin, lo que yo retengo como más interesante en todo esto es que usted, aunque acepte de buena gana considerarse como un cualquiera, no sintió su machismo como si fuera el de un cualquiera.

Sartre. Sino como el machismo particular de un individuo; no hay que creer, sin embargo, que toda mi vida me he considerado como un cualquiera. Fue a partir de los cuarenta años que lo hice, en ese momento lo escribí y es así que lo sigo pensando.

Simone de Beauvoir. Volviendo al machismo, hay que, de todas formas, graduarlo, pues, a pesar de todo, usted me estimuló



lucha feminista tal como usted la reconoce? ¿Conservaría la antigua distinción entre contradicción principal y contradicción secundaria? ¿Piensa que la lucha de las mujeres es secundaria?

Sartre. No. Considero la lucha de las mujeres como principal. Durante siglos esta lucha no se ha manifestado sino en las relaciones individuales, dentro del hogar. El conjunto de estas luchas particulares está formando una lucha más general, pero no toca a todo el mundo. Más aún, yo diría que la mayoría de las mujeres no se da cuenta que podría salir ganando si uniera su lucha individual a una lucha más general: la lucha de todas las mujeres contra todos los hombres. Esta lucha, de carácter general, no ha revestido aún toda su amplitud.

Simone de Beauvoir. Existen áreas dentro de las cuales las mujeres, sin ser muy conscientes, sienten que les conciernen. La batalla por el aborto fue un combate que en su comienzo fue dirigido por un puñado de intelectuales. Cuando firmamos el Manifiesto de las 343, éramos poco numerosas, pero este movimiento tuvo una resonancia tal sobre las mujeres que al final se logró arrancar al gobierno la ley sobre el aborto, ley que no es enteramente satisfactoria, lejos de ello, pero sin embargo es una victoria.

Sartre. Sí; pero note que muchos hombres son partidarios también del aborto. A menudo es él quien paga el aborto, por ejemplo, un hombre casado que tiene una amante, no desea tener un hijo de ella.

Simone de Beauvoir. Encuentro muy optimista, conmovedora, la solicitud de los hombres hacia las mujeres embarazadas. El número de casos en los que los hombres se desobligan completamente, no dan dinero ni socorro moral, es considerable. La batalla por el aborto ha sido ganada por las mujeres.

Sartre. En cierta medida, en la hora actual eso es verdad. Pero a pesar de todo fue una asamblea de hombres la que votó la ley, hubo una cierta complicidad de sexos.

Simone de Beauvoir. Hay que ver que muchas mujeres no son positivamente conscientes de su opresión, encuentran completamente natural hacer ellas solas todo el trabajo doméstico y asumir casi sin ayuda el cuidado de los hijos. Imagina usted el problema que se plantea a las mujeres del M.L.F. cuando están en presencia de, digamos, obreras que por una parte son explotadas en las fábricas donde trabajan y por otra lo son en su casa por el marido. ¿Piensa usted que hay que abrirles los ojos sobre esta opresión doméstica?

Sartre. Seguro que sí. Pero es evidente que actualmente existe una separación entre las mujeres burguesas o pequeño-burguesas y las obreras. En el fondo tienen los mismos intereses, por otra parte pueden tener una comunicación entre sí en tanto que mujeres, sin embargo permanecen separadas unas de otras y ello en gran parte es a causa de la separación de clases que opone a sus maridos y porque ellas se sienten obligadas a reflejar las ideas sociales de los maridos burgueses u obreros. Es ello lo que distingue a las mujeres burguesas de las obreras por el modo de vida, en el fondo, es decir la gestión del hogar, el cuidado de los niños. En el fondo, la situación es similar de ambos lados, la diferencia es de grados.

Simone de Beauvoir. Sí, únicamente que la obrera que trabaja padece dos opresiones. Y sobre esto mi pregunta es precisamente saber —y es por razones prácticas que la planteo— si habrá qué enfrentar, en cierta forma, a mujer contra su marido cuando para él significa, por el contrario, el solo refugio contra la opresión patronal.

Sartre. Existe una contradicción, pero consideramos que es lo contrario de lo que se dice de ordinario. La contradicción principal la constituye la lucha de sexos y la contradicción secundaria, la lucha de clases.

En la medida en la que la mujer tiene que padecer una doble opresión, la lucha de sexos es prioritaria. Pienso que es necesario que la obrera invente una síntesis, diferente según el caso, entre

grijalbo

BEST SELLERS

EL GRUPO / MARY McCARTHY

una novela llena de revelaciones sobre la condición de la mujer. Un gran documento social sobre la década de los años treinta

NUEVAS CARTAS PORTUGUESAS / LAS TRES MARIAS

Una denuncia implacable de la mística femenina de nuestro siglo XX.

PARIS FUE AYER (1925-1939) / JANET FLANNER

Las excelencias peculiares de la prosa de Janet Flanner iluminan la vida francesa desde el *crimen passionnel* al *vermissage*, desde Montparnasse a la Cámara de Diputados, desde el triunfo de Lindbergh a las amargas implicaciones del *affaire Stavisky*.

MI DESTINO DE MUJER / MARTHE RICHARD

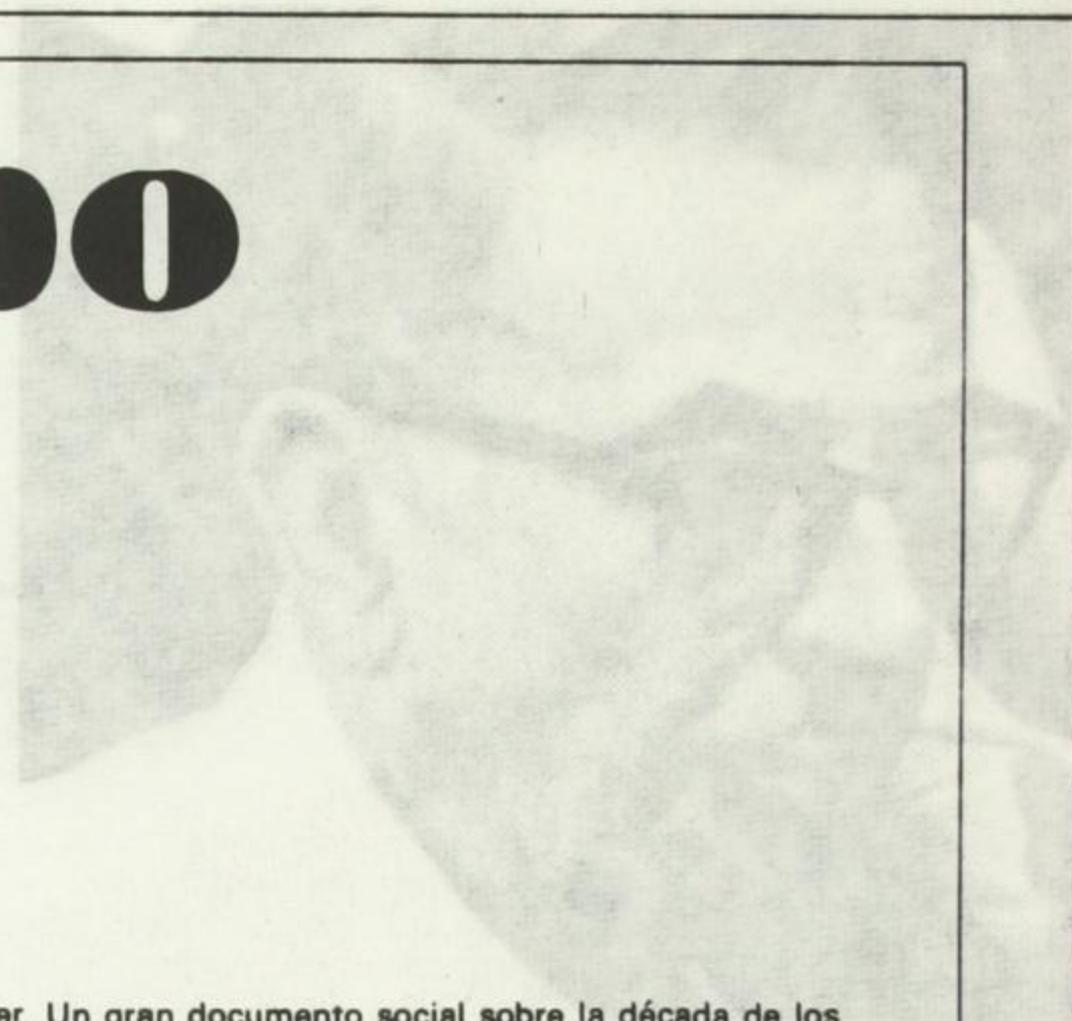
La biografía de una mujer extraordinaria que supo vivir por delante de su época.

RETRATO DE UN MATRIMONIO / NIGEL NICOLSON

Biografía de Vita Sackville-West y Harold Nicolson, una pareja de escritores que llevaron una existencia ejemplarmente escandalosa. Una insólita visión de la época victoriana.

MIRAR Y PASAR / TAYLOR CALDWELL

Memorable y nostálgica recreación de un estrato de la sociedad norteamericana de comienzos de siglo.



de manera entusiasta a escribir *El segundo sexo* y una vez que el libro estuvo terminado, suscribió todas sus tesis mientras que personas como Camus, por ejemplo, casi me aventaron el libro a la cara.

Es en ese momento cuando yo descubrí el machismo de un cierto número de hombres a los cuales consideraba verdaderamente demócratas, tanto en relación al sexo como en relación al conjunto de la sociedad.

Sartre. Sí, pero hay que decir primeramente que en nuestras relaciones a usted la he considerado siempre como a una igual.

Simone de Beauvoir. Usted jamás me ha oprimido y jamás ha manifestado la más mínima superioridad sobre mí. Para atenuar su machismo es importante ver que jamás hemos tenido relaciones de inferioridad-superioridad, como ocurre a menudo entre la mujer y el hombre.

Sartre. En la relación misma aprendí, comprendí que existían relaciones entre el hombre y la mujer que podían expresar la igualdad profunda de los sexos. Yo no me consideraba superior a usted, o más inteligente o más activo. Me colocaba en el mismo plano, éramos iguales. Pienso que curiosamente esto fortificó mi machismo, en cierta forma, porque me permitió asumirlo con otras mujeres. Sin embargo, la igualdad que existía entre nosotros no me parecía simplemente la igualdad entre dos individuos sino que tenía la impresión que mostraba la igualdad profunda entre los dos sexos.

Simone de Beauvoir. Dicho esto, usted aceptó *El segundo sexo* pero no lo hizo cambiar. Me parece que ambos teníamos la misma actitud en ese momento, teníamos la misma concepción, es decir, que los dos creíamos que la revolución socialista traería consigo necesariamente la emancipación de la mujer. Fue un gran desengaño cuando nos dimos cuenta que ni en la URSS ni en Checoslovaquia ni en ninguno de los demás países denominados socialistas que conocemos, la mujer era verdaderamente igual al hombre.

Es eso, por lo demás, lo que me decidió a partir de 1970, más o menos, a adoptar una actitud francamente feminista. Quiero decir por ello, reconocer la especificidad de las luchas de las mujeres. Por otra parte, usted me secundó en esta vía, pero me gustaría que usted precisara hasta dónde. Por ejemplo, ¿qué piensa actualmente de la lucha de las mujeres por su liberación? ¿Cómo piensa usted que se articula a la lucha de clases?

Sartre. Para mí se trata de dos luchas que revisten aspectos y sentidos diferentes, que no necesariamente coinciden. La lucha de clases, hasta la época actual, ha opuesto a los hombres entre ellos. Se ha tratado esencialmente de relaciones entre los hombres, de relaciones que conciernen al poder o la economía. La relación que existe entre los hombres y las mujeres es diferente.



Sin duda existen implicaciones muy importantes desde el punto de vista económico; pero las mujeres no constituyen una clase y los hombres, en relación a las mujeres, tampoco constituyen otra. Se trata de otra cosa, de la relación de los sexos; es decir, que hay en el fondo dos líneas de lucha para los oprimidos: la lucha de clases y la lucha de sexos. Evidentemente, estas líneas coinciden a menudo.

Por ejemplo, hoy en día la lucha de clases y la lucha de sexos tienden, a unificarse, digo "tienden" porque los principios de articulación no son los mismos. La mujer del burgués y la mujer del obrero no se encuentran en una situación antagónica como las clases. La división en clases, burgueses-obreros, no concierne sino de una manera secundaria, a las mujeres. Por ejemplo, existen frecuentemente relaciones entre una burguesa y su siervo que serían inconcebibles entre un burgués, patrón, o un ingeniero de una fábrica, y un obrero O.S. (obrero especializado) de la misma.

Simone de Beauvoir. ¿Qué clases de relaciones quiere usted decir?

Sartre. Las relaciones en las que la burguesa habla de su marido, de sus relaciones con su marido, de su casa... Puede



haber una complicidad entre dos mujeres que pertenecen a clases diferentes. Pienso que una burguesa, salvo en el caso preciso de que ella sea, por ejemplo, jefe de una empresa, no pertenece a la clase burguesa; ella es burguesa por su marido.

Simone de Beauvoir. ¿Quiere usted decir, una burguesa tradicional?

Sartre. Sí; quien primero, cuando niña, vive en casa de sus padres, bajo la autoridad de su padre, después se casa con un hombre que repetirá, suavizándolos un poco, los mismos principios que su padre.

No tiene, pues, la ocasión de afirmarse como perteneciente a la clase masculina, a la clase burguesa. Evidentemente, en muchos casos, ella asimila los principios burgueses. La esposa de un burgués aparece normalmente como una burguesa, a menudo expresa, y aun con más fuerza, las mismas opiniones que su marido y, en la medida en que tiene que tratar con "inferiores" imita la conducta de su marido, en cierta manera.

Pero por ejemplo, frente a su sirvienta tiene una actitud ambigua, una actitud doble, por una parte existe una cierta complicidad de sexo, relación propiamente femenina, en nombre de la cual hace confidencias a su sirvienta, quien las comprende y justifica su confianza a través de reflexiones que expresa. Por

otro lado existe la autoridad de la burguesa que no es sino una autoridad que adquiere de sus relaciones con su marido.

Simone de Beauvoir. Dicho de otra manera, usted acepta la tesis de ciertas mujeres de M.L.F., según la cual, la burguesa no lo es sino por delegación.

Sartre. Evidentemente, dado que su relación con la vida social y económica jamás ha sido la misma que la del hombre. Ella la obtiene a través de un intermediario. Una burguesa rara vez se encuentra en relación directa con el capital, sino que está ligada sexualmente a un hombre que tiene esta relación.

Simone de Beauvoir. Por otro lado, es impresionante que, si una burguesa en mantenida por su marido y si no tiene un padre que vuelva a ocuparse de ella en el caso de que el marido pida el divorcio, está obligada a buscar trabajo y frecuentemente éste será mal retribuido y no la elevará por encima de la condición de vida de la proletaria.

Sartre. Veo la relación que mi madre ha tenido con el dinero. Primero lo recibió de su marido, después de su padre. Luego fue pedida en matrimonio por otro hombre, mi padrastro, quien la mantuvo hasta que murió. Al final de su vida vivió en parte de lo que mi padrastro le había dejado y en parte de ciertas sumas que yo le pasaba. De un extremo a otro de su vida fue mantenida por los hombres, y jamás tuvo una relación directa con el capital.

Simone de Beauvoir. Dicho de otra manera, ¿reconoce usted la especificidad de la lucha femenina?

Sartre. Absolutamente. No pienso que ella se derive de la lucha de clases.

Simone de Beauvoir. Para mí, el feminismo representa una de esas luchas que se sitúan fuera de la lucha de clases aunque esté, en cierta forma, ligada a ella. Hoy en día existen muchas luchas de este tipo, por ejemplo, la lucha de los bretones, de los occitanos, etc. que no coinciden con la lucha de clases.

Sartre. Pero que se encuentran, sin embargo, muy estrechamente ligadas.

Simone de Beauvoir. La rebelión de los jóvenes soldados es igualmente algo distinto de la lucha de clases. Creo que muchos movimientos actualmente están relacionados con la lucha de clases y a la vez son independientes o, en todo caso, irreductibles a esta lucha.

Sartre. Habría que examinar cada caso, uno tras otro. Reconozco que la especificidad de la lucha de las mujeres contra los hombres no es en absoluto la lucha de las clases oprimidas contra los opresores. Se trata de otra cosa. Aunque lo esencial de la lucha de las mujeres contra los hombres es una lucha contra la opresión por que el hombre trata de encerrarla en una situación secundaria.

Simone de Beauvoir. ¿Qué importancia otorga usted a esta

la lucha obrera y la lucha de las mujeres, que ella no minimice ni una ni otra.

No pienso que ello sea fácil pero es en este sentido que puede progresar.

Simone de Beauvoir. Sí; pero me acuerdo de una discusión que tuvimos después de haber visto el filme de Karmitz *Golpe sobre golpe*. A la proyección asistían mujeres del M.L.F. y obreras. Cuando hablamos de la opresión que ellas sufren de parte de sus maridos, nos hicieron entender muy claramente que se sentían mucho más próximas de sus maridos obreros que de una mujer burguesa.

Sartre. Me parece evidente, pero la cuestión es saber si no son los mismos problemas los que se plantean a la mujer burguesa que a la obrera porque, como hemos visto, abandonada de su marido, o simplemente viuda, la mujer burguesa corre el peligro de identificarse a la obrera, en todo caso a la pequeño-burguesa, a causa de un trabajo mal remunerado.

Simone de Beauvoir. Sin embargo, cuando las mujeres se han lanzado dentro de movimientos por reivindicaciones profesionales, se ha advertido una articulación entre la lucha de clases y la de sexos. Conozco dos ejemplos: la huelga de Troyes, hace dos o tres años, las obreras que dirigían la huelga dijeron de una manera espontánea y muy violenta a las mujeres del M.L.F. que las interrogaban: "Ahora que he comprendido lo que significa rebelarse, no me dejaré pisotear más en la casa, será necesario que mi marido deje de sentirse el mandamás". De igual manera, las empleadas de "Les Nuouvelles Galeries" de Thionville, quienes llevaron a cabo una huelga muy dura, se expresaron en términos extremadamente feministas, explicando que ellas habían tomado conciencia, precisamente, de la doble explotación y que se oponían a ambas ¿se puede concluir, pues, según usted, que aun a riesgo de crear una tensión un poco penosa para la mujer es bueno ayudarla a abrir los ojos?

Sartre. Evidentemente. Me parece imposible suprimir una de las luchas esenciales entre los seres humanos para una parte de la población. Puesto que las mujeres son víctimas, es necesario que tengan conciencia de ello.

Simone de Beauvoir. Estoy de acuerdo. Es necesario que ellas tengan conciencia, que encuentren los medios necesarios para luchar y que no se sientan aisladas en su lucha.

Hay otra cuestión que me gustaría plantearle, que me parece importante y que ha sido discutida en el seno del M.L.F., es la de la relación que debe establecerse entre lo que se puede llamar la promoción y la igualdad.

Por un parte estamos por una sociedad igualitaria, por la abolición, no solamente de la explotación del hombre por el hombre sino de las jerarquías, de los privilegios, etc. Por otra



parte, queremos tener acceso a las mismas calificaciones que detentan los hombres, iniciarse con las mismas oportunidades en un oficio, tener los mismos salarios, iguales oportunidades en una carrera, las mismas posibilidades de llegar a la cúspide de la jerarquía. Hay en ello una cierta contradicción.

Sartre. La contradicción existe, primero, porque hay una jerarquía. Si suponemos un movimiento, como yo lo deseo, que la suprima, la contradicción cesará, es decir, que las mujeres sean tratadas exactamente como los hombres. Habrá una igualdad profunda, en el trabajo entre el hombre y la mujer, y este problema no se planteará más.

Hoy en día los hombres mismos son, por una parte, bastante iguales en lo que concierne a oficios secundarios o mal remunerados o que requieren de pocos conocimientos, y por el contrario, existen profesiones muy bien remuneradas que confieren un poder y exigen un saber. Me parece legítimo que la mayoría de las mujeres se unan entre ellas para luchar por la igualdad absoluta del hombre y la mujer en una sociedad donde las jerarquías no existirán más. Por otra parte, en la sociedad actual que prueben, a través de un cierto número de ellas, que son iguales a los hombres hasta en las profesiones de élite. Considero,



pues, que un cierto número de mujeres, a condición de que pertenezcan a un movimiento igualitario y feminista, deben porque lo pueden, llegar hasta lo más alto de la escala social para demostrar que no están desprovistas de inteligencia cuando se trata de matemáticas o de ciencias, por ejemplo, como muchos hombres lo pretenden, y que son capaces de realizar los mismos oficios que los hombres.

Me parece que en la hora actual, estas dos categorías de mujeres son indispensables, pero queda entendido que aquellas que acceden a la categoría elitista lo hacen como delegadas, en cierta forma, de la masa de mujeres, para probar que en la sociedad actual, basada en élites y en la injusticia, las mujeres pueden ser de esta élite, como los hombres. Todo esto me parece necesario porque desarmará a una parte de los hombres que están en contra de las mujeres, bajo el pretexto de que son inferiores, intelectualmente o en otros aspectos, a los hombres.

Simone de Beauvoir. Podrá decirse que eso los desarmará más que convencerlos. Desean ver a la mujer en una situación inferior porque ellos quieren ocupar el primer lugar. ¿Pero no existe el peligro que la promoción de estas mujeres sirva como pretexto para que los hombres digan: "El problema no existe, a las mujeres se les da las mismas oportunidades, vean ustedes cómo

pueden obtener los mismos grados que los hombres, por lo tanto no deben decir que se les relega a una situación de inferioridad"? Ha habido en el seno del M.L.F. opiniones contradictorias a propósito del ingreso de la señorita Chopinet (primera mujer que ha sido admitida en la escuela politécnica). Unas decían, entre las cuales me encuentro yo, que había sido muy bueno el que ella hubiera demostrado sus capacidades, otras respondían que los hombres iban a servirse de ello como *alibi* (coartada). ¿qué piensa usted de ese peligro?

Sartre. Que existe este riesgo aunque la respuesta a los hombres es fácil y usted ya lo hizo suficientemente bien, por ejemplo, en el número de *Temps Modernes* consagrado a las mujeres. Sin embargo el peligro existe, es por eso que la mujer-alibi de la cual usted habla es una criatura ambigua. Puede justificar la desigualdad, es por eso que no puede existir sino como delegada, en cierta forma, de la mujer que lucha por su igualdad. No obstante, creo que en la sociedad actual es imposible menospreciar el hecho de que hay mujeres que realizan oficios de hombres y que logran triunfar de la misma manera que ellos.

Simone de Beauvoir. Además, se tiene siempre el riesgo de servir de alibi, de volverse un alibi a los ojos de aquello que se combate. Eso corresponde a la idea de "hacer el juego de..." No se puede emprender nada sin hacer de una o de otra manera el juego a alguien. Por ejemplo, no se va a dejar de escribir bajo el pretexto de que, aun si se escribe contra la burguesía, la burguesía nos recupera como escritores burgueses.

Entonces, estamos de acuerdo, es correcto que las mujeres luchen por obtener las más altas calificaciones. Sólo que distinguiría dos aspectos, la calificación y el puesto, porque aunque ella se encuentre capacitada, ¿es bueno que acepte puestos que impliquen el mantenimiento de jerarquías que no aceptamos?

Sartre. Ahora es imposible concebir la obtención de una calificación que no conduzca a puestos... En estos puestos la mujer puede provocar cambios.

Simone de Beauvoir. Puedo decir también que existen puestos que los hombres igualmente rehusarían. A pesar de todo una mujer debería rehusar ser inspector general o ministro de un gobierno tal como el actual, pero un hombre también. En el fondo existen las mismas imposibilidades para unos y otros. Pero las mujeres corren mucho el riesgo de caer en la trampa de querer ejercer el poder que esta calificación les otorga en el seno de un mundo de hombres que detentan la casi totalidad del poder.

Por el contrario, se podría esperar que una mujer que trabaja haciendo investigaciones sobre biología centrara sus investigaciones sobre los problemas femeninos: menstruación, contracepción, etc. De hecho, realizará investigaciones dentro de un marco

que será trazado por los hombres. Por esto pienso que su posición es sumamente delicada, porque es necesario que no sirva únicamente a los intereses masculinos.

Lo cual nos conduce a otra cuestión que es también discutida en el seno del M.L.F. ¿Las mujeres deben rechazar enteramente el universo masculino o hacerse en él un lugar? ¿Deben robar los instrumentos o cambiarlos? Lo mismo digo en lo que respecta a la ciencia, el lenguaje, las artes, y todos los valores que están marcados por el sello de la masculinidad? ¿Y en caso de que rechace por completo ese mundo deberá reinventar otro partiendo de cero? O bien, ¿hay que asimilar esos valores, apoderarse de ellos con fines feministas? ¿Qué piensa usted de ello?

Sartre. Eso plantea el problema de saber si existen valores específicamente femeninos. Constató, por ejemplo, que las novelas femeninas abordan a menudo el universo interior de la mujer y que sus autores se sirven de valores masculinos para dar cuenta de acontecimientos femeninos. Hay valores netamente femeninos que están ligados a la naturaleza, a la tierra, a la vestimenta, etc., son valores secundarios que no corresponden a una realidad femenina eterna.

Simone de Beauvoir. Usted plantea con ello otra cuestión, la de la "feminidad"; nadie entre nosotros admite la idea de que hay una naturaleza femenina. Pero culturalmente, ¿la situación de opresión de la mujer no ha desarrollado en ella ciertos defectos lo mismo que ciertas cualidades que son diferentes a las de los hombres?

Sartre. Evidentemente, lo cual implica que en un porvenir, más o menos lejano, si el feminismo triunfa, estos principios y esta sensibilidad deben conservarse.

Simone de Beauvoir. Sin embargo, ¿si nos consideramos como detentoras de cualidades positivas, no es mejor comunicarlas a los hombres que suprimirlas en la mujer?

Sartre. ¿Es posible, en efecto, que un mejor conocimiento de sí misma, más interior, más preciso, pertenece sobre todo a la mujer y menos al hombre?

Simone de Beauvoir. Usted decía al principio de la entrevista que prefería frecuentar más a las mujeres que a los hombres, ¿no se debe al hecho de que por su opresión, ellas escapan a ciertos defectos masculinos? A menudo usted ha dicho que eran menos "cómicos" que los hombres.

Sartre. Es cierto, la represión es responsable de tal hecho. Quiero decir por "menos cómicos que el hombre" que este último, conforme se va constituyendo como hombre común y corriente, se encuentra con condiciones que lo vuelven propiamente cómico. Por ejemplo, yo atribuía mi machismo a una cualidad personal y no a una acción del mundo social sobre mí, en eso era yo cómico.

Simone de Beauvoir. ¿Quiere usted decir que el hombre se engaña a sí mismo más fácilmente?

Sartre. Mucho más fácilmente y es mucho más cómico. La sociedad de los hombres es una sociedad cómica.

Simone de Beauvoir. ¿En términos generales, porque cada uno desempeña un papel y lo representa de manera afectada?

Sartre. Es eso, la mujer, en tanto que oprimida, es más libre de una cierta manera que el hombre. Tiene menos principios que le dicten su conducta, tiene menos respeto.

Simone de Beauvoir. ¿Quiere decir entonces que aprueba la lucha feminista?

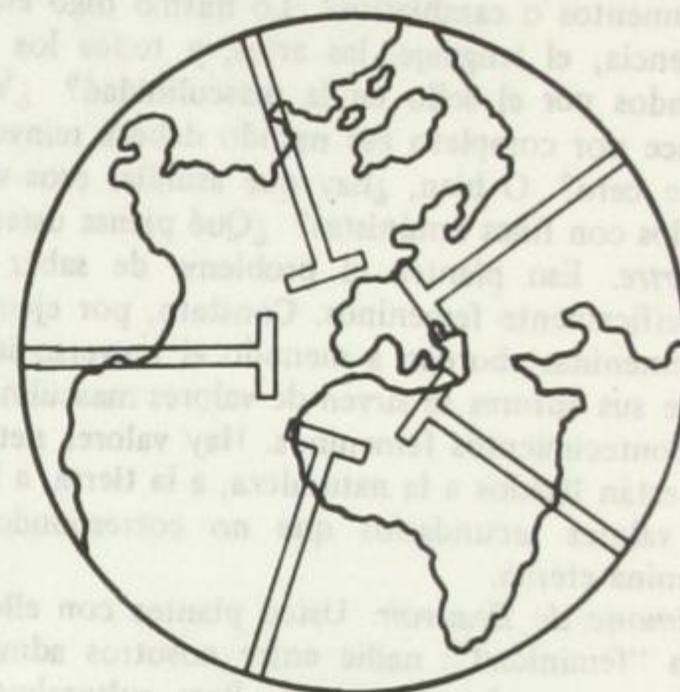
Sartre. Completamente, y considero como totalmente normal que las feministas no estén de acuerdo entre ellas sobre ciertos puntos, que haya desavenencias, divisiones. Es normal para un grupo que se encuentra en el nivel que ustedes están. Pienso también que ellas carecen de inserción en la masa, y que su tarea debe ser, hoy en día, ganarla. De esta manera la lucha femenina podría socavar la sociedad de tal forma que la cambiaría por completo, pero aliando todo esto con la lucha de clases.

(Entrevista publicada en la Revista *L'Arc* núm. 61 intitulada "Simone de Beauvoir y la lucha femenina", aparecida en el segundo semestre de 1975)

traducción de Andrea Revueltas

U.I.F.A.

L'UNION INTERNATIONALE DES FEMMES ARCHITECTES



40 congreso internacional de mujeres arquitectos ramsar, irán

13 AL 17 DE OCTUBRE 1976

LA SECCION MEXICANA RUTH RIVERA TE INVITA CORDIALMENTE: PARTICIPA

UIFA - M

INFORMES E INSCRIPCIONES EN MEXICO
AVENIDA POPOCATEPETL 26 - 401 ZONA 11
COLONIA HIPODROMO TEL. 584 84 73

nelly
garcía bellizzia

las arquitectas sin historia

Según algunos historiadores del arte, entre otros el ilustre maestro español Don Juan de la Encina, en el umbral de la civilización urbana, cuando el hombre delimita un pedazo de tierra y nace la propiedad privada parece lógico suponer que haya sido la mujer con su sentido pragmático de la vida quien inventa la construcción de su habitación.

La mujer que de uso de la colectividad pasa a ser parte de una sola pareja, inventa el pudor, y de esta manera, la necesidad de poner una *pantalla* a los actos privados de la familia. Esta pantalla va tomando formas cada vez más elaboradas hasta convertirse en un primer ejemplo de arquitectura. El hombre erigía menhires y los adoraba. Símbolo fálico-cosmogónico del poder inherente a su virilidad. La mujer no tuvo que erigir monumentos al cosmos por que sentía la intimidad con Gea en diálisis constante con su poder de reproducción. La mujer buscó su protección y la solución a un problema vital. La mujer creó el espacio íntimo, el espacio arquitectónico, sin suponer que con el correr de los años este espacio delimitado de su invención iba a convertirse en su prisión.

La mujer parece inventar la arquitectura pero milenios de oscuridad se han sucedido a esta primera aportación sin que ningún testimonio posterior nos haya legado la historia en esta

disciplina del conocimiento. Desde Ictinus y Callicrates hasta Lecorbusier pasando por Leonardo y Alberti, sólo nombres masculinos como testimonio de un "metier" de competencia exclusiva de los hombres. De mujeres, nada. Tal parece que la actividad creativa se hubiese reservado exclusivamente a un sexo.

Fue hasta el primer decenio del siglo XX, en Inglaterra, cuando Edith Burnett Huche comenzó un trabajo apasionante, al abrir con su diploma de arquitecto, por primera vez en el mundo, el ejercicio de esta profesión al sexo femenino. Esta primera incursión, la de Edith, en una sociedad post-victoriana conservadora y protectora de las mujeres, fue un acto de valentía cuyo beneficio se manifestó en el transcurso de los años. Su trabajo profesional no fue motivo de controversia porque no puso jamás en entredicho el "producto" del trabajo profesional de los colegas masculinos, como suelen hacer hoy las mujeres arquitectas feministas.

Acceso, pues, de las mujeres a la práctica de la profesión arquitectónica, a partir de Edith, pero en el silencio y condenadas a la colaboración de los talleres dirigidos por los hombres-ge-nios-de-la-creación-arquitectónica. La señora Givory-Delavrancea, decana de las arquitectas rumanas, lo mismo que la señora

Bodecher, decana en Francia, testimonian una larga colaboración profesional.

Es en los Estados Unidos, en donde desde 1917, las mujeres estudiantes de arquitectura sintieron la necesidad de agruparse y formaron, en 1922, una organización de vanguardia —la Alpha-Alpha-Gamma, antecedente de la actual AWA, o sea la Association of Women Architects— pero pocos nombres relevantes nos han comunicado, a pesar de sus quince filiales en la Unión Americana.

En Europa, aunque el acceso de las mujeres a las universidades se produjo en forma masiva entre las dos guerras, las arquitectas están poco representadas. ¿Falta de difusión de la obra construida? ¿Falta de ambición entre las mujeres por ocupar planos de popularidad comercial? Es desconsolador pensar en los numerosos nombres de mujeres arquitectos que han quedado enterrados en las montañas de papel calca de los talleres de creación arquitectónica.

En México en 1938, en esa época de cambios, de malestar y de esperas ansiosas, víspera de hechos destructores en el mundo, María Luisa Dehesa y Gómez Farías recibe, la primera en México y en América Latina, el título de arquitecta, inaugurando así una era de participación de la mujer mexicana en la disciplina de la arquitectura.

Cuando la Segunda Guerra Mundial destruyó tantos jóvenes talentos masculinos, los vacíos fueron llenados por mujeres ya suficientemente preparadas y responsables de su momento histórico. Sin embargo, poca información tenemos hasta hoy de este periodo.

Terminada la guerra, a partir de 1945, el proceso de reconstrucción de casas y ciudades debía acelerarse para alojar una civilización que había quedado deshabitada, Frankfurt, Milán o Londres, Caen o Varsovia, necesitaron el concurso de los técnicos reconstructores. En respuesta a esta necesidad las mujeres estuvieron junto a los hombres removiendo los escombros para dar paso a una obra de reconstrucción no igualada posteriormente. Ejemplo, el de Liliana Grassi en equipo con el profesor Piero Portaluppi que reconstruyeron el Ospedale Maggiore en Milán, cuyo patio central había volado en millones de pedazos: rompecabezas de terracota de una de las fachadas más elaboradas del Quattrocento Italiano.

Las mujeres, animadas de saludable patriotismo, salieron del confinamiento de los talleres y se lanzaron a reconstruir ciudades respondiendo al llamado de la historia. Hombres y mujeres fueron *habilitados* para hacer un trabajo que los apartaba de su rol tradicional de reproductores de formas antiguas, clásicas, y los colocaba frente a una realidad diferente que requería el uso y aplicación de técnicas constructivas aceleradas con materiales

nuevos y ligeros. Hombres y mujeres respondieron por igual.

Los años cincuenta están marcados por una carrera veloz hacia la reconstrucción, pero que acarrea al mismo tiempo la destrucción de ciertos valores morales y da paso a una serie de fuerzas económicas, en forma de capitales organizados, en torno a la industria de la construcción. Esta modalidad social es rápidamente acaparada por los hombres, ya que ellos se consideran los únicos capaces de unir a su competencia técnica (ya probada también por las mujeres) la representatividad en el mundo de los negocios. Se organizan entre ellos para inventar estrategias y formas de deshacerse de las mujeres en esta nueva situación de enmarañados y complejos problemas en el mundo de los negocios. Inventan de esta manera la teoría de la sacrosanta-colaboración porque no pueden negar la competencia técnica de las mujeres, ni pueden prescindir de su trabajo creador, ya que ellos se han convertido en empresarios. Nacen así los estereotipos clásicos en nuestra profesión: el hombre-arquitecto sinónimo de héroe-negociante-financiero; la mujer arquitecto, sinónimo de oscura colaboradora y de ser conforme y sin ambiciones. Muchas mujeres siguen, sin embargo, "creando" en la oscuridad de los talleres, aunque el producto de su creación se lo apropien los hombres, que se convierten en patrones y reciben los honores. Las mujeres, que han labrado con su talento esas condecoraciones, aplauden a los héroes que las llevan orgullosos sobre el pecho.

Esta situación explica por qué la llegada a Francia de Solange D'Herbez de la Tour en el principio de decenio de los cincuenta tuvo repercusiones tan violentas para ella, al enfrentarse a la práctica profesional y constatar en carne propia el alto grado de misoginia francesa en las relaciones profesionales.

Si Solange no hubiese dejado su Rumania natal para instalarse en Francia, y ser agredida por una cultura que reaccionaba tan violentamente contra el acceso de las mujeres a una profesión netamente masculina, el movimiento actual de las mujeres arquitectos no hubiera alcanzado el nivel de desarrollo que vive en nuestros días.

Para Solange, la agresión de la sociedad francesa fue tanto más violenta en cuanto que, siendo francesa por línea paterna, no llegó a Francia como extranjera. A pesar de esto, su desconocimiento de la práctica social la colocó de lleno ante un medio profesional hostil y misógino, incapaz de aceptar la intrusión de las mujeres en el dominio que los hombres se tenían reservado, a menos que ellas aceptaran entrar en las reglas de "su" juego.

Solange no resintió la agresión en tanto que extranjera, pero fue sacudida por una agresión brutal en tanto que mujer, dentro de la práctica de una profesión representada en un 99 por ciento



por hombres, en donde la "condición femenina" sólo podía manifestarse en forma de sumisión y aceptando un papel secundario.

Pobre y sola, comiendo pan y mostaza durante un año, encerrada en un cuarto pequeño sin calefacción, soportando fríos o insomnios, Solange D'Herbez sostuvo su lucha profesional con la esperanza de un mundo mejor. Sobre el piso de su modesta habitación, imaginando y trazando a la manera de los niños cuando hacen castillos de arena, realizó los diseños para participar en un concurso convocado por el Ministerio de la Reconstrucción en París, para un modelo de casa económica. Su proyecto ganó el primer lugar, pero Solange fue humillada públicamente cuando se presentó a retirar el premio. Único argumento esgrimido por los jueces para no entregárselo: ¡el ser MUJER! Solange había cometido una irreverencia, un "crimen", al pretender "sustraer" el premio al único-reconocido-sexo-triunfante. Había que hacérselo pagar.

Pero Solange es una campeona en el deporte. Acostumbrada a obtener la recompensa a su esfuerzo, no estuvo dispuesta a renunciar a éste. Instalada en huegla de hambre en la Explanada de los Inválidos, con pancartas y letreros alusivos a la agresión recibida, se mantuvo firme hasta vencer a los jueces, quienes,

temerosos del escándalo, cedieron ante su presión y le entregaron el premio.

Solange encarna con este acto, no sólo "su" rebelión, sino "mi" rebelión, "tu" rebelión, "nuestra" rebelión. Y no sólo la personifica, sino que comienza a organizar nuestras pequeñas rebeliones aisladas en un gran movimiento reformador que se consolida, primero en Francia con l'Union Francaise des Femmes Architectes y después a escala mundial con l'Union Internationales des Femmes Architectes.

Consciente Solange de que, sola, limitaría su capacidad de negociación a esfuerzos personales, su movimiento se propuso organizar una lucha común y una protesta común, y sobre todo, quiso hacer salir de la soledad de sus proyectos a mujeres del mundo entero encerradas en una práctica profesional que supeditaba su creatividad a modelos masculinos e impedía toda expresión "femenina" minimizándola y valorizándola despectivamente.

La UFFA es la primera asociación que puso en guardia a sus asociadas sobre las condiciones de su trabajo profesional. Es el primer fermento de revolución femenina en la profesión.

En 1961 en México, las mujeres arquitectos agotadas después de una lucha gremial infructuosa y represiva para hombres y

mujeres nos encontramos unidas gracias a un llamado a la unidad femenina lanzado por Ruth Rivera. Decidimos agruparnos a la manera de las francesas para compensar un poco la amargura de la desilusión sufrida. Así nació Arquitectas Mexicanas Asociación Cuvil (AMAC) bajo la presidencia de María Stella Flores Barroeta. Desgraciadamente, como la cohesión del grupo dependía de factores externos y ajenos a las mujeres, no se pudo lograr una estabilidad sólida, pues la desunión entre pequeños grupos, llevó a AMAC a dormitar durante un largo tiempo. En efecto, fue hasta 1969, víspera de elecciones gremiales y elecciones presidenciales que tuvo otra actuación relámpago reforzado por Ruth Rivera y por mí misma, para desaparecer finalmente en 1970.

En 1968, también en la Ciudad de México, las jóvenes egresadas de la Escuela Nacional de Arquitectura, con Valeria Prieto a la cabeza, deciden formar un grupo que ha enfocado su trabajo al medio político, en el que están representadas con su actual Presidenta-Diputada Paz Becerril, trabajando fundamentalmente en el medio rural.

En 1963, nuevamente en París, en medio de la euforia de un primer encuentro de mujeres arquitectos de 20 países diferentes, Solange funda l'UNION INTERNATIONALE DES FEMMES ARCHITECTES (UIFA) reproduciendo el esquema reivindicador de la UFFA a escala internacional y tomando como bandera la "CARTA" de las Naciones Unidas y la Declaración Universal de los Derechos del Hombre que preconizan la igualdad entre hombres y mujeres independientemente de sexo, credo, o religión.

A este llamado hemos respondido todas. Veintiséis países en total en 1968, año en que durante el Congreso de Bucarest la UIFA aumentó sus filas con el ingreso de varios países africanos encabezados por la arquitecta nigeriana L. BOLLA. En México las seguidoras de Ruth Rivera (Q.E.P.D.), quien aún no declarándose abiertamente feminista como Solange o como la autora de este artículo, sí supo formalizar una acción de conjunto de las mujeres mexicanas dándonos el impulso necesario para emprender una cruzada de envergadura internacional a través de la sección mexicana de la UIFA con un Consejo en el que estábamos representadas 17 especialidades de la arquitectura.

Desde 1969, con la desaparición de nuestra primera Presidenta, esta Asociación tomó su nombre y bajo mi presidencia se propuso convertir en realidad los programas que Ruth había esbozado y que no tuvo tiempo de realizar, unido a una acción dinámica y abierta por lograr la cooperación y la solidaridad internacional entre los diferentes países miembros de la UIFA.

En Japón el grupo PO.PO.KO. (que en esperanto significa: pensar, discutir, crear) de la arquitecta Makahara, se ha especializado en la investigación con interés especial en las limitaciones de

la creación femenina. La sección israelita encabezada por Shoshana Madjar, que viera sus ilusiones truncadas con el malogrado Congreso en Israel en 1973 suspendido a causa de la guerra árabe-israelí. Las norteamericanas de la AWA de California que han participado en la lucha con las feministas por obtener la igualdad de Derechos para las Mujeres en California, y las del nor-este con Jane Hasting y las del norte-oeste con Jane Young eficientes y activas. Así como las canadienses del este con Henietee Chenevert que ha sido además embajadora especial de la UIFA en la formación de grupos nacionales en diferentes países. Las iranianas con Guity Kardan Affroz que tanto han luchado contra el "establishment" y las arquitectas oficiales que no entienden la apertura del movimiento de la UIFA. Todas hemos respondido a este llamado. Todas las UIFISTAS formamos una gran familia. Incluidas nuestras colegas del Este, de los países socialistas, quienes no pudiendo agruparse en Asociaciones Femeninas Autónomas porque su status político no se los permite forman parte de nuestras "reivindicaciones" porque "su" discriminación es la "nuestra". Y vale la pena mencionar este tipo de manipulación puesto que es una de las formas de opresión más evidentes y más comunes. En los países socialistas existe una "supuesta igualdad" para ambos sexos en el desempeño de una profesión en la que el contingente de mujeres sobrepasa el 50%, de los arquitectos activos. Pero la discriminación para las mujeres existe disfrazada bajo formas muy sutiles pero reales: las mujeres arquitectos siguen siendo víctimas de la doble jornada de trabajo; de una falta de promoción efectiva; están poco representadas en los cargos de decisión profesionales. Y sobre todo están sometidas a formar parte de organizaciones profesionales "machistas" como en la Unión Internacional de Arquitectos (l'UIA) que controla los Colegios de Arquitectos, combate la UIFA y denigra sus acciones en foros internacionales.

Independiente hasta el instante, un nuevo movimiento emanado del feminismo radical ha servido para contrabalancear algunas acciones de la UIFA. No porque la UIFA no sea revolucionaria, sino porque parece no serlo suficientemente. Y en el momento presente en que las feministas han cuestionado la sociedad actual demandando cambios radicales que conciernen la arquitectura y el urbanismo, es necesario acciones radicales en nuestras profesiones.

Así el "Grupo de las 6" (todas urbanistas) creamos en París en 1974 "CADRE DE VIE" que ha cuestionado "el marco vital" (cadre de vie) y su contenido, es decir: "la práctica social y el objeto de esta práctica", cuyo resultado son nuestras ciudades actuales. Cadre de Vie se internacionalizó con la formación en Frankfurt de la Asociación Internacional de Mujeres Arquitectos Feministas (International Association of Women Architects Fe-



Solange D'Herbez de la Tour, presidenta de L'Union Française Des Femmes Architectes.

minists), que más que Asociación es un movimiento animado por Eugenie Leblanc-Bazou, Monique Minaca, Nicole Hennuyer-Febvre, Dominique Driskel, Sigi Haug y por mí misma. L'IAWAF no trata de competir ni de sustituir a la UIFA, sino simplemente tiene otro marco de acción y es más radical.

Paralelamente en México en 1974 formamos el Consejo Nacional de Mujeres Arquitectos e Ingenieros de México A.C. en el que he logrado consolidar un grupo comprometido en luchar contra toda muestra de discriminación "sexista" dentro del ámbito de la profesión y participar abiertamente en la lucha internacional de las mujeres. Tarea que fue sostenida desde sus comienzos por el Grupo Ruth Rivera, de María Teresa Pánico. CONAMAI-M ha logrado imponer en el medio profesional mexicano un respeto a sus acciones y a su autonomía. Es la primera asociación femenina de mujeres arquitectos en representación de los intereses de las mujeres que ha sido aceptada como miembro del máximo organismo colegiado de un país en esta profesión, en este caso la Federación de Colegios de Arquitectos de la República Mexicana.

Crear grupos para reivindicar el trabajo profesional significa

que tal trabajo se realiza en condiciones adversas a los grupos reivindicadores. Hablar de asociaciones femeninas y de movimientos femeninos de mujeres arquitectos no supone que el problema esté resuelto. Entenderlo a nuestra manera supone que debe ser resuelto diferentemente.

Somos conscientes que en los países occidentales las mujeres diplomadas en arquitectura hemos contribuido con negligencia en practicar nuestra profesión, a consolidar esa falta de relevancia entre los miembros del gremio. En Dinamarca 30% de mujeres concurren a las escuelas de arquitectura; 12% llegan a diplomarse y solo 6% ejercen su oficio. En Francia las estadísticas son semejantes: 44% de mujeres en las escuelas; 27.9% llegan al diploma y solo 2.8% se encuentran en las obras. En México la progresión de las estudiantes de arquitectura pasó del 15 al 22% en los últimos 10 años. Inscritas en el Colegio de Arquitectos del D. F. (lo que presupone un interés o una necesidad en la práctica profesional) éramos 1.99% en 1966. Esta progresión que había continuado ascendente hasta 1974 con 3.6%, bajó sorpresivamente en 1976 hasta 2.8% (la participación en los estados es tan insignificante que no hace variar el porcentaje). En cambio en Francia el aumento de las asociadas a l'Ordre des Architectes ha sido firme en los últimos 5 años en que las inscripciones aumentaron de 1.9 a 3.4%. París y su región inmediata agrupan el número más importante que se vio engrosado con el 44% de las inscripciones entre 1970 y 1975 lo que hizo variar la progresión de 3.4 a 5.4%

Fenómeno contrario a la baja práctica profesional en los países occidentales, en los socialistas europeos el total de las mujeres diplomadas trabaja activamente y superan en todos ellos el 50% con Rumania en primer lugar con el 64%. Estas cifras tan elocuentes representan un reto a nuestra responsabilidad en tanto que mujeres y profesionistas. Estamos conscientes de estar viviendo en el umbral de una nueva era. De los cambios que se producen en el orden social. Del arribo inminente de una NUEVA SOCIEDAD y de la manera en que están ligados a nuestra práctica profesional.

Las UIFISTAS no tenemos miedo de ser utopistas. Estos movimientos organizan una lucha abierta contra un status profesional de discriminación-opresión-represión contra las mujeres; están liberando la creatividad femenina para racionalizar el "producto" de nuestro trabajo profesional y adecuarlo a las necesidades de una NUEVA SOCIEDAD en la que desaparezca el esquema cultural HOMBRE-mujer, en donde HOMBRE con MAYUSCULAS significa no la especie sino la represión de un sexo. En una palabra: ESTAMOS ESCRIBIENDO NUESTRA HISTORIA.

*¿de qué
se ríe
si
lo dicen
en serio?*



**MI JEFE ES
LO MAXIMO
AUNQUE TODO LO PIDE
POR TRIPLICADO**

**ORACION DE LAS
NIÑAS SOLTERAS**

*Ahora que me voy a acostar
deseo un hombre que cuidar.
Si bajo mi cama
ya estuviera...
ojalá ni una sola
de mis palabras se perdiera.*



MODAS

**AL DESVESTIRSE...
¡QUEDE
BIEN VESTIDA!**

**TODA
MUJER IDEAL
TIENE VARIOS
SECRETOS...
¡CONOZCALOS!**

La mujer ideal siempre viste elegantemente, sabe de todo, es excelente madre, esposa amante y ejemplar, genial, inteligente, culta, sociable.

Esta mujer no nace así, ¡lo aprende todo!

Aprenda usted también y dé su primer paso obteniendo su copia de "LA MUJER IDEAL" de VANIDADES en su puesto de revistas favorito.

"LA MUJER IDEAL" de VANIDADES

contiene artículos que la ayudarán a...

- Ser más bella
- Vestir bien a todas horas
- Resolver sus problemas de decoración
- Sorprender a todos con platos especiales
- Conocer del arte latinoamericano
- Descubrir los autores de nuestra América
- Saber más de los hombres y del amor
- Explorar su sexualidad
- Ser una madre inolvidable

*bien
venidos
por última vez
estereotipos
de la
feminidad*

ML y MGF

**¡ LUZCA UN BELLO
BUSTO!**



¿Que hay que hacer? simplemente someta su busto por cinco minutos diarios a la acción favorable de **HIDRO SEN** hasta obtener resultados deseados.

Decidase hoy **HIDRO SEN** es un aparato muy económico.

Los masajes de **HIDRO SEN** proporcionan a su busto un conveniente estímulo a su circulación sanguínea.

YA LLEGO hidro sen

... aparato de hidromasaje mamario!



*lita
paniagua*

las mujeres de américa latina

Me pidieron que escribiera algo sobre las mujeres en América Latina, basándome en mis recientes viajes a Centro y Sud América. Desde entonces chapoteo asustada, sin saber de qué agarrarme, en esa enorme responsabilidad. ¿Cómo me atreví a aceptar? Si en mis visitas presurosas casi no salí de las capitales, si las mujeres que entrevisté a fondo son unas gotas en ese mar de cien millones que somos las latinoamericanas. Pero ya con más calma reflexiono que la experiencia no es sólo lo que se puede medir y palpar. Cuando una se ha concientizado en el feminismo, se vuelve para siempre una placa sensible en la que se graban constantemente imágenes que se revelan y se almacenan en la memoria oscura. Sin saberlo, acumulé en ese archivo retratos imborrables de cientos de mujeres de todas las condiciones que, de alguna manera, penetraron en mi vida, dando volumen, voz y calor a las aplastantes estadísticas sobre el abandono, el desempleo, la ignorancia, la maternidad obligatoria, la apatía, el hambre, la violencia, el aislamiento, la crueldad.

En Bogotá, aquella mujer en la lluvia a quien un hombre daba feroces puntapiés ante la mirada impasible de dos policías. En Lima, la mujer llorosa y mal vestida que iba por una calle principal siguiendo a un hombre elegante y displicente, rogándole que se acordara de sus cinco hijos mientras los transeúntes reían

de la escena. En Panamá, la burguesa a quien el esposo regañaba a gritos por permitir a la sirvienta que asistiera a la escuela nocturna. En Buenos Aires, las obreras que ganan la mitad y trabajan el doble que los hombres. En Guatemala, la señora que se quejaba de lo difícil que es vigilar la castidad de las sirvientas, y que al sugerirle que tal vez fuera más práctico la anticoncepción, exclamó: "¡Eso es contra la ley de Dios y de la Naturaleza!"

Esas imágenes me deprimen, como me deprimen tantas de mis meditaciones sobre las mujeres latinoamericanas. Siento que estamos enterradas vivas bajo un alud de tradiciones e indiferencia. Me anonadan la complacencia de las burguesas, la resignación de las marginadas y la separación, no sólo entre las mujeres de las distintas clases, sino entre las de un país y otro. (Se discontinuó la serie de reportajes sobre mujeres de Latinoamérica, que hacía para una publicación de México en el Año de la Mujer, "porque el tema realmente no interesa")

Me fastidian y frustran los mismos viejos argumentos que escucho en todas partes: "Las feministas son todas amargadas o lesbianas o libertinas." "Si una mujer verdaderamente quiere triunfar, lo logra." "Aquí existe la plena igualdad", "Y no necesito liberarme; a mí nunca se me ha discriminado." "Ahí

tienes a Fulanita que es Subgerente (siempre es *sub o vice* algo) y a Menganita que es doctora." "Yo le doy mucha libertad a mi mujer." "No exageres. Tú sabes que las mujeres son las que realmente mandan." Me enfurece la risita burlona de los hombres que me preguntan "A ver, ¿de qué quieren liberarse?" y la hipocresía de Zutano que comenta, "¡Vaya! qué bueno es encontrar una mujer con quien se pueda ser compañero" y bajando de tono, con algo oleaginoso en la mirada "Supongo que con tus ideas, no padeces de *ninguna* inhibición sexual..."

Me aturde la apatía, la ignorancia, la confusión, la superficialidad de las mujeres —desde México hasta Argentina— cuya obligación profesional sería por lo menos informarse con alguna precisión sobre lo que es feminismo. Encontré a lo largo de mis viajes que mis entrevistadas —con pocas excepciones— se apresuraban en aclarar: "YO NO SOY FEMINISTA", implicando que serlo sería inmoral peligroso, indecente, y probablemente anti-higiénico.

Y que en Colombia el clero pudo invalidar un nombramiento presidencial y quitar del poder a una Gobernadora, capaz e inteligente, por haber cometido ella la "inmoralidad" de divorciarse y volverse a casar.

Y que en Perú las damas funcionarias encargadas de administrar el programa para "abrirle nuevas oportunidades a la mujer y asegurar su independencia económica" no ven ninguna contradicción entre esos nobles fines y la prohibición contra el libre acceso a los anticonceptivos.

Un incidente de la Conferencia del Año Internacional de la Mujer tal vez sirva para ilustrar la situación del feminismo en América Latina; con su acostumbrada galantería, el gobierno de México obsequió un recuerdo a las delegadas oficiales: ¡una linda muñeca! Pude observar la profunda indignación de unas delegadas australianas al recibir el regalo "No se les ocurrió siquiera darles muñecas a los hombres", dijo Elizabeth Reid. "Nos están diciendo que ya estuvo bien de jugar a que somos adultas e importantes y que ya es hora de regresar a nuestras ocupaciones propias." Pero todas las latinoamericanas en ese mismo grupo se mostraron encantadas con el juguete. ¿Se debería únicamente a su superior cortesía?

Sin embargo, irracionalmente tal vez, no desespero. Me queda un terroncito donde brota un tallo de fe: primero por el doloroso orgullo de ver cómo, a pesar de siglos de opresión, las mujeres de América Latina en su multitud silenciosa, inerme, desorientada, intimidada, empiezan a despertar, y algunas dan a luz hijas que gritan y resisten y protestan y agitan y luchan por la justicia difícil, que visceralmente comprenden y anhelan. Y puedo constatar que existe un fermento feminista que asume diversas formas, que muchas veces ignora su nombre, pero que



logra cambios —lentos y siempre insuficientes— —y al lograrlos se reconoce, se hace más fuerte y se atreve a más.

El feminismo como tal, consciente de ser "la revolución más importante de la historia" no existe, desde luego, en las mismas dimensiones ni con la misma visibilidad que en Francia (para no decir Estados Unidos), Inglaterra o Italia, donde el activismo pro aborto amenaza con derrocar al gobierno. Generalmente se limita, en los países que visité, a un núcleo pequeño de mujeres (y algunos hombres), jóvenes intelectuales de vanguardia que comenzaron su búsqueda al descubrir que la teoría igualitaria no necesariamente asegura la práctica, y que en la izquierda como en todas las otras direcciones ideológicas según lo expusiera la poeta guatemalteca Ana María Rodas, "Femenino no es género, es un adjetivo/ que significa inferior, inconsciente/ utilizable, accesible, fácil de manejar/ desechable,/ y sobre todo violable..."

Los logros inmediatos de estos pequeños grupos feministas tal vez no parezcan muy importantes, pero catalizan, siembran ideas, y a veces contruyen extraños puentes entre personas de convicciones diversas. Por ejemplo, la campaña contra los concursos de belleza, lanzada en el Perú por un minúsculo grupo de feministas, unificó a personas de muchos otros sectores, y el bárbaro rito fue

exterminado. En Guatemala la Gobernadora Blanca Luz Molina, auto-descrita como "creyente y derechista", expresa ideas feministas cuando ataca "la noción absurda de que el politizarse la mujer pierde 'feminidad' mito que han alimentado los hombres y la Iglesia Católica".

Pude observar además, en América Latina como en todas partes, que entre las mujeres renuentes a declararse feministas, hay muchas que viven su vida como si lo fueran, al esforzarse por obtener su libertad personal, por combatir leyes y costumbres discriminatorias, por crear un nuevo orden de relaciones más honradas, más sencillas, entre mujeres y hombres.

Me parece que tan impregnadas estamos de los valores masculinos que muchas de las mujeres que desean la igualdad de los sexos la definen como el derecho a competir, agredir, dominar, triunfar. . .

Anoté un fenómeno curioso, que por ser tan frecuente, tal vez me atreva a llamarlo "tendencia". Al entrevistar a un gran número de mujeres de éxito —intelectuales, mujeres de negocios, funcionarias, profesionales— descubrí que la gran mayoría se ha separado del marido. Lo peculiar es que la decisión fue de ellas, y no por las tristes razones clásicas de antes, "él me dejó por otra", o "era borracho y desobligado". No. En todos estos casos, las mujeres se divorciaron alegremente, si se quiere; como un acto de liberación porque no soportaban más vivir divididas de sí mismas. Con términos casi idénticos me explicaban: "Llegó a parecerme absurdo, imposible, ser en mi trabajo independiente, decidida, responsable, y en la casa tener que jugar el papelito de 'la paloma en el nido', que pide permiso, que le teme al marido, que tiene que dar cuenta de sus actos sin pedir ninguna". Y

todas estas mujeres se describen como satisfechas, tranquilas, sin amargura.

Más que nada alimentan mi esperanza, mis contactos con las activistas del proletariado. Algunas jamás han oído hablar del feminismo, otras tienen el apoyo de los vanguardistas; pero todas trabajan por mejorar la vida para sus hijas, en medio de obstáculos que a mí me sumirían en la *anomie* incurable. Llegan directamente a los problemas de raíz: la educación, los empleos, los salarios, las guarderías, y ahora más y más el derecho al control autónomo de su fertilidad. Una organizadora de barrio en Bogotá me dijo: "Eso del divorcio que tanto discuten 'ellas' no tiene caso para nosotras, si casi no hay quien esté 'casada, casada'. Que nos ayuden a estudiar, a que los hombres no se emborrachen, a construir guarderías."

Esta mujer habla en términos de "ellas" y "nosotras", y señala así lo que pueda ser el impedimento más grande para el progreso del feminismo en América Latina. No hay sentido de Hermandad —ni siquiera de vecindad— entre las mujeres de las distintas clases. Se miran a través de un vidrio que distorsiona, ignorando tanto las burguesas como las proletarias que ninguna de nosotras está "afuera", sino que sólo ocupamos anaqueles diferentes dentro de la misma vitrina; y que el machismo sistemático nos limita y reduce a todas, aunque de distinta manera. Los países donde las mujeres han progresado más son aquellos donde logran identificarse como compañeras frente a un problema común. Si pienso en eso me vuelvo a deprimir, porque considero tal identificación bastante más lejana que la creación de un sistema eficaz de alfabetización, por ejemplo.



margo
glantz

¿quién terminará con el fascismo amoroso?

Existen pocos directores tan controvertidos como la italiana Lina Wertmüller; su cine provoca reacciones agresivas e irritadas, adhesiones furibundas, discusiones violentas, ademanes desprecia-tivos y a veces hasta indiferencia. Algunos críticos la clasifican como una de las figuras más importantes en el cine desde Bergman, otros la añaden a la lista de los Antonionis, Fellinis, Viscontis, y en verdad, como los directores mencionados con quienes se le asocia, la Wertmüller prosigue incansable un tema obsesivo y lo representa con un equipo casi invariable de actores.

Esta antigua asistente de Fellini ha trabajado en teatro guig-nol, en teatro *Tout court*, en music hall, en programas de televisión y dirigido en la última década varias películas impor-tantes, entre ellas *Historia de amor y anarquía*, *Mimi metalúrgico* que hemos visto en México; *Todo en su sitio y nada en orden*, *Arrastrados por la corriente* sobre todo *Siete Bellezas*, su última película. En todas es evidente un estilo y una preocupación: sus películas distorsionan las situaciones volviendo ridículas las cosas que podrían parecer más sagradas oponiéndoles un distanciamien-to casi brechtiano. El amor y la política se revisan sistemática-mente y se agotan sus estereotipos; la maniquea confrontación de las clases o de los sexos se pulveriza y las situaciones no se resuelven sino para provocar un sentimiento de malestar en el

público y para determinar en el espectador una mala conciencia respecto de lo que ha visto.

Mimi metalúrgico y *Todo en orden...* están concebidas como gigantescas parodias políticas con personajes presos en maquina-rias complicadas y grotescas. El distanciamiento se practica mediante *gags* irritantes y mediante el sonido que sobre todo en la segunda película, enloquece al público en tanto se practican trucos con la cámara que distorsionan la imagen. Es primordial el tema de la vida de los obreros, generalmente esos obreros reiterativamente explotados tanto por su imagen cinematográfica como por su atraso y su pobreza, los sureños que emigran al norte buscando empleo pero llevando con ellos las tradiciones y los prejuicios clásicos del Sur: la resignación y la pasividad de las mujeres, el concepto de virginidad y el machismo recurrente de los hombres. La ciudad del Norte efectúa cambios inmediatos en los inmigrantes, altera su aspecto, deteriora su concepto de familia, inicia su proceso de transculturación, al marginar a las mujeres prostituyéndolas, y volver ladrones, a los hombres, pero dejando vivos los prejuicios que siempre actúan aun en los que más se han marginado. Al trabajar con estereotipos tanto políti-cos como sociales la Wertmüller cae conscientemente en este-



Lina Wertmüller, fotografía tomada de la revista MS.

reotipos cinematográficos y mentales para subrayarlos. Los movimientos reivindicadores se exhiben con todas sus estratagemas y se manipula hábilmente la contradicción inherente en algunas de sus demagogias. No basta estar afiliado a un partido de izquierda para serlo, ni basta ser feminista para liberarse. El obrero es de izquierda pero también es sureño y lleva con él el peso de una tradición difícil de sacudir aun en la marginación más absoluta.

Arrastrados por la corriente es un ejemplo perfecto de esa contradicción y de la ambigüedad con que se presenta. Un grupo de representantes de la alta burguesía viajan en un yate manejado por una tripulación sureña: los dos estereotipos máximos: aristocracia y proletariado enfrentados, pero también el norte y el sur. La dueña del yate, actuada por la actriz favorita de la Wertmüller, Mariangela Melato, es una vociferante y vulgar aristócrata que verbaliza su odio a los comunistas. Algunos de ellos viajan invitados por los industriales clásicos y la verbalización se vuelve grotesca. Los comunistas que hablan de su comunismo mientras viajan costosamente en un vehículo conducido por los obreros que ellos defienden acentúa lo grotesco de la situación. La vulgaridad de la mujer que habla sin cesar contrasta con sus pretendidos y exigidos refinamientos y la demagogia de los que se pretenden de izquierda se enfrenta a los que conducen el yate y pertenecen a partidos de izquierda. La sociedad actual remodela a sus actores y no muestra en ellos nada de augusto, sólo nos devuelve el reflejo de lo desclasado, de lo bufo, y bufos son estos personajes aislados en un barco.

Un capricho de la dama rica la confina en una isla donde vivirá la utopía amorosa clásica. Los enamorados son la potentada nortea y el marinero del sur; su encuentro es primero en el nivel de la lucha de clases y luego en el de la batalla de los sexos. Los dos encuentros son manidos y se nos entregan en tono de parodia; el machismo del marinero se plantea dentro de la polémica de partidos antagónicos y la polémica se resuelve por una violación. Como era de esperarse, la dama es sensible a la musculatura y demás atractivos del violador y establece, apaciguada la pareja clásica del hombre potente y la mujer pasiva que ama que su macho le pegue, la mande, le grite, la insulte, etc.

Cuando la mujer es vencida y el macho tranquiliza su conciencia de clase y sus instintos, surge el amor y de repente la parodia se transforma en la utopía de la isla en donde los enamorados viven totalmente entregados al idilio maravilloso, idilio que se trasmite al espectador. Pero como sucede siempre, las aventuras y las utopías terminan y el desenlace es el único desenlace previsible: las diferencias de clase separan a los enamorados y cada uno vuelve a su rutina.

En *Pasqualino Sette Bellezze* no hay idilios. Estamos en plena

época del fascismo y los campos nazis; en la Italia demagógica y maffiosa, en el bello Nápoles y con Giancarlo Giannini, el marinero de *Arrastrados por la corriente*. Giancarlo-Pasqualino es un personaje ridículo, un gigolo clownesco que además de su atildada y blanca figura tiene un acerado sentido del honor, por el que mata al que ha seducido a su gorda y monstruosa hermana para meterla a un prostíbulo. Pasqualino incitado por el *capo* de la maffia descuartiza al seductor y lo envía en baúles a distintas capitales italianas. El crimen se descubre y Pasqualino es mandado a un manicomio por homicidio cometido en estado de locura; la insanidad lo libra de la muerte. En el manicomio viola a una enferma mental, mujer carnosa, grotesca, y en pago de su crimen es liberado del sanatorio si acepta ir como voluntario a la guerra. Antes de que lo envíen al frente ruso, Pasqualino se finge herido cubriéndose con los ensangrentados vendajes de un soldado, pero su libertad es breve, los nazis lo descubren, y lo envían a un campo de concentración. ¿Cómo se salvará Pasqualino de esta nueva y próxima cercanía con la muerte? Estas escenas se desarrollan en dos temporalidades y dos espacios mediante flash backs continuos que van narrando las dos situaciones el pasado de Pasqualino y las circunstancias anteriores a su entrada en el campo nazi.

El campo de concentración se perfila, como casi todas las escenas de la película, dentro de estereotipos visuales que nos han sido legados por una tradición cinematográfica bien establecida. Estamos frente al campo que ha fotografiado Resnais en *Noche y niebla* y su atmósfera se reproduce; una luminosidad semejante a la que se advierte en los baños infernales del Fellini de *8 y medio* y la misma música de fondo, las Walkirias de Wagner. La parodia y la reproducción, pero con todo el tono es nuevo; ni el decoloramiento de la escena, ni el color verdoso de

los rostros de los prisioneros, ni la vergüenza de su atuendo nos hundan en lo puramente trágico. No hay la terrible desnudez de esos ladrillos rojos y vacíos que nos ofrece Resnais, ni la frivolidad aparente de Fellini. No, estamos ante la parodia de nuevo, una parodia que se inserta en la caricatura y que nos revela a un Pasqualino macilento, ridículo, menudo, que intenta seducir al comandante del campo, la también monstruosa y gorda Shirley Stoler. Esta secuela de mujeres desmesuradas por su monstruosidad que se marca grotescamente en su gordura es sobrepasada por la majestuosa impavidez y fría violencia de la nazi, lesbiana macho.

Con actitud chaplinesca Pasqualino viola las reglas del juego y llama la atención de su verdugo. La seducción actuada por el prisionero interesa a su carcelera y su vida se garantiza con un pacto. ¿Qué tipo de pacto puede existir entre ese payaso fraudulento y grotesco, delgado como gusano y la mole vertiginosa que es la comandante nazi? Un seductor tiene que seducir a una mujer que en escalofriante parodia de la Dietrich del *Angel Azul* le ofrece la vida a cambio de un coito. Este acoplamiento subhumano conduce a Pasqualino al más total desclasamiento: Amante de la jefe se vuelve también ayudante de verdugo. Pasqualino sobrevive a todas las infamias y regresa a Nápoles donde el colorido triunfante de la patria presidirá sus nuevos acoplamientos.

¿Quién redimirá a estos machos de sus hembras? ¿Quién definirá los nuevos caminos de la lucha de clases? ¿Quién terminará con el fascismo ya sea político o amoroso? La Wertmüller no nos da respuestas definidas, sólo tenemos sus películas y dentro de ellas la terrible seriedad de la tragedia degradada en parodia bufonesca. Pero ¿no han sido siempre los bufones los chivos expiatorios de la comunidad?



nancy
cárdenas

de la conciencia feminista como incómodo tesoro

La conciencia feminista nunca llega como un regalo. Es más bien una iluminación paulatina que se va apoderando de una persona sin que ésta pueda hacer nada por impedirlo a menos que esté furiosamente entrenada para el sometimiento.

Es también, o puede ser, una avalancha interior de furia por ese sometimiento padecido tan inconscientemente por una misma o por las demás. Se da, o puede darse, indiferentemente en las mujeres y en los hombres. En las mejores mujeres y en los mejores hombres. En los más fuertes, en los capaces de reflexionar con sistema.

La conciencia feminista no se da en un sólo golpe de iluminación. Más bien, creo, es un estado de percepción constante que uno puede tratar de eludir para evitarse problemas de discrepancia con las mayorías o mayores responsabilidades. También puede uno tratar de estimularlo para borrar dentro de sí todo signo de sexismo o para comunicar una idea feminista más madura, más sana.

Así, cuando dirigí mi primera obra profesional, *El efecto de los rayos gamma sobre las caléndulas* (1970), acometí la empresa sin tener más que referencias muy vagas del movimiento feminista ya poderoso que se daba en los Estados Unidos. El hecho de que la obra requiera sólo de presencias femeninas (cinco catego-

rías muy bien determinadas por el autor) no quiere decir que sea feminista. Más bien alienta en ella un vago rencor por un admirado mundo femenino al cual se trata de someter narrándolo, pero con la conciencia de que siempre algo se escapa. Porque es innegable que esa madre violenta y sarcástica, irracional y desprotegida, amarga y capaz todavía de grandes ternuras es tan digna de nuestro odio como de nuestro amor. Es, en suma, una persona, no un estereotipo feminista ni antifeminista.

Creo que con ese material —el retrato de las hijas de semejante mujer (Beatrice), una amiguita de ellas y una anciana ya con locura senil— el director quedaba en libertad de agredir a la figura femenina o simplemente tratar de representarla con sus rasgos positivos y negativos sin obsesiones misóginas. Opté por la segunda opción guiada sólo por el sentido común.

Sin entrar ahora en detalles de los problemas que en este aspecto me plantearon obras como *Lo que vio el mayordomo*, *Aquelarre* o *...Y la maestra bebe un poco* quisiera contarles lo que en relación al feminismo se desprende de otras dos obras que también dirigí y que ejemplifican más intensamente las difíciles relaciones entre mi conciencia feminista en desarrollo y materiales de diversa factura y relación especial con el problema: *Los chicos de la banda* y *Cuarteto*.

A *Los chicos* fui sin dudas en este aspecto, porque en los países cultos la lucha feminista y la de los homosexuales por su liberación se dan conjuntamente e incluso en muchas ocasiones optan por un frente aliado. Es claro el porqué: a los homosexuales masculinos se les desprecia en gran parte por una falsa noción, la de que son hombres que quieren ser mujeres. Y si dentro del esquema machista de pensamiento la mujer es inferior y despreciable, aquél que naciendo hombre opta por identificarse con el mundo femenino es doblemente despreciable. Propiciar, entonces, una aproximación al mundo de los homosexuales (así estuviera sustentada en un freudeanismo ya superado) era también una apertura saludable en la habitual intolerancia de la clase media y un llamado a la reflexión, a la responsabilidad de todos en la opresión a los disidentes, a los que sostienen la validez de la elección personal en materia sexual. "Jueces, fuera de mi cama", dicen los activistas norteamericanos.

En el caso de *Cuarteto* no fue tan fácil la decisión. Superficialmente leída, la obra era virulentamente antifemenina. Así, la rechacé en una primera instancia espiritual, pero los materiales feministas que había leído para entonces me hacían reflexionar de manera más consistente. Los personajes (no la obra) eran violentamente sexistas. Los dos hombres y las dos mujeres (porque nosotras no estamos exentas, desgraciadamente, de formar parte de las legiones de enemigos) al aceptar los estereotipos de conducta se agredían a sí mismos antes de agredir a los del sexo contrario. Ellos detestaban incluso el olor de las mujeres; pero ellas, si los varones no cedían a su invitación sexual, los consideraban automáticamente homosexuales risibles. En suma, la enajenación (dice la obra) no es privativa de ninguno de los sexos.

Esta lección, quizá un poco compleja, se desprendía con bastante claridad de la obra y de mi montaje, en el cual evité cuidadosamente favorecer a un sexo o al otro no por cuidarme de los críticos paranoicos que esperan en cada uno de mis montajes que agreda la figura masculina, sino porque sería estúpido desnivelar una obra tan delicadamente estructurada y cuya función principal era *mostrar* el mundo de los agravios irracionales y no proponer soluciones, lo cual, por otra parte, sería limitativo en el impacto que la obra de arte debe causar en la emotividad e inteligencia del espectador a fin de que sea *él* el que proponga *sus propias soluciones*.

En fin, que esto de la conciencia feminista no es algo cómodo, pero eso sí, profundamente enriquecedor. Yo diría.



margarita
garcía flores

**adelina
zendejas:
la lucha
de las mujeres
mexicanas**

Cuando se escriba la historia del feminismo en México, Adelina Zendejas abarcará varios capítulos. Nacida en 1909 en Toluca, Estado de México, muy joven inició la defensa de los derechos de la mujer. Ha luchado de maneras diversas: como maestra —graduada en la UNAM—, periodista y escritora. Dice que en un tiempo se le conoció como Adelina Folletos por los ensayos que escribió (*Desorganización de la familia antisocial, La guerra: delincuencia infantil y juvenil, La crisis de la educación en México, La mujer en la Intervención Francesa*). Próximamente aparecerá el primer tomo de su libro *Las luchas de la mujer mexicana*, publicado por el Fondo de Cultura Económica.

Adelina se mantiene fiel a los ideales revolucionarios de su juventud y a su feminismo. Tiene gran energía y capacidad de trabajo. Hace 48 años publicó su primer artículo, y hoy, en el periódico *El Día* es responsable de la columna *Ellas y la vida*, bajo el seudónimo de Yolia, única en el diarismo nacional que habla seriamente del feminismo.

— ¿Cuántos años tenía usted cuando empezó sus actividades feministas?

Catorce años, escribí mi primer artículo que publiqué en

un periódico que se llamaba *Acción Social* en Toluca. Cuando lo leo me río mucho.

— ¿Cómo era su familia?

— La de mi madre era muy feudal y de puros varones. Pero ella, si hubiera nacido en otra época, habría sido la Pancho Villa más terrible, porque siendo muy creyente y muy buena católica es una rebelde tremenda. Tan rebelde, que no tenía más salida que casarse y se casó antes de cumplir los 14 años con un hombre que le llevaba 29 años y que era un obrero ferrocarrilero, ascendido a los puestos de administración por méritos y por un accidente profesional que lo obligó a trabajar en la oficina. Lo extraño es que mi mamá no compartía su filosofía, él era ateo. Era muy gracioso porque él se iba a pelear con Dios y a reclamarle. Se me quedó siempre eso en la cabeza, yo no creía en Dios. Y mi mamá, de una familia de intelectuales, de la gran burguesía intelectual, le fue tan terriblemente adicta que para mí tiene una medalla de honor, porque su familia la despreciaba por haberse casado con ese hombre. Padeció miserias. Yo me acuerdo del hambre de niña. Cuando alguien roba por hambre pienso que está totalmente justificado, porque nosotros pasamos hasta tres días sin comer. Una vez nos sacó la Cruz Roja por inanición. Ella nos daba agua con sal, muy inteligente nos

daba suero, por eso nos pudo sostener. A mi padre jamás lo traicionó; sufrió por él, lo excusaba, rompió con su familia para que al cabo de los años sus tíos, que habían sido miembros del Ejército Federal, acabaran admirando a mi papá. De todas maneras, la extracción de ella es de la burguesía más convicta, la intelectual, porque no tienen el dinero pero cubren las apariencias. Todo eso ella me lo había transmitido más condimentada por mi padre que tenía la premonición de que él iba a morir y que me iba a dejar muy niña y me preparó para que yo fuera la jefa de la familia y protegiera el amor de su vida porque para él mi mamá era una diosa, la adoraba y pensaba que ella debería tener alguien en quien respaldarse. Así es de que salí una demonia bien hecha. Si mis hermanos brincaban una barda, pues yo también la brincaba, y si se subían a un árbol yo también lo hacía. Me daba tanta rabia que siempre decían "eso no lo hace una señorita". Inmediatamente yo lo hacía: andar en bicicleta, patinar. Fui de las primeras nadadoras en Toluca. Ella no permitió exponerme en Toluca, dejarme estudiar en el Instituto de Ciencia y Artes, por eso me trajo a los 13 años y medio aquí a México.

— *¿Qué estudió usted?*

— El bachillerato completo, porque entonces eran 5 años, pero además vine y me encontré con la brava generación del 29, donde hay buenos, hay malos, hay bandoleros y hay gente extraordinaria, y luego el conjunto de maestros y la eclosión misma que existía en ese momento, el despertar de México a sus raíces.

— *¿Tenía amigas?*

— Jamás compartí la amistad íntima con mujeres sino con hombres. Mis compañeras de escuela ahora me dicen, "tú siempre andabas con los apretados y con los hombres", sobre todo cuando me fui a Europa y estuve un año y regresé y hablaba con ellas se me hacían bichos del otro mundo. No las entendía.

— *¿Pero ya se interesaba usted por los problemas feministas...?*

— Claro, pero no es una concepción que pudiera llamarse feminista, separada de los hombres. Un día, como cinco días antes de morirse Palma Guillén me dijo una cosa que a mí me dio mucha risa: —Yo debo la mitad de lo que soy, como usted, a mi amistad con los hombres. Aún los que me atacaron me ayudaron, porque me hicieron entercar. Y la otra mitad la debo a la envidia de las mujeres. Yo nunca concebí la lucha de la mujer separada de los hombres.

— *Quizás se debió también a su preparación filosófica, a que ya se interesaba por las corrientes marxistas...*

— Yo me comencé a interesar en las corrientes marxistas cuando tenía 18 años, al terminar Preparatoria. Fui a estudiar a Francia, en donde no pude revalidar mi bachillerato; ahí ligué

con la juventud comunista de Francia. Estudié con Mario Souza 1o y 2o de Economía cuando estaba haciendo Leyes y teníamos por texto el primero y el segundo tomo de *El Capital*. Allí conocí a Marx y me fui hasta Engels, pero ya estaba en la Facultad de Filosofía (no voy a decir que sea fenómeno). Fue por las vivencias de toda mi comunidad estudiantil y porque me agrupé no con los ultras de izquierda, donde estaban Muñoz Cota, Carlos Zapata Vela que decían que yo era una niña burguesa y yo me reía, sino con gentes que estudiaban muy seriamente el marxismo y no voy a decir nombres porque ahora están muy desvalorizados los pobres. Nuestra Preparatoria era el centro de la revolución ideológica de México. Allí confluían obreros, campesinos y se hacían los mítines en el patio grande o nosotros salíamos a la CROM, a la CGT, a los centros masones a dar conferencias, (¡no sé qué les diríamos!). Todo esto fue creando en mí un sentido de lo que era la lucha, de que si no lográbamos la transformación de la sociedad no íbamos a lograr nunca la liberación de la mujer. Podíamos avanzar, sí, demandar leyes que nos ayudaran a atraer mujeres, porque en 28, cuando el Código Civil, hubo una discusión terrible por parte de la reacción, de la iglesia católica, porque ya se iba a fundamentar legalmente el divorcio y además porque los autores del Código eran jefaturados por García Téllez al que las mujeres y el país le debemos mucho. Él es un hombre, para mí, sencillamente respetable y extraordinario, para su tiempo. En todo el preámbulo para explicar qué se hizo para dar a la mujer su dignidad, él parece un marxista sin usar el palabrería ni la jerga. Destruyó todo lo del Código Napoleónico.

— *¿Cómo se llegó a estas leyes? ¿Cuál fue la lucha previa?*

— Es muy interesante, porque todo el movimiento revolucionario, sindical sobre todo, tenía no acoplada a la mujer sino fundida en la lucha y así se funda la primera organización que dijéramos clasista, "Consejo Nacional de Mujeres", por los derechos de la mujer, que estaba jefaturada por doña Julia Nava de Ruisánchez, una vieja revolucionaria, gran periodista, maestra, con Cuca García y Elena Torres.

— *¿En qué año?*

— En 1919, a la fundación del Partido Comunista. Pero esto era lo que se recogía de la larga lucha de las mujeres iniciada en 1862.

— *¿Desde entonces viene la lucha por el feminismo en México?*

— Viene la lucha por los derechos de la mujer. Es lo que yo más peleo con las lideresas de hoy, comienzan por ahorita. No, señoras, no pueden olvidar el pasado. En 1857 se realiza la primera gran huelga textil que paraliza en Guadalajara a la

industria. Los saraperos tenían en su composición un 80% de mujeres, quienes sostuvieron la huelga y la llevaron hasta sus últimas consecuencias para conseguir el aumento de salario y que la jornada durara lo que se había aprobado para La Colmena y La Abeja en el D. F. Se estaba aprobando la Constitución cuando ellas iniciaron la huelga. En 1862 aparece un manifiesto sin pie de imprenta y sin ciudad, en donde estaban las peticiones de los obreros y se hablaba del aumento del salario y aminoración de la jornada para las mujeres, de protección durante la maternidad y de la protección a sus hijos y de los trabajadores niños. La mujer estaba ya allí integrada a las organizaciones mutuales, que después intervinieron en los Círculos Obreros. Pero antes hubo luchas que venían desde finales del siglo XVIII, cuando se hizo el monopolio tabacalero. Las tabacaleras hicieron muchos paros en la ciudad de México y en Veracruz que era el mayor centro del tabaco. Estas mujeres tuvieron en jaque al gobierno Virreinal y más tarde al Republicano, aunque no estaban tan organizadas ni tan integradas como las textiles. Había mucho más conciencia, el anarco sindicalismo penetró directamente en los obreros textiles,



Fotografías de Fulvio Roiter

que son la vanguardia de la Ley Federal del Trabajo y que tenían si no el 50% hasta el 60% de tejedoras. Sólo así se explica que de 1918 a 1940, casi, la gran mayoría de los dirigentes de los sindicatos y de las federaciones eran mujeres.

— ¿Qué sucedió con ellas?
 — Vamos a decirlo muy rápidamente. Esas mujeres fueron grandes organizadoras en la lucha sindical textil. El periodismo feminista se conjugó con esta lucha. El primer periódico realmente feminista fue *La Comuna* en 1876, para defender el derecho de huelga y los derechos de la mujer.

En la introducción de mi libro digo que éste ha sido un esfuerzo por enseñar una parte de la historia de las luchas de México, en que jamás puede prescindirse de la fusión del esfuerzo femenino en todo, porque en verdad la mujer ha marchado junto al hombre.

— ¿Pero qué pasa con estas obreras, de qué manera continúan?

— Pues las fueron quitando por la corrupción de los líderes. La etapa del feminismo en que aparece Dolores Jiménez Muro, es un caso extraordinario. Fue de una sobrevivencia enorme, ella murió cerca de los 80 años. Jovencita se lanzó a la lucha y era una mujer de clase media, maestra, gran poetisa, que hacía editoriales en toda la prensa obrera, pero aparte tenía su periodiquito, en el que defendía el derecho de huelga y los derechos feministas. Esta prensa obrera se prosiguió con una serie de mujeres cuyos nombres es muy largo dar. Surge como por 1895 Juana Gutiérrez Mendoza, hija y esposa de ferrocarrilero. Al comenzar a planearse las vías y a tener ya el núcleo de trabajadores, Juana comienza a organizarlos y deviene inmediatamente al periodismo, porque ella tenía como un sexto sentido: no se podía organizar la lucha si no había un órgano de orientación y de difusión. Aparece Juana Gutiérrez de Mendoza y aparecen la Rozetti y la Rojas, esposa del dueño de *Juan Panadero*.

— ¿Es cierto que para enterrar a Juana Gutiérrez de Mendoza hubo que vender su máquina de escribir porque murió en la miseria?

— Sí, es cierto. Al final, ella enferma y desilusionada era despistada. Explíqueme usted esto, un día le dije a Paula Gómez Alonso por qué cree usted que el segundo Congreso Obrero de 1880-1882 fue presidido por una mujer, por doña Carmen Huerta. Me dijo: Porque era la represión y ella podía pasar inadvertida. No, le respondí, era una líder formidable por eso, ¡por méritos lo ganó!

En los Círculos Obreros había líderes varones, pero la vanguardia de la lucha en la base, eran las mujeres, las cesaban, las metían presas, porque hacían trabajos clandestinos. Aparentemen-



te, ellas tenían organizaciones femeniles. Ellas crearon las "Hijas de Anáhuac" y otros grupos. Estos eran los centros de conspiración; eran sociedades culturales, en donde se tocaba el piano, se recitaba, pretexto para que los otros entraran, un poco al estilo de la conspiración para la Independencia de México, y para darse tareas. Estas "Hijas de Anáhuac" se extendieron por Veracruz, Querétaro, siempre obreras textiles y mujeres de la clase media, maestras, intelectuales. Una de las mujeres para mí extraordinaria, es la primera abogada que hubo en México, doña Ma. Sandoval de Zarco, que se metió de cabeza, junto con la señora Backmaster y la Dra. Antonia Urzúa, en la lucha femenil pero a la vez en la lucha general. Doña Ma. Sandoval creó una organización para defensa de la mujer que era la protección a las mujeres viudas y perseguidas en las luchas políticas de México, en 1905.

La Abogada Sandoval nunca fue rica, pudiendo serlo. Se dedicó a litigar pero, muy especialmente, ejerció el derecho penal en defensa de los perseguidos. Yo la conocí y la traté mucho. Conocí a las tres primeras profesionistas que se graduaron en la Universidad Nacional Autónoma de México: Margarita Chorné, la madre de Baltazar Dromundo, a Doña Matilde P. de Montoya y Ma. Sandoval de Zarco, y a otra que se recibió a principios de siglo, la doctora Reygadas. De la Casa del Obrero Mundial surgen los Batallones Rojos y allí estaban las obreras que fueron adiestradas para correos y enfermeras. Pero también fue una fuerza tremenda contra los círculos de Obreras Guadalupanas que se habían formado para sonsacar a la gente al ver lo aguerrido de

las obreras textiles. ¡No se fue nadie! La estructuración del artículo 123 la hizo la reunión de Obreras Guadalupanas en Zamora, Michoacán. Se la pescó para ellos porque la Iglesia perdió el control, en algunas secciones obreras o en industrias todavía pagaban diezmos y primicias y los estaban perdiendo. Comenzaron a reunirlos como obreros guadalupanos, llegaron a tener 11,000 mujeres agrupadas; sin embargo, las otras, las de los batallones, eran la mayoría y no pudo el Clero controlar nada.

— *¿Y cuando sucede lo de Yucatán había influencia de las Batallones Rojos en las yucatecas.*

— Algunas feministas de hoy que no saben nada de historia, hablan del Primer Congreso de Yucatán. El primer Congreso Nacional Feminista se celebra en Tabasco convocado por el general Mújica. Yo le he estado pidiendo a Janitzio, que me dé acceso al archivo de su padre. El era gobernador de esos que nombro la Revolución. En 1915, Alvarado, gobernador de Yucatán, pone en vigor el Código Civil, en ese Estado, legisla para la clase obrera, incluye a la mujer, legisla para la educación; pero el Congreso Feminista de Yucatán es un fiasco porque participaron mujeres que no estaban ligadas a las obreras y campesinas. Es un congreso de la pequeña burguesía, donde hacen a un lado todo lo que significa el avance revolucionario, extraordinario, de Salvador Alvarado. Tengo todos los documentos. Estas señoras no trataron nada de lo que él hizo, ni cómo ponerlo a funcionar, ni cómo apoyarlo. Se perdieron en divagaciones y en versos y hasta en pleitos entre ellas. No es nada del otro mundo. Elvia Carrillo Puerto no pudo hacer nada ni menos Rosa Torrejé. Lo más avanzado es la legislación, pero es un intento frustrado.

Margarita, nosotros no podemos decir que el hombre mexicano en general se haya opuesto a las luchas de la mujer mexicana, ni que no haya querido ubicarla ni que haya tenido una concepción paternalista. Eso es un error grave, yo he revisado mucho lo de los liberales y por eso el primer capítulo de mi libro me ha costado tanto trabajo. Todo lo que viene de la Independencia a acá para mí ha sido una cosa tremenda porque digo ¿por qué la claridad de la conciencia política de la mujer? Por que el caso de doña Leona Vicario es extraordinario, genial, pero antes que ella hubo otras, perdidas. El caso de doña Josefa es superior al de Leona Vicario porque ésta tenía una cultura, tenía lecturas, tenía la intimidad con el marido que era un hombre tan avanzado. Doña Josefa era una gente intuitiva, pero de una fortaleza interna enorme. El de ella es el primer divorcio público en México. Ella no transigió cuando el señor se vendió a Iturbide. Se fue a vivir sola y murió en la pobreza. No volvió a tener ligas con ellos, porque les dijo "o nuestros principios o la entrega a este traidor. A ella la querían hacer



dama de la emperatriz Iturbide, y ella no aceptó.

Tomó a su sirvienta, una viejecita que siempre la había asistido, y jamás transó con nadie. Pero llega 1833 y la primera forma de liberar a la mujer y de hacerla que se prepare es abrir la educación laica para ella. Nace la educación subprofesional con las escuelas normales y la de enfermería, para derrotar a los conventos y a la educación religiosa, y fueron Valentín Gómez Farías y el doctor Mora sus creadores.

¿Pero qué pasa con esas revolucionarias, con las obreras? ¿Por qué vemos que en los veintes están siendo traicionadas estas mujeres?

— Es muy grave lo que le voy a decir y no me importa que se publique. Por la forma en que se construyó el movimiento popular en la época de Cárdenas (de arriba para abajo), el Partido Comunista en aquel tiempo era un partido que influía en cierta manera sobre todo en los núcleos campesinos y por lo mismo en el magisterio que era de origen campesino, pero no había politización, porque pudo haber sido un partido pequeño, pero un partido asentado sobre una base politizada. Se lo digo porque yo ingresé en 37 al Partido. Entonces, esta fuerza que se creó, emocionada y embriagada locamente por el cumplimiento de los principios de la revolución a través de Cárdenas, se deshizo en 1940 cuando la burguesía asaltó el poder con los Avila Camacho y preparó la entrada de Alemán. Todavía como hasta la mitad del sexenio de Avila Camacho había cierta movilidad revolucionaria, tan es así que nosotros pudimos celebrar el primero y el último 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, a nivel de

gobierno, porque la celebración la jefaturó el gobierno. El orador central varón fue el Secretario de Gobernación, Héctor Pérez Martínez. Fue un acto masivo extraordinario. Después de eso, se acabó el movimiento feminista. ¿Qué pasó? Se inició la división del movimiento obrero para los fines que se perseguían de claudicación y la intromisión del imperialismo yanqui, vía la lucha antifascista. Nosotros hicimos pactos, estábamos en el montón de los aliados, los americanos nos querían y nosotros queríamos a los americanos, porque se trataba de derrotar a Hitler. Esto lo aprovecharon para entrometerse y afincarse dentro de la época de Alemán, que ya para entonces había hecho todas las artimañas en favor de latifundistas y empresarios capitalistas, porque fue una alianza de los sobrevivientes del porfirismo con Alemán. Entre otras cosas, vino una crisis en el Partido Comunista Mexicano, y la influencia que en un tiempo pudo tener se acabó y no había quien lo sustituyera, porque ni el propio Lombardo podía hacerlo, ni Jara, ni Cárdenas que se marginó completamente. Si en el movimiento obrero se diluyeron las cosas, los adláteres que eran el movimiento femenino, muy importante (que ningún partido puede echar en saco roto), el movimiento estudiantil y juvenil, todo se vino abajo: si no hay badajo, las campanas no repican.

✓ *— Pero volviendo a los años veinte cuando entró usted a la preparatoria y en el movimiento vasconcelista, hubo una participación muy importante ¿en qué consistió, cómo fue?*

— En el Partido Antirreleccionista había muchas mujeres. Había un movimiento feminista muy extraño y muy gracioso. Había católicas, obreras, campesinas, estudiantes, mujeres intelectuales, algunas sobrevivientes del feminismo a ultranza como Elena Landázuli, Elena Torres, Luz Uribe, Eulalia Guzmán, Luz Vera que eran las feministas que habían trabajado durante algún tiempo junto a Margarita Robles de Mendoza. En ese movimiento vasconcelista había gente de izquierda desesperada, porque todos éramos hijos y algunos testigos y protagonistas desde pequeños de las luchas revolucionarias de nuestros padres o familias. Para mí, el vasconcelismo era la puerta por donde pensábamos que íbamos a obligar al cumplimiento de los principios de la Revolución, a aplicar la revolución. El reparto de la tierra estaba así, así, y la represión era muy fuerte y muy visible, quizá más visible que ahora porque era menor la población. Los antiguos latifundistas que se habían refugiado en Europa regresaron. Descendientes de León de la Barra, los Orgoity y Pizarro, los nietos de Porfirio Díaz, venían en el mismo barco en donde yo viajé. Regresaron a sabiendas de que algo les había quedado o a la mejor podían reconquistar todo lo que tenían. El movimiento vasconcelista fue una cosa muy seria porque confluían campesinos, obreros y estudiantes con una claridad revolucionaria enor-

me. El Partido Comunista atacaba a los vasconcelistas. Hasta ahora ni se ha entendido, ni se ha analizado cuál era la actitud de la facción nuestra. Nunca he renegado de haber sido vasconcelista porque tuve el panorama geográfico de la patria completa y al tener la geografía tuve no solamente las actividades productivas sino también la condición humana de los seres que estaban ahí. Había gente muy valiosa como Jesús Lozoya que es el revolucionador de la medicina pediátrica, fundador de la pediatría mexicana. Entre nosotras había un grupo que tenía a Vasconcelos como un Dios. ¿Qué pasaba?, que la carencia de ese movimiento era el líder porque Vasconcelos no abundaba en lo que nosotros pensábamos; no tenía un sentido de lo que era la lucha de clases, no tenía una condición política adecuada a lo que el movimiento era.

— *¿La participación de las mujeres era muy romántica?*

— Era romántica, ésa es la verdad, aunque había mujeres como Elvira Vargas que fue muy destacada y a la que no mencionan los malditos comentaristas porque ella era muy revolucionaria, decían que era muy aventada, porque planteaba las cosas claramente. Hija de minero y de campesina tenía que decir las cosas como sonaban. Además, era magnífica oradora, y muy arrostrada, muy audaz; también Elena Torres que había sido del Partido Comunista. Elena Vázquez Gómez, que no era oradora pero sí muy seria ideológicamente, muy respetable. Es una de las inteligencias femeninas políticas más serias que yo he conocido junto con Esther Chapa. Era hermosísima. Había otras líderes



obreras, por ejemplo: en Jalisco, Veracruz, toda la gente estaba bullente. El gobierno dejó que se hiciera todo esto, Calles, porque no lo podía contener como fenómeno y era la justificación a que había libertades democráticas. Cuando Vasconcelos huyó, fue desastroso. Muchos amigos nuestros entraron en una tal desilusión que se amargaron de por vida, alguno se dedicó a escribir, pero ya no fue una gente activa en la palestra revolucionaria y se frustró porque Vasconcelos no salió Presidente, y yo opino que pobre de México si Vasconcelos sale presidente.

— *¿Y después cómo evolucionó su feminismo?*

— Nosotras no perdimos, porque si habíamos descuidado nuestros estudios, regresamos a terminarlos. Seguimos teniendo ligas con los grupos obreros, los campesinos y los intelectuales; ya para entonces la definición marxista era un hecho en Lombardo, en Bassols y el regreso al cristianismo de Gómez Morín que estaba en el vasconcelismo. A Gómez Morín le hizo mucho daño el vasconcelismo.

— *¿Y las mujeres?*

— Se diluyeron, perdieron. Resurgen cuando el mensaje de Cárdenas en su campaña. Entonces, la parte de izquierda del vasconcelismo va a dar allá, pero mientras tanto las mujeres jefaturadas por el Partido Comunista y algunos grupos formados por María Triana Rocha, Soledad Orozco, la señora Cholico, Natividad Alvarez, los grupos de masonas, todas estaban elaborando congresos, comisiones y se realiza el Congreso Obrero y Campesino en 1933. Allí se fija el primer programa que configura

la lucha feminista en México y recoge la experiencia del pasado. Había obreras, campesinas y ya entonces estaban incorporadas Consuelo Uranga, Elisa Zapata Vela, mujeres de todos los medios, Esther Chapa, Matilde Rodríguez Cabo, Esperanza Balmaceda. Junto con este Congreso Obrero Campesino, casi al mismo tiempo, se celebra en México una reunión contra la prostitución que era una forma angelical de proteger a las prostitutas. Irrumpen ahí las comunistas jefaturadas por Esther Chapa y las médicas, y convierten aquello en un congreso feminista contra la prostitución, no para proteger a las prostitutas. Además habían proliferado muchas revistas. Estaba Julia Nava de Ruiz Sánchez en este agrupamiento. Allí se configura una campaña para el derecho al voto y además por ampliar la Ley Federal del Trabajo y, con respecto a la mujer, fijar las prestaciones, la demanda del seguro social, la de guarderías infantiles, la de la protección a la maternidad porque no se cumplían las vacaciones. Es un frente de lucha que después desemboca al Frente Unico Pro-derechos de la Mujer, tiene una plataforma muy completa. En este período se logra organizar a las burócratas, es decir, el movimiento obrero deviene hasta allá y lo jefatura.

— ¿Quiénes?

— Los maestros y las maestras, que son las más ágiles en la organización. Son las últimas en conseguir los reglamentos para la protección verdadera de su maternidad y las guarderías. En el interin se funda en México la primera guardería infantil que establece la fábrica Central Cerillera y la segunda que funda el sindicato de la Sría. de Hacienda. El gobierno les da permiso de tomar un local, ellos consiguen que la Secretaría de Hacienda les dé educadoras. Además, el sindicato paga una enfermera, es la guardería de la Secretaría de Hacienda; y el primer sanatorio para la atención de los trabajadores, lo funda la secretaria de Hacienda en donde las mujeres, en donde está María Galindo una compañera mía de escuela y Thais García en Gobernación, empujan en tal forma que se consigue la atención prenatal y posnatal para la mujer.

— ¿En qué año es esto?

— Entre 36 y 38. Así conseguimos en el Estatuto Jurídico para los Trabajadores al Servicio del Estado, las prestaciones específicas; la mujer ha sido el 50% de trabajadores, sobre todo en el magisterio —son el 80%—. Después de eso lo conseguimos en el Seguro Social, cuyo autor de la ley es Ignacio García Téllez. El le da una gran atención para aquel tiempo a toda la protección a la maternidad, a las jubilaciones, a la protección a la mujer en caso de viudez, a la ayuda para los hijos. También conseguimos la expansión de la educación en los centros campesinos. Era una lucha que se complica y a la vez se fortalece en la lucha contra el fascismo, porque las mujeres en esa época



combaten como demonios en defensa de la libertad de los países invadidos. Combatimos contra Hitler. Confluimos también a la expropiación petrolera. Toda actividad que se organiza para pagar la deuda petrolera fue en gran medida acción de las secciones sindicales de mujeres, es decir, las secretarías femeniles. Además la lucha de las ligas Agrarias en que había y todavía hoy vuelve a haber y las hay mujeres jefes de ligas agraristas que caen víctimas de represión, sobre todo en La Laguna. La organización femenil de la Laguna fue fortalecida y llevada a cabo por el Frente Unico Pro-derechos de la Mujer a través de los organismos políticos, el PRM y el Partido Comunista. Quiero decirle que la plataforma y programa femenil del PRI fueron elaborados por puras mujeres de izquierda. Cuando el licenciado Mario Moya Palencia mencionó a las que habíamos intervenido en eso, yo estaba viendo la televisión y me tiré de la risa, de las que él mencionó, sólo cuatro no éramos militantes del Partido Comunista, en aquel tiempo: Esperanza Balmaceda, Matilde Rodríguez Cabo, Odolmira Rojas y yo, todas las demás eran miembros del PCM.

Estábamos a través de las agrupaciones, uniones sindicales, etc. adheridas al PRI, pero además nos llamó Portes Gil. Allí están las firmas de los proyectos del programa y todo, por eso Moya Palencia no pudo omitirnos.

¿Y después, cómo ve usted el feminismo?

— En aquella organización que duró y fue fuerte podríamos decir hasta 1945 hubo mujeres muy valiosas que trabajaron junto a nosotras. Amalia Castillo Ledón ha sido una mujer llena de equilibrio, de visión política y de deseos de que la mujer arribe a situaciones mejores. Desde joven trabajó, y, en cierta forma es una mujer liberada porque el matrimonio y su maternidad no le impidieron realizarse ni realizar lo que quería. Otra es María Luisa Ocampo, la escritora.

— ¿Y Concha Michel?

— Jugó un papel determinante. Tiene una concepción de los derechos de la mujer que siempre chocó con nosotros, porque renueva aquello del Dios dual de los indígenas: Dios Mujer-Dios Hombre y pone la supremacía sobre la mujer, una especie "sui generis" de matriarcado. Sin embargo, ella fue una combatiente sobre todo en las Ligas Femeniles Agrarias y jugó un papel muy serio. Es una gente estimable por su perseverancia en la lucha, la estimamos, a pesar de que nosotras no hayamos compartido muchas veces sus ideas. Una gente formidable fue Graciela Amador, a ésa hay que mencionarla como periodista, como autora de teatro infantil, compositora musical, como combatiente de la época revolucionaria con los mineros junto a David Alfaro Siqueiros. Ella nunca dejó de luchar por los derechos del niño y de la mujer, en general, por los derechos populares. Esa es la característica más acentuada que yo veo en toda la lucha y el éxito que tuvo esa lucha fue que no la hicimos separada de los hombres; peleamos muchas veces con ellos, pero acabamos entendiéndonos sin claudicar en nuestros fines.

— Ahora la campaña para el voto ¿por qué si se inicia en la época de Cárdenas es hasta la de Ruiz Cortines cuando se consigue el voto?

— Voy a explicarle. En los programas y las demandas de la mujer desde 1872, cuando los Círculos de Obreros, desde el primer círculo de obreros, ¿por qué la mujer mexicana deviene en la lucha política hacia la consecución del primer derecho que la libera, su derecho al trabajo, y no como los movimientos femeniles europeos y norteamericanos que fijan su atención al derecho al voto? Hay movimientos obreros pero tienen enfrente el derecho al trabajo, sus derechos sociales, el derecho a la educación en parte conseguido en 1833 y refrendado por la Constitución de 1857 cuando habla de que todos los mexicanos tienen derecho a la educación, que lo agudiza y le abre la puerta a la mujer en la enseñanza superior. Juárez en 1867 expide el decreto ley para crear la secundaria para señoritas. Por eso México gradúa antes que en la propia Europa a la primera profesionista universitaria, a Margarita Chorné, y, antes que París graduara a su primera médica, México graduó a la suya. Las

únicas que nos llevan ventaja son las rusas: empezaron a graduarse como médicas en 1863. Pero en toda Europa no había esa facilidad para hacer estudios superiores aunque no se prohibía, o aunque se hubiera prohibido si la mujer se empeña lo consigue. Las mujeres mexicanas configuran su programa de lucha así: el derecho al trabajo que es primero aumento de salario, y jornada de labores; después es igualdad de salarios, protección a su maternidad, protección al hijo, protección al niño trabajador, escuelas y bibliotecas. Luego, la igualdad dentro de la familia, derecho civil y hasta el final el derecho al voto ¿sabe usted que así hemos conseguido todo? Primero: la Ley Federal del Trabajo. El derecho a la educación quedó establecido desde 1833. fue una educación masiva a partir de la Revolución, pero existía el derecho, ya era un derecho social. El derecho que de veras libera a la mujer, su derecho al trabajo, fue el primero. En 1917 conseguimos el ordenamiento jurídico que nos pone en igualdad de condiciones al hombre. Dentro de las Constituciones del mundo capitalista la de México es la primera que inscribe el principio de: *A trabajo igual salario igual, sin distinción de sexos.* Es también la primera que inscribe en su articulado, la protección a la maternidad, diciendo que disfrutará de tales y cuales cosas, de trabajos no peligrosos, de vacaciones y de protección al hijo.



Luego, los derechos civiles. Se derrumba el Código Napoleónico en 1928 a pesar de que antes ha habido un antecedente, porque la Ley de Relaciones Familiares reconoce ya el divorcio en 1917. Y Juárez ya había hecho aquella separación legal un poco parecida al divorcio que destruye toda la concepción eclesiástica, pero las leyes en sí las conquistamos en 1928. Aumentamos las leyes del trabajo con el Estatuto Jurídico y la fundación del Seguro Social de 39 a 50. ¿Por qué la lucha del voto es lo más contradictorio? ¿Por qué en 1926 teníamos a la primera juez en México de los Tribunales de Menores, Guadalupe Zúñiga de González, teníamos además a la primera magistrada, que ni la edad tenía, del Supremo Tribunal de Prevención Social, Matilde Rodríguez Cabo? Teníamos a la primera catedrática en 1929 en la Facultad de Medicina, Esther Chapa. Después teníamos a la primera embajadora, Palma Guillén, en Dinamarca y Colombia, y luego en cargo de embajador extraordinario y plenipotenciario en la Liga de las Naciones. Había jueces en los Tribunales de Menores, ya teníamos directoras generales como la propia Palma Guillén que Bassols llamó en 33 y 34 a hacerse cargo de la Dirección General de Enseñanza Secundaria, pero además a jefes de bibliotecas que habían sido Ma. Luisa Ross, Ma. Luisa Ocampo, jefe de Acción Cívica, Amalia Castillo Ledón, a Esperanza Velázquez que también fue Directora de Bibliotecas.

— *¿Cómo ve usted el feminismo en los últimos decenios, de 1956 al 76?*

— No hay dirección en el feminismo. Por eso hay tanto grupo, grupúsculo membretes, etc., etc. No hay líderes y las que pudiéramos ser líderes, me incluyo yo, ya estamos viejas y nos siguen teniendo miedo, porque saben que tenemos una convicción y directriz muy realistas. Con el nacimiento de la Comisión Nacional del PRI, la mujer dejó de luchar aunque siguieron presionando grupos como el de María Efraína Rocha. Inclusive la reforma que Alemán hizo a la Ley de Elecciones Municipales, sirvió para colocar a las mujeres en ciertos puestitos y como que ya no les importaba. Y nos dieron el voto, entonces se fue al agua todo, porque ya no lucharon por los derechos de la mujer; lucharon por el derecho individual de llegar ellas a una curul o a una dirección y se les olvida todo. Hay casos de verdadera excepción, por ejemplo María Lavalle Urbina que siempre ha estado interesada en mejorar los ordenamientos legislativos, pero ahí está el contubernio de las mujeres de la alta y pequeña burguesía católica y todo para alcanzar puestos que les dan

dinero o prestigio, o ambos, mas no para proseguir la lucha.

— *¿Cree usted que no es posible ahora una alianza entre las mujeres?*

— No, al contrario. Creo que se da todo para hacer la alianza, a pesar de las obstrucciones que haya, Margarita. Yo creo que México está muy amenazado por el fascismo, y que los señores dirigentes políticos, desde el más alto rango —no quiero mencionar nombres— piensan que si ellos no manipulan esos movimientos se les pueden salir por la izquierda franca. Ese es un error terrible, porque al no dejar que se organice la opinión política independiente, se les cuelan las flechas del fascismo por todas partes. Si la mujer se atreve y si la mujer consciente de su responsabilidad supera contradicciones, egoísmos, envidias, oportunismo, es el momento de crear una gran organización en defensa de las libertades, ya no digo más allá de la Constitución, sino para hacer vigente a la Constitución, que ya sería mucho. No hay otra. Y sí se está gestando un movimiento. Yo creo que el grupo de la Coordinación de Organizaciones e Instituciones Progresistas podrá construir su plataforma, su programa y los principios de trabajo, porque hay una gran inquietud en determinados sectores no por el feminismo de "tira el brassiere", que busca sólo la libertad de amar, esa viene condicionada a los derechos, no al feminismo que considera que el hombre es un truhán, sino para derrotar al machismo que es el representante del fascismo, es el feudalismo.

— *¿Será una plataforma política, principalmente?*

— Absolutamente política.

— *¿Cuántas instituciones forman este grupo?*

— Al principio eran como 15. El Año Internacional de la mujer atrajo a oportunistas y a la hora de la hora hubo gente que se hizo a un lado. La Organización la componen personas e instituciones serias, por ejemplo el sector femenino del Partido Popular Socialista, la sección sindical de los ferrocarrileros, de los aviadores, la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas, la representación femenil de la Universidad Obrera, la Asociación de Egresados de Escuelas para Hijos de Trabajadores. Hay allí gente muy madura, muy seria. Lucharemos contra el imperialismo y fascismo y porque se apliquen las leyes que protegen a la mujer.

— *En resumen ¿todavía falta mucho por hacer?*

— Si, es un trabajo muy lento, porque la despolitización de las mujeres mexicanas es igual a la de los hombres y la lucha debe continuar para superar los obstáculos.

CENTRO DE INFORMACION Y DOCUMENTACION DEL DECENIO PARA LA MUJER Y EL DESARROLLO (CIDDEM)

*¿Cuántas somos?
¿Qué hacemos?
¿Cómo vivimos?
¿Qué queremos?*

decenio para la mujer y el desarrollo 1976 – 1985

La situación de la mujer depende del poder de decisión real que tenga sobre su propia vida. En la práctica, esto significa su acceso a los conocimientos, a la información a las actividades remuneradas.

El CIDDEM es un organismo creado para compilar, analizar y difundir la información concerniente a la mujer.

Su acervo está integrado por documentos internacionales, nacionales, hemeroteca, archivos personales de las precursoras feministas de nuestro país, y biblioteca especializada tanto de mujeres escritoras como de publicaciones que versan sobre problemas de la mujer.

Los servicios que presta CIDDEM son: consulta, fotocopiado, traducciones y publicaciones bibliográficas, alertas y reporte del estado del arte.

En 1847, el poeta inglés Matthew Arnold escribió:

... Si alguna vez el mundo llega a ver el momento en que las mujeres se unan pura y simplemente para el beneficio y bienestar de la humanidad, el mundo presenciara un poderío como nunca antes lo había visto. ...



oficina y centro de información: minerva 63/ méxico 19 d. f. teléfono : 534-25-72

*marta
lamas*

las taquilleras del metro ganan una batalla

En julio del año pasado, durante uno de los actos en contra del Año Internacional de la Mujer que organizó el Movimiento de Liberación de la Mujer, tuvimos noticia, por primera vez, de la lucha que estaban llevando a cabo las taquilleras del Metro. Un grupo de ellas se presentó al Cine Debate Feminista en el Teatro Coyoacán de Eleuterio Méndez y denunció las condiciones discriminatorias que sufrían por ser mujeres. Era la primera vez que un grupo de trabajadoras planteaba la discriminación y la opresión en su trabajo específicamente por su condición femenina.

¿En qué consistía esta discriminación por ser mujeres? ¿No era la misma que sufre cualquier trabajador en este sistema? ¿En qué difería la situación de las taquilleras de la de cualquier otro trabajador del Metro? Las respuestas que ellas dieron a estas preguntas fueron contundentes.

Las taquilleras eran "empleadas de confianza", no tenían base; por lo tanto no tenían posibilidad de entrar al escalafón ni de gozar de ciertas prestaciones. Sin embargo, no siempre había sido esta la situación. Había un precedente. Antes de las taquilleras había taquilleros, y ellos sí tenían base y una serie de prestaciones que, como el transporte, se les negaban a ellas.

No se conocen oficialmente las razones por las cuales el Sistema de Transporte Colectivo decidió cambiar de taquilleros a

taquilleras. No sabemos tampoco qué razones se engrimieron para modificar el status de base y cambiarlo por el de confianza, privando así a las mujeres de las prestaciones que les correspondían. Lo que sí conocemos son las consideraciones por las cuales la empresa justificó que las taquilleras eran empleadas de confianza. En un documento con fecha 26 de febrero de 1975, presentado por el director del Metro Ing. Jorge Espinoza Ulloa al Oficial Mayor del Departamento del D.F. Ing. Renato Vega Alvarado, se exponen las razones por las que no se dará base a las taquilleras. Este documento lo reproducimos casi íntegro, pues además, contiene información sobre la especialidad del trabajo de estas mujeres y muestra muy claramente la postura de las autoridades:

"Con relación a las características de trabajo que desempeñan las empleadas que están contratadas como taquilleras en el S.T.C. manifiesto a usted lo siguiente: Dicho personal es en su totalidad de sexo femenino; en la actualidad laboran 625 taquilleras con edades en promedio de 24 años, en tres turnos y con un sueldo de \$ 3 260.00. Para ocupar un puesto de taquillera se le exige una escolaridad mínima de secundaria o equivalente, presentarse y aprobar un curso en el cual se le

dan las siguientes materias: Técnica Metro, Documentación, Higiene, Relaciones Humanas y Seguridad Industrial entre otras; dichas materias se imparten en 200 horas de clase aproximadamente.

Sus cargos de trabajo son los siguientes: venta de boletos, información a los usuarios, recepción, devolución y canje de boletos, primeros auxilios, manejo de dinero, notificaciones de fallas y averías en equipos de la instalación, llenado de formas y reportes. Dentro del desempeño de sus funciones se encuentran también las siguientes de carácter técnico, con la ayuda de algunos casos de dispositivos eléctricos, y mecánicos: cierre y apertura de los accesos de las estaciones, poner en servicio y fuera de servicio los torniquetes de acceso a los andenes, reportando sus fallas eventuales, reportar fallas en las escaleras mecánicas, supervisión y control de los portillones automáticos, el control para el desbloqueo o franqueamiento de los torniquetes de boletos, accionamiento en caso necesario del pedal de alarma, el manejo del sonido local de la estación, el control de las puertas de cortesía, el reporte de alarmas por alto nivel de agua en cárcamos de drenaje y por ruptores de urgencia accionados, el manejo de equipos de seguridad y el control del sistema de medio alumbrado. Además en algunos casos debe actuar reportando al P.C.C. la necesidad de desenergizar la vía en casos de accidente cuando estén fuera de servicio dispositivo automáticos que tienen instalados para tal efecto.

Las funciones anteriores podemos clasificarlas en la forma siguiente: funciones que implican la toma de decisiones de mayor o menor importancia; funciones en las cuales tienen a su cargo la supervisión y funciones por las cuales las taquilleras actúan en representación del S.T.C. Las funciones de decisión se presentan en los siguientes casos: devolución y canje de boletos, control de torniquetes de acceso, portillones, pedal de alarma, sonido local, manejo de puertas de cortesía, interruptor del medio alumbrado y corte de energía en las vías. Para lo anterior las taquilleras cuentan con instrucciones precisas, resolviendo las situaciones que se plantean conforme a dichas instrucciones y aplicando su criterio. Dentro de las funciones de supervisión, las taquilleras tienen que reportar las fallas y averías que detectan en el equipo e instalaciones, aplicando en su caso diferentes medidas, revisar que las dotaciones de boletos que reciben a las instituciones bancarias estén completos, que los accesos a los torniquetes, escaleras, portillones y equipos dotados de alarmas funcionen adecuadamente, que todos los usuarios depositen sus boletos de acceso y que solamente el personal autorizado del S.T.C. franquee libremente los torniquetes.

Dentro de las funciones en que las taquilleras son la imagen del S.T.C. es importante considerar lo siguiente: el usuario del Metro tiene trato directo y exclusivo, salvo algunas excepciones, con las taquilleras y de hecho siendo éstas las únicas empleadas del Sistema que por regla general tratan con el público usuario y el trato va desde la simple venta de boletos, que comprende la entrega correspondiente de los cambios y de los boletos (esto ha suscitado graves problemas ya que se presta para robos frecuentes), la devolución y canje de boletos en casos de suspensión del servicio o bien, cuando se bloquean los torniquetes, hasta los primeros auxilios que están capacitadas para impartir, la utilización de los sistemas de sonido local, el uso de la puerta de cortesía y el manejo de los equipos de seguridad, tales como extinguidores de incendios. La imagen que los usuarios se formen del Metro se encuentra en buena parte relacionada con el trato que reciben particularmente del personal de taquilla.

El no cumplimiento fiel y oportuno de las funciones de las taquilleras, tanto en lo técnico, en lo económico y en lo moral de dicho personal, lesionaría la imagen y con ello el prestigio del S.T.C., afectando en algunos casos la seguridad del usuario.

De las consideraciones anteriores se desprende que de incluirse el personal de taquilla como personal de base dentro de las Condiciones Generales de Trabajo es exponer al S. T. C. a una serie de faltas o incluso de desprestigio que no solamente afectaría a la imagen del Sistema sino que en cierta medida, podría poner en peligro la eficacia y la seguridad con que ha venido operando. Las Condiciones Generales de Trabajo contienen normas fundamentalmente para el trabajo rutinario, no así para funciones que requieren la toma rápida y oportuna de decisiones, no sólo de carácter técnico sino humano.

De las consideraciones anteriores se desprende que las funciones de las taquilleras (supervisión, dirección, fiscalización, vigilancia y representación) son las que la Ley prevé para clasificar al personal que las realiza como de confianza (artículo 9o. de la Ley Federal del Trabajo que se aplica supletoriamente en el S.T.C.).”

Es importante poner en evidencia los débiles argumentos con los que el Ing. Espinoza Ulloa trata de justificar el puesto como de confianza. Llama al trabajo de las taquilleras de dirección, supervisión, fiscalización, vigilancia y representación después de decir que para las funciones de decisión ellas cuentan con instrucciones precisas, resolviendo las situaciones que se plantean conforme a dichas instrucciones y aplicando su criterio. No lo

considera un trabajo rutinario sino de toma rápida y oportuna de decisiones (“¿Le vendo o no el boleto?”).

Como las propias taquilleras manifestaron en una carta enviada a la secretaria de Acción Femenil del PRI, C. Carmen Carreño:

“El único argumento que podría esgrimirse para considerar a las taquilleras como personal de confianza es el hecho que manejen fondos o valores, pero sobre el particular puede indicarse: a) La función que al respecto se desempeña no es de carácter general, b) El fondo que se proporciona es sumamente bajo, c) El control que se ejerce sobre el fondo y los boletos es extremadamente estricto y diariamente les es recogido, d) De hecho no se les está transmitiendo un fondo o valores para que lo manejen, sino exclusivamente se les está proporcionando un medio para realizar una labor, sujeta a instrucciones precisas, e) Sus actividades de ninguna manera son de Dirección, Administración, Inspección o Vigilancia.”



Es obvio que el trabajo que las taquilleras realizan es similar al de las cajeras, con unos cuantos aspectos técnicos y que de ninguna manera es un trabajo de confianza. Además la Suprema Corte de Justicia ha sustentado tesis en el sentido de que el principio general que rige el Estatuto Jurídico es el que los Trabajadores al Servicio del Estado deben ser protegidos por el mismo, de manera que los empleados de confianza que están fuera de su protección constituyan la excepción dentro del principio general 625 taquilleras no son la excepción sino más bien la regla.

Respecto a esta declaración también vale la pena hacer notar la actitud patronal de usar el puesto de “confianza” por desconfianza, para poder ejercer un control sobre empleados a los que se considera irresponsables. La publicación del sindicato del S.T.C. critica esta actitud y a continuación aparecen algunas palabras al respecto:

“Aceptamos nuestra condición de asalariados, pero el hecho de ser de base y estar sindicalizados no nos inmuniza de realizar una praxis responsable hacia nuestra fuente de Trabajo.”

Parecería ser que cuando los taquilleros tenían base no existía el problema de que se desprestigiara al S.T.C. o de que ellos no cumplieran con sus obligaciones. El argumento se esgrime con mujeres. ¿Será que las mujeres son más irresponsables, como piensan los sexistas? Pero entonces ¿por qué se cambia el puesto de base a confianza antes de corroborar la conducta femenina? Al salir los taquilleros se efectúa el cambio, lo que nos plantea una alternativa: o el S.T.C. vio que los taquilleros no funcionaban, que tenían mal trato con los usuarios y desprestigiaban al Metro, por lo que decidió cambiar la situación y curarse en salud poniendo mujeres más controladas y controlables, o fueron poderosas razones de índole económica las que determinaron el cambio. Bien sabemos que las mujeres son consideradas mano de obra de reserva, más barata y más manejable. La plaza de confianza de taquillera sirvió para tener bastante personal (625 personas) sin posibilidades de sindicalización.

Sean cuales fueren las razones el hecho es que la entrada de las taquilleras al S.T.C. se hizo bajo el rubro de “empleadas de confianza”, privándolas de la base y las respectivas prestaciones. Para todo esto no hay que olvidar que el S.T.C. no es una empresa privada, dirigida por “malditos extranjeros enemigos del pueblo” sino, por el contrario, es un organismo descentralizado o sector paraestatal, dirigido por “patriotas funcionarios mexicanos”.

Al poco tiempo de entrar al S.T.C. las taquilleras se dieron

cuenta de que no tenían las mínimas condiciones aceptables de trabajo. Para empezar, trabajan con un reglamento no registrado, elaborado e implantado unilateralmente, donde solamente aparecían normas de derechos y obligaciones, pero absolutamente ninguna prestación. Luego la cuestión del transporte. Hay tres turnos de taquilleras. Las del 1o. y el 3o. turno tienen que abrir y cerrar las taquillas antes y después de que el Metro funcione. Las primeras llegan a su lugar de trabajo antes de que el Metro marche y las últimas después de que sale el último carro. Cuando eran hombres los encargados de las taquillas, si tenían un transporte que les hiciera menos difícil llegar a las 5 de la mañana o irse cerca de la 1. Hoy que son mujeres no lo tienen. Los robos son cosa de todos los días y ha habido varias violaciones que las taquilleras han denunciado a las autoridades. Parecería ser que las autoridades del Metro no sabían que en México es peligroso para una mujer andar sola por la calle de noche. Ahora que seguro lo saben, por las denuncias, parece que

no les importa. Aparte del riesgo de ser robadas o violadas, las taquilleras se enfrentan a la situación de que no es fácil conseguir transporte a esas horas de la madrugada, por lo que muchas veces se van caminando grandes distancias o toman taxis, gastando fuertes sumas de su no tan fuerte salario.

Después de entrar a su turno de trabajo, sin un solo minuto de tolerancia, las taquilleras tienen que trabajar ocho horas seguidas sin tomar alimentos y sin ir al baño. Como no se les concede la media hora reglamentaria para tomar alimentos, las taquilleras se arriesgan a sanciones si son vistas ingiriendo cualquier alimento dentro de la taquilla. Esto no es tan grave como el asunto del baño. Aunque en teoría hay una suplente que cubre la línea (*una suplente para toda una línea*) y que es llamada cuando se tiene necesidad de ir al baño, en la práctica no funciona, pues la suplente, si es que llega, llega de dos a tres horas tarde. Muchas taquilleras han desarrollado una extraordinaria capacidad de retención (bastante dañina según los médicos), y



fotografías de María García

otras se atreven a cerrar la taquilla unos minutos, con el riesgo de una suspensión. Aunque la mayoría ha logrado un cierto control, usando los baños antes de entrar al turno y un poquito después, hay ciertos días en que es imprescindible salir de la taquilla. Durante la menstruación tienen necesidad de cambiarse, aunque muchas se equipen hasta con triples tampaxs y kotexs.

Luego vienen los problemas de dinero. Están obligadas a recibir todo billete o moneda, sin importar la condición de éstos; pero al fin de mes se les descuentan los que están muy maltratados. O mejor dicho, se les descontaban, pues después de mucho luchar consiguieron que en vez de descontárselos, ellas los repusieran, y se les entregaran los billetes y monedas maltratadas para poder cambiarlos en un banco. Además, cualquier faltante lo tienen que reponer. Les hacen auditorías y si de repente tienen un sobrante, se les recoge, aunque al cerrar el turno tengan un faltante que corresponda al sobrante anterior. Por supuesto, tienen que reponer este faltante y nadie sabe que pasó con el sobrante. Muchas veces las tiras de los boletos vienen incompletas y ellas tienen que poner de su bolsa para completarlas, porque si no, además de tener un faltante, recibirían una amonestación. Las taquilleras del último turno son las que han tenido más problemas, pues a la hora de cerrar la taquilla tienen que echar la bolsa del dinero a una caja fuerte. Muchas veces esta bolsa "no ha aparecido", y se les han descontado miles de pesos equivalentes a varios meses de sueldo. Ellas han pedido que a la hora de poner la bolsa esté algún testigo reconocido oficialmente, pues el S.T.C. no considera a la otra compañera como testigo válido.

Si a la hora de cambiar turno no se ha presentado la otra taquillera, deben quedarse el tiempo necesario hasta que llegue una suplente, sin que se les pague horas extras; y a veces esperan hasta dos horas antes que esta llegue. Si no se consigue suplente, se tienen que quedar a adoblar turno, sin importarles si han comido, o si tienen algún compromiso. Si se niegan a hacerlo, son suspendidas por quince días. Si se quedan, antes sólo se les pagaba el turno sencillo, y no las horas extras.

A las madres taquilleras no se les concedían ni remuneraban las sencillo, y no las horas extras.

taquilleras no tenían derecho a escalafón, ni a días económicos, ni a préstamos del ISSSTE (solamente a lo acumulado por ellas), ni tampoco tenían derecho a casas habitación por no ser de base.

Con esa situación no es de extrañarse que las taquilleras lucharan por su basificación. La lucha, emprendida en 1973, empezó con unas pocas y lentamente fue cobrando fuerza hasta contar con el apoyo del sindicato del S.T.C., de los otros trabajadores del Metro y de algunos grupos independientes. Durante esta lucha las taquilleras han recurrido a multitud de

tácticas: desde colarse en actos oficiales, para entregarle una carta a María Esther Zuno o para hacer denuncias (como lo hicieron en la tribuna del Año Internacional de la Mujer), hasta marchar el 10. de mayo llevando una manta de tres metros con su demanda de basificación. También organizaron un mitin en la explanada frente a las oficinas administrativas y le presentaron al Jefe del Departamento del D. F., Lic. Octavio Senties, un pliego petitorio. Publicaron una carta abierta en la prensa nacional exponiendo su situación y pidiendo solidaridad con su lucha. Y sobre todo no cejaron, siguieron luchando juntas hasta conseguir el 5 de noviembre de 1975, a más de dos años de iniciada la lucha, la anhelada basificación. Curiosamente la notificación oficial por parte de la dirección del S.T.C. les llegó el 28 de enero de 1976.

Desde entonces la lucha continúa en otros terrenos. Ahora ya existe un reglamento de condiciones generales bastante aceptable, pero que no se cumple. Hay muchas promesas y pocos hechos. El transporte está concedido, pero no hay todavía. Les pagan, pero no les conceden la media hora de alimento. Siguen doblando turno sin aviso y con la amenaza de abandono de trabajo, si no lo hacen, pero ya les pagan las horas extras. La guardería es un proyecto y ya les pagan, aunque no les conceden, las horas de lactancia. La situación de ir al baño no ha cambiado, ni tampoco la de recoger los sobrantes que luego compensarían los faltantes. Sin embargo, las taquilleras están contentas, no satisfechas, pero sí contentas, pues una primera fase de la lucha ha sido ganada. Al tener base y sindicalizarse, sus demandas entrarán al terreno de las condiciones generales de trabajo, que se negociarán por medio del sindicato.

Recordamos las palabras del director del Metro, Ing. Espinoza Ulloa, reiterando su posición de no conceder la base a las taquilleras porque se prestaría a dificultades para "proceder contra ellas en casos de robos o fraudes" y declarando además que como gozaban de sueldos de 3 800 a 4 500 y gozaban de diversas prestaciones (?) esto hacía "innecesaria su sindicalización". La respuesta de las taquilleras a estas declaraciones fue aclarar que sus sueldos nominales, incluyendo el aumento del 16%, eran de \$ 3 781.60 o sea de \$ 2 898.00 neto y le recordaron al patrón que si un trabajador comete robo o fraude, aunque sea miembro del sindicato más poderoso, es procesado legalmente; por lo que tener base no le impediría actuar a la justicia.

Hoy, las 675 (ingresaron 50 más) taquilleras del Metro forman una parte importante del sindicato y aportan su fuerza y su experiencia combativa. Han recorrido un largo trecho del camino y siguen luchando por las condiciones estipuladas en el reglamento. Con su lucha han conseguido modificar una situación de injusticia y discriminación contra las mujeres.

*mireya
toto gutiérrez*

tribunal de crímenes contra la mujer

El Tribunal Internacional de Crímenes contra la mujer se reunió en Bruselas del 4 al 8 de marzo de 1976. Este encuentro ha sido considerado una de las acciones feministas más importantes de los últimos tiempos. A propósito del mismo, Simone de Beauvoir dijo que: "El tribunal marcaba el comienzo de la descolonización de la mujer".

El antecedente del Tribunal fue el Primer Congreso Feminista Internacional, organizado en Frankfurt en noviembre de 1974 por las feministas alemanas. Allí, asistieron más de 800 mujeres y entre los diferentes grupos de trabajo sobre la condición femenina, uno de ellos tomó a su cargo la preparación de los medios tendientes a la realización de un Tribunal que sería una plataforma de denuncia de los crímenes, y al mismo tiempo, sería un medio de sensibilización que daría la posibilidad de crear una red feminista internacional para luchar contra la violencia, que bajo todas sus formas, se realiza constantemente en perjuicio de la mujer.

De los diferentes países representados en Alemania, dos mujeres quedaron responsables de constituir en sus lugares de origen los Comités Nacionales para la organización del Tribunal.

Posteriormente, en marzo de 1975 se llevó a cabo en París, la Primera Reunión Preparatoria del Tribunal con el objeto de

considerar aspectos tendientes a la realización del proyecto, entre otros, lo relativo a organización, forma, lugar, financiamiento, etc. A dicha reunión asistieron grupos feministas de 18 países: Italia, Austria, Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Alemania, Noruega, Dinamarca, Suecia, Suiza, Estados Unidos de Norteamérica, Portugal, Puerto Rico, México, Irlanda y España.

Entre los puntos importantes se decidió que: el Tribunal se ocuparía de casos relativos a la medicina, siquiatría, economía, religión, sexualidad, ideología, violencia física, esterilización forzada, aborto, tortura, violación, pornografía, divorcio, trabajo doméstico, madres solteras.

Se precisó que el tribunal sería una acción eminentemente feminista, en consecuencia, financiado por los grupos militantes del movimiento de liberación de la mujer de los países participantes, sin aceptar influencias ni presiones de instituciones oficiales o gubernamentales de ningún país.

En cuanto a la forma se procedería principalmente a partir de testimonios personales, video-tapes, películas, mesas redondas y lectura de informes.

Se constituyó igualmente, un Comité de Coordinación Internacional integrado por siete mujeres de diferentes países: Italia,

Inglaterra, Irlanda, Austria, Estados Unidos, México y Noruega. Tres de estas mujeres residen en París y se escogió dicha ciudad como la sede de la Coordinación.

A partir de este momento, se inició un año de trabajo constante por parte de los Comités Nacionales y de la Coordinación Internacional que sirvió de unión entre los diferentes países, enviando información, comunicados y organizando reuniones para valorar el trabajo realizado y determinar los pasos a seguir. A medida que los trabajos avanzaban, el número de los países participantes aumentaba.

Bruselas fue escogida para la realización del Tribunal, como resultado de una votación que consideró que esa ciudad reunía los elementos necesarios para el éxito de dicho encuentro internacional.

Así, del 4 al 8 de marzo de 1976 se reúnen en Bélgica cerca de 3 000 mujeres provenientes de 33 países: Australia, Austria, Bélgica, Brasil, Canadá, Chile, Dinamarca, Inglaterra, Francia, Alemania Occidental, Grecia, Holanda, India, Irán, Irlanda, Israel, Italia, Japón, Corea, Luxemburgo, México, Noruega, Portugal, Puerto Rico, Arabia Saudita, Escocia, África del Sur, España, Suecia, Suiza, Siria y Estados Unidos de Norteamérica.

Se trabajó durante cinco días. El tribunal se centró en testimonios personales. A título de ejemplo mencionamos algunos de los casos presentados:

- Inglaterra* • Mujeres golpeadas por los maridos y aborto. Explotación política y psicológica de las mujeres.
- Irlanda* • *Contracepción y casos de mujeres recluidas por sus maridos en hospitales psiquiátricos.*
- Dinamarca* • Violación y denuncia de la pornografía.
- Bélgica* • Aborto y leyes relativas al matrimonio.
- Italia* • Mestre-Venecia: Trabajo doméstico. Roma: Aborto
- Suiza* • Parto.
- Noruega* • Denuncia de la supuesta igualdad entre el hombre y la mujer que la ley consagra desde 1927
- Puerto Rico* • Esterilización forzada.
- España* • Situación legal de la mujer.
- Estados Unidos* • Violación, las mujeres y la pobreza.
- Grecia* • Testimonio de mujeres prisioneras políticas.
- Japón* • Prostitución.
- Holanda* • Violación.
- Austria* • Situación de las mujeres que trabajan fuera de la casa.
- Australia* • Status y opresión de las mujeres aborígenes.
- África del Sur* • Crímenes contra las mujeres africanas.
- Suiza* • Las mujeres y el desempleo.
- Noruega* • Condiciones de trabajo de la mujer en la vejez.
- Portugal* • Violación, prostitución y aborto.

Resoluciones

Entre las diversas resoluciones tomadas, señalaremos las de:

Mujeres golpeadas por los esposos:

Mujeres de Japón, Holanda, Francia, Gales, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Austria, Estados Unidos de Norteamérica y Alemania, decidieron luchar por los derechos de las mujeres golpeadas y de sus hijos, y llamaron a una acción urgente de todos los países para combatir este crimen. Pedirán a los gobiernos que se reconozca la existencia y extensión en todas las capas sociales de este problema y que se dé ayuda para la construcción de casas-refugios, ayuda financiera y una protección legal efectiva para esas mujeres y sus hijos.

Mujeres israelitas:

Expusieron que mediante el diálogo entre ellas y las mujeres árabes en el marco de trabajo del feminismo internacional, comprendieron que su opresión viene de la sociedad patriarcal y no de una oposición de nacionalidades. El Tribunal fue el primer foro internacional en que juntas, las mujeres árabes y las israelitas condenaron públicamente la opresión que viven en sus respectivas sociedades.

Manifiesto de las mujeres ancianas:

Denunciaron el aislamiento a que la sociedad las somete, las inadecuadas medidas para el cuidado de su salud y la imagen que los medios de comunicación dan de la mujer anciana considerándola como un ser asexual.

Salario al trabajo doméstico:

Organizar grupos de trabajo en una campaña internacional para luchar por el salario al trabajo doméstico, considerando que las acciones en este sector atacan las bases materiales de explotación de la mujer. Al respecto existen grupos de trabajo en Inglaterra, Italia, Canadá, Suiza y Estados Unidos de Norteamérica, que luchan por el reconocimiento de la productividad del trabajo doméstico.

Esta primera sesión del Tribunal fue muy importante porque, en contraste con la Conferencia del Año Internacional de la Mujer celebrada en México en junio-julio de 1975 y con el Congreso Mundial de Berlín del Este en octubre de 1975, fue

una acción verdaderamente feminista ya que su actividad se centró exclusivamente sobre la opresión de la mujer. Toda su organización estuvo a cargo de mujeres feministas, militantes de los diversos grupos de liberación de la mujer y no por gobiernos u organismos oficiales. Fue financiada enteramente por el movimiento feminista y por todo el trabajo voluntario, ejemplo: 33 mujeres intérpretes profesionales dieron su trabajo absolutamente gratis, traduciendo simultáneamente en 5 lenguas: francés, inglés, alemán, español e italiano.

Un ejemplo de cooperación digno de mencionarse es el de la señora Riva de Backer, Ministra Belga de la Cultura, quien permitió el uso del Palacio de Congresos y dio todas las

facilidades, sin imponer ninguna condición al movimiento feminista.

En la conferencia participaron mujeres comunes, no sólo líderes o "estrellas", mujeres de todas las edades, medios sociales y creencias.

Se creó una red feminista internacional para luchar contra la violencia física, síquica y social que se ejerza contra la mujer en cualquier parte del mundo.

Finalmente, el Tribunal demostró que las mujeres representamos una fuerza revolucionaria consistente en nuevas formas de vida, de comunicación, de relaciones, de organización política y de uso del poder.

las glorias de la competencia

¿A punto de divorciarse...?

¡Piense en su venganza!

Si su hombre quiere dejarla (por "otra" o para ser libre), ¿por qué facilitarle su partida? ¡Utilice este catálogo de VENGANZAS!

Por Alice Kosner

¿COMO reaccionaría usted si su marido, un buen día, como caído del cielo, le plantease el divorcio... ¿para casarse con otra mujer!? Si usted lo acepta sumisa y resignadamente — ¡ay, amiga mía! —, entonces usted es ¡anormal! Perdóneme la franqueza, pero no cabe otra frase. La reacción femenina típica en respuesta a una demanda de divorcio (según los psicólogos más autorizados del mundo) es: ¡VENGANZA!

O sea, que las mujeres podemos actuar y vengarnos del hombre que nos abandona con absoluta impunidad y tranquilidad de conciencia. Es LO QUE SE ESPERA de nosotras.

¿EN QUE OTRA FORMA SUTIL PUEDE
UNA MUJER "EXPRIMIR" A SU EX?

Otra arma muy poderosa que usted puede utilizar en la batalla

del divorcio (persiguiendo siempre la causa ideológica de obligar al ENEMIGO a darle una "compensación económica") es: ¡la lengua! El chisme. Sí, el comentario deliberado y con mala intención para desprestigiar a su ex y hacer que se vea obligado a comprarle su silencio ¡en oro!

INVOLUCRE A "LA OTRA" EN EL LITIGIO...

Y ¡MATE A LOS DOS PAJAROS DE UN TIRO!

No tenga consideraciones con "la otra". (¿Acaso las tuvo ella con usted cuando le robó el marido?) Ella es la verdadera causa del divorcio, después de todo, ¿no es eso? Pues ¡menciónela en el proceso legal! Su hombre no la va a mencionar, por supuesto; y cuando usted lo haga, él le ofrecerá todo el dinero que sea necesario (el secreto de adulterio se paga MUY bien), para que usted se calle y no haya escándalo. Ojo: está protegiendo a "la otra", no a usted. Sea implacable. Cobre bien caro por su silencio. Y después que haya cobrado... ¡hable de todos modos! Así la venganza será doble y doblemente dulce.

¿Que no es ético? ¿Y qué?

Tomado de la revista *Cosmopolitan*

ruth
pearson

refugios para mujeres golpeadas en gran bretaña

El movimiento feminista de la Gran Bretaña es heterogéneo, está constituido por multitud de grupos diversos, por su distribución geográfica, su tendencia política y su estrategia. Se ha avocado a la solución de muchos problemas específicos, en su intento por cambiar la situación de opresión de las mujeres dentro de su sociedad. En algunas de sus campañas ha logrado un éxito considerable. Como ejemplos podemos citar la Ley de Igualdad de Oportunidades y la Ley contra la Discriminación Sexual, puestas en vigor el 31 de diciembre de 1975, y destinadas a hacer ilegal la discriminación contra las mujeres por parte de patronos, el Estado y los individuos.

Se han alcanzado victorias, sólo para sufrir nuevas derrotas: sigue en pie la lucha por erosionar el derecho tan combatido y controvertido, incompleto hasta ahora, al aborto. En otras más, especialmente la participación de la mujer en la vida pública, aún no ha fructificado. Las mujeres resienten los efectos de la crisis económica de la Gran Bretaña; son las más afectadas por las disminuciones en los servicios estatales.

El mayor logro del movimiento feminista inglés de los últimos cinco años consiste más en su existencia misma que en sus resultados, en términos de victorias específicas. Se ha convertido en una fuerza política que ya no se puede ignorar. Toda

campaña, ya sea que se trate de aborto, guarderías infantiles, cambios legislativos, procedimientos legales en casos de violación, información por parte de la profesión médica sobre los riesgos en los medicamentos, cirugía y otros tratamientos que se nos proporcionan en nuestra ignorancia y "para nuestro bien". La campaña por proporcionarles refugio a las esposas golpeadas, es excelente ejemplo de cómo esta cruzada —organizada alrededor de un ejemplo de opresión muy real y evidente— ha servido para promover la fuerza del movimiento en general. No es nueva la violencia doméstica, ni para la sociedad británica ni para ninguna otra sociedad del mundo. Más aún, ha sido el pan cotidiano de la mayoría de las sociedades, tanto así que se le ha considerado inevitable, y en algunos casos inclusive deseable. Aun en aquellos sectores donde no recibe una aprobación franca, la manera misma como están redactadas las leyes provoca que las mujeres carezcan de defensa contra los malos tratos de sus maridos.

La explicación más aceptada de "pegarle a la esposa" en los códigos académicos liberales, ha consistido en decir que es la reacción del trabajador enajenado ante la frustración que le produce su trabajo (o su incapacidad de encontrar un empleo remunerativo para mantener a su familia). Con ello, la mujer, amortiguador tradicional entre el hombre y las contradicciones

que provoca su papel productivo en la sociedad, lamentablemente sufrió lo que se consideraron ataques esporádicos de violencia, asociados generalmente a la ingestión de cantidades excesivas de cerveza los viernes por la noche.* De estos razonamientos bien intencionados, surgen varios supuestos:

- Que la violencia doméstica es parte del sistema.
- Que se trata de algo esporádico, asociado usualmente a la ebriedad (es decir, un comportamiento desviado, anormal).
- Que es un fenómeno que se da en las clases bajas, que carecen de voluntad para resistir el deseo de acudir al "Pub" los viernes por la noche y no comprenden que desquitan sus frustraciones donde no corresponde.

Hay otros aspectos de la vida británica que refuerzan esta manera de razonar. Existe un proverbio popular que reza: "El hogar del hombre es su castillo" y en él se refleja buena parte de la actitud chauvinista de la sociedad británica. Aunque se supone que lo que ese dicho popular significa es el derecho irrevocable de la propiedad en este país, creemos que va mucho más allá. Describe la actitud de que el hombre "es el que manda" en su casa; dicho de otro modo, a nadie le importa cómo trata a su mujer y a sus hijos. El sistema legal apoya por completo esta actitud. Una mujer no puede ser requerida para testimoniar contra su esposo; hasta hace poco, no tenía derecho a las propiedades comunes del matrimonio, a menos que pudiera probar irrefutablemente que éstas estuvieran a su nombre. Con todo esto, lo mejor que podía esperar en términos legales, en caso de violencia doméstica, era la intervención renuente de la ley, bajo forma de interdicción civil al marido de golpearla. Cuando abandonaba la casa (para protegerse en la casa paterna) se le podía acusar de abandono y de ser persona carente de recursos propios, con lo que no tenía derecho a una ayuda económica automática para ella y para sus hijos, de parte del padre. Con esto quedaba bajo la espada de Damocles.

El movimiento feminista, al alcanzar el éxito en su campaña para obtener el apoyo oficial para crear refugios para las mujeres maltratadas, ha demostrado que el problema de la violencia doméstica es de índole social y de enormes dimensiones, que antes permanecían ocultas bajo actitudes de complacencia. También se ha evidenciado la naturaleza sexista de la legislación, ya que le ha negado a la mujer la protección legal contra la violencia doméstica y con ello obliga al gobierno a enmendar algunas de las anomalías más aparentes en los derechos legales de la mujer casada.

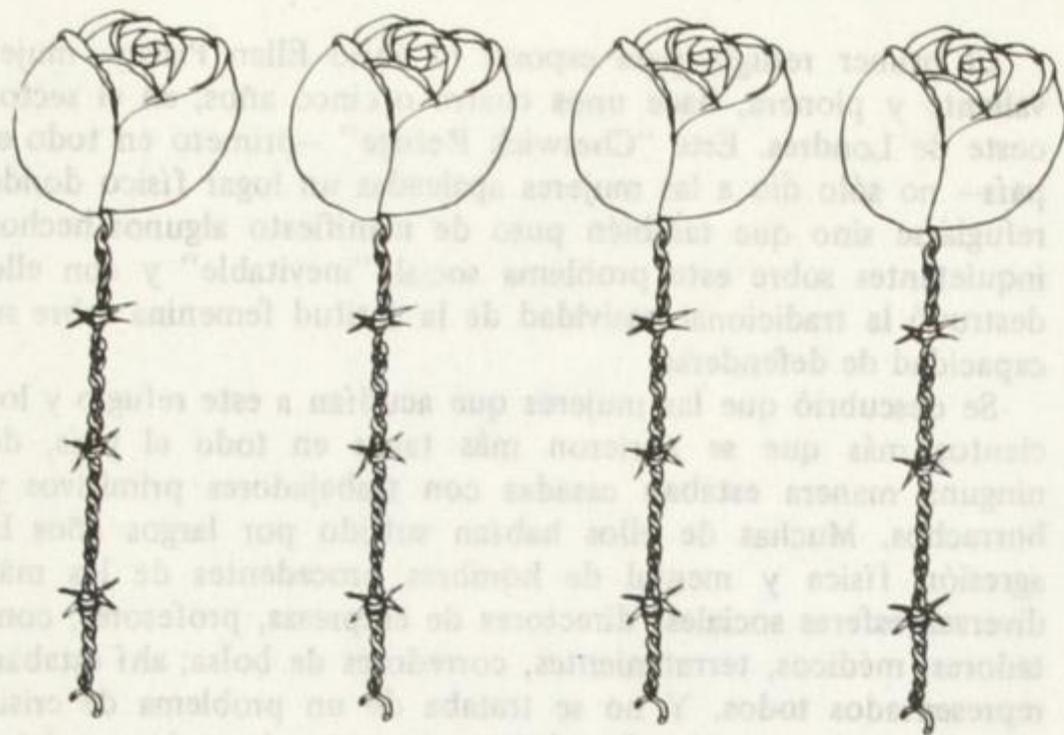
* En Inglaterra los trabajadores de la producción reciben su paga semanalmente en efectivo.

El primer refugio para esposas lo abrió Ellen Pizzey, mujer valiente y pionera, hace unos cuatro o cinco años, en el sector oeste de Londres. Este "Cheswick Refuge" —primero en todo el país— no sólo dio a las mujeres apaleadas un lugar físico donde refugiarse sino que también puso de manifiesto algunos hechos inquietantes sobre este problema social "inevitable" y con ello destruyó la tradicional pasividad de la actitud femenina sobre su capacidad de defenderse.

Se descubrió que las mujeres que acudían a este refugio y los cientos más que se abrieron más tarde en todo el país, de ninguna manera estaban casadas con trabajadores primitivos y borrachos. Muchas de ellos habían sufrido por largos años la agresión física y mental de hombres procedentes de las más diversas esferas sociales: directores de empresas, profesores, contadores, médicos, terratenientes, corredores de bolsa; ahí estaban representados todos. Y no se trataba de un problema de crisis esporádicas de agresión. Se relataron historias de mujeres sujetas a palizas sistemáticas, de mujeres sometidas a latigazos, quemadas; mujeres humilladas frente a sus hijos, obligadas a presenciar el mismo tratamiento brutal a sus hijos —niños consecuentemente resentidos o agresivos, o ambas cosas.

No fue sólo el alcance del sufrimiento, ni lo extendido de la violencia doméstica en la sociedad británica lo más importante de estas revelaciones, ni tampoco sus heridas y sufrimientos: lo más significativo fue que se comenzó a comentar el problema. Por primera vez quizás estas mujeres, obligadas a ampararse en los refugios, han podido hablar de sus experiencias con otras mujeres que han pasado por situaciones similares. Lo que por años fuera su infierno privado, una experiencia que les provocaba culpas y vergüenza, una sensación de derrota y aislamiento, se convirtió en un relato de opresión común. En vez de tratar de cumplir con sus responsabilidades domésticas y protegerse a sí mismas y a sus hijos contra la agresión constante, real o potencial, las mujeres en los refugios ahora son capaces, cuando menos a corto plazo, de disfrutar de la protección física contra la agresión. Pueden discutir sus experiencias sin culpa ni vergüenza, de una manera que las hace conscientes de la nueva situación, de que no se trata de un problema individual, sino de una manifestación común de la opresión femenina en su sociedad.

En la Gran Bretaña los refugios están organizados en los municipios, por los habitantes mismos, por voluntarios y, en pocos casos, con la participación de personal asalariado. En ellos, las condiciones de vida generalmente son malas, básicamente porque siempre hay demasiadas mujeres (con sus hijos) en busca de protección, en relación con la capacidad física del refugio. Pero la experiencia de vivir en común con otras mujeres y su



prole —muchas veces dolorosa y difícil— cuando menos teóricamente les descubre la posibilidad de organizar sus vidas con la ayuda de otras mujeres, sin tener que depender forzosamente —psicológica y económica— de un sádico, simplemente porque aporta el dinero o porque es el padre de sus hijos, o “porque así son las cosas”. ¡Las cosas pueden cambiar!

También los niños salen beneficiados con este cambio físico de su medio ambiente. Quizás por primera vez en su vida tienen oportunidad de jugar, de descansar, de sustraerse a la constante tensión que sólo espera la menor oportunidad para estallar en violencia —una oportunidad de romper el círculo vicioso ya que ha quedado demostrado que la mayoría de los responsables de actos de violencia doméstica, fueron a su vez víctimas o testigos de un comportamiento semejante durante su niñez y que simplemente actúan de acuerdo con la única experiencia de las relaciones familiares que conocen.

La creación de estos refugios también ha provocado una diferencia en la situación legal de las mujeres. Antes de su creación, una mujer podía acudir ante un juzgado civil (no criminal) para requerir la acción legal contra su marido. Pero mientras no tuviera a donde ir ¿qué protección podía darle un simple pedazo de papel? Ahora los juzgados tienen el derecho de prohibirle al hombre el acceso al domicilio conyugal, cuando se puede demostrar que le ha causado daños físicos a su esposa (y/o hijos). Se han efectuado otros cambios legislativos que le aseguran a la mujer el derecho al 50% de los bienes comunes, sin importar a nombre de quien estén registrados, ni quien los haya pagado, de manera que cuando menos en teoría, la mujer puede

convertirse en propietaria legal de la casa familiar, independientemente de quien haya cubierto la renta/hipoteca, o de quien firmara el contrato.

Resulta evidente que los refugios no constituyen una solución permanente. Las mujeres no pueden permanecer ahí por el resto de su vida. A veces ni siquiera sirven como solución temporal. El Cheswick Refuge original fue quemado hasta sus cimientos por maridos airados. En repetidas ocasiones los hombres se han introducido por la fuerza en los refugios para volver a golpear ahí mismo a sus esposas. El movimiento feminista tuvo que presionar a la opinión pública para obtener el apoyo legal para impedir a la prensa la publicación de la dirección de esas casas, y para proteger contra la agresión a las mujeres que ahí se encuentran. El movimiento feminista también ejerció presión para que las autoridades locales prestaran su apoyo a los refugios, concediendo edificios de propiedad pública y fondos para su mantenimiento y personal.

El departamento de servicios sociales con el tiempo llegó a reconocerlos oficialmente y les enviaba clientes víctimas de violencia doméstica. El Departamento de Seguridad Social* por ley debía aceptar estos refugios como domicilio legal de las mujeres y asegurar que residentes, cuando se tratara de mujeres casadas, recibieran el apoyo económico de sus cónyuges para cubrir los gastos tanto de ellas como de sus hijos.

Estos refugios para mujeres, aunque con retraso, han obtenido la aceptación y el apoyo oficial, pero su número todavía es muy reducido y totalmente inadecuado. No obstante, este cambio en la política oficial ha provocado mayor reconocimiento social, en el sentido de que la violencia doméstica es manifestación directa de la forma como nuestra sociedad oprime a las mujeres y que no se trate de la agresión anormal de miembros alcohólicos de las clases bajas.

El problema en sí está vigente; no basta su reconocimiento para que quede erradicado. Pero se lucha para que la sociedad encare el problema de las mujeres revelándoles que colectivamente poseen poder para cambiar la situación; que su futuro no radica en su aislamiento, sino en su solidaridad; que no bastan las soluciones a corto plazo; que son víctimas de una situación que se basa en la manera misma como está organizada nuestra sociedad y que, aunque la lucha es larga, dura y dolorosa, tienen el poder y el deseo de cambiarla.

Traducción de N. W.

* Es la institución encargada de los pagos a desempleados, de prestar servicios y dar subsidios de subsistencia a la personas carentes de ingresos sustitutos.

el caso “excelsior”

México cuenta con 2 015 periódicos y sólo en el Distrito Federal hay 21 diarios (entre matutinos y vespertinos). Según las estadísticas, tenemos en nuestro país 17 millones de analfabetos. Por lo tanto ¿quien lee estas hojas impresas? (A los observadores extranjeros siempre les ha asombrado que un índice tan alto de analfabetismo produzca un índice tan inaudito de papel impreso.) Chiapas, por ejemplo, tiene fama en el campo del periodismo: 15 diarios de más de 1 500 ejemplares cada uno. Tamaulipas también. Torreón no es menos prolífico. La provincia ha dado algunas periodistas notables.

Sin embargo hasta el día 8 de julio de 1976, la voz de mando la ejercía EXCELSIOR en sus tres ediciones que en conjunto sumaban 285 mil ejemplares. Julio Scherer García, Hero Rodríguez Toro y su equipo de reporteros colocaron a *Excelsior* entre los diez mejores periódicos del mundo, y el mejor de habla hispana. El 8 de julio de 1976, de la noche a la mañana, la situación cambió. La embestida contra la libertad de prensa, las innumerables campañas pagadas y publicadas en otros diarios, notoriamente en contra del editorialista Gastón García Cantú, los ataques sistemáticos difundidos y apoyados por Televisa (Canal 2), las hojas calumniosas, los gacetilleros, las amenazas y las injurias personales dieron resultado. Ese mismo día se efectuó la

Asamblea de la cual Vicente Leñero ha hecho una amplia y acuciosa reseña. En pocas horas violentas, amargas e irracionales se acabó con la labor periodística de nueve años, una labor que nos dignificaba por su compromiso con la inteligencia, y sobre todo con las causas populares.

Se alega que Julio Scherer fue impuesto por la cooperativa de *Excelsior* y destituido por la misma cooperativa y que por lo tanto se trata de un problema interno, casero y que la prensa internacional no tiene por qué cubrir de injurias al presidente Echeverría y llamarlo como lo hace el Washington Post “el asesino de *Excelsior*”

Que en la cooperativa había tensiones, descontentos, irritaciones y envidias, es muy posible, pero lo cierto es que —en contra de la imagen que de sí mismo había dado, en contra de su respeto por el debate y la disensión—, Echeverría no movió un dedo. Viéndolo bien, no es del todo culpable Echeverría. Los culpables somos nosotros porque no hemos sabido defender un bastión limpiamente conquistado, y no nos hemos dado a respetar. A Echeverría puede parecerle ignominioso que la crisis interna de *Excelsior* se internacionalice pero nada más ignominioso que el silencio de la prensa nacional en torno al caso

Excelsior, un silencio en que José Pagés Llergo, director de la Revista "Siempre", adquiere dimensión y señorío porque a la hora de la verdad es el único que tiene capacidad de protesta.

Entre el 80% de colaboradores, reporteros y editorialistas que salieron de *Excelsior* se cuentan varias mujeres que renunciaron a su puesto: Jeannette Becerra Acosta y Rosa María Roffiel. Asimismo Nadia Piamonte cuyas crónicas críticas e irónicas eran un deleite. (Habría que recordar especialmente una acerca de un desfile de modas como propaganda de la candidatura de Hugo Cervantes del Río a la senaduría), Angeles Matretta de *Ultimas Noticias*, María del Carmen Ruiz Castañeda, editorialista. Sara Moirón, entera y valiente, atacó al sindicato de Petróleos Mexicanos, Raquel Tibol, Esther Seligson, Ulalume González de León, Josefina Solares, Elvira Gascón contribuyeron con su talento al *Diorama de la cultura*. Las mujeres mencionadas no quisieron seguir trabajando en un "Excelsior" que rompía su compromiso

consigo mismo: el de ser el medio principal de las corrientes democráticas en México.

Octavio Paz, director de la Revista Plural, renunció a ella. Esta revista tenía una gran repercusión internacional como la tiene el propio poeta Paz. Entre sus mejores páginas destaca la excelente labor de Gabriel Zaid, uno de los críticos más lúcidos y más profundamente creativos de nuestro tiempo, la de Daniel Cosío Villegas, la de Gastón García Cantú y la de Paz. Su desaparición es grave. Paz es en la actualidad el primer poeta de América Latina y silenciarlo y silenciar las directivas que puede darle a una revista es una demostración de nuestra barbarie cultural. Paz, encuentro de los cuatro vientos, puente entre la cultura mexicana y la universal, es un factor decisivo e indispensable en la vida de México y en la de América Latina.

Marginar y aislar a nuestras mejores inteligencias es un acto de opresión indigno de nuestro tiempo.

E. P.

LA FUNCION
CREA
EL
ORGANO



CHVAY
LAVALEZ

margarita
peña

santa: un arquetipo de prostituta

Quisiera empezar citando el concepto de Germaine Greer, autora de *El eunuco femenino*, sobre el estereotipo. De acuerdo con esta escritora feminista, "en esa misteriosa dimensión en que el cuerpo se une con el alma es donde nace el estereotipo, y donde reside su ser. Es más cuerpo que alma, más alma que mente." Podríamos aplicar esta definición a los arquetipos de mujeres —cuerpos, almas, mentes—, es decir a la imagen de la mujer tal como se plasma en la literatura mexicana, en la novela mexicana de principios de siglo y concretamente en *Santa*, la obra maestra de Federico Gamboa, gran novelista decimonónico, conservador, católico a ultranza y, a un tiempo, gran creador, padre solícito con sus criaturas literarias, quizás el único enamorado auténtico de Santa, la prostituta a quien la sociedad de su tiempo lo obligó a escarnecer en una de las novelas más leídas en el momento de su aparición (1909), y en los años subsecuentes.

Numerosos son los arquetipos que desfilan por la novela mexicana. Con ellos se podría elaborar un amplio catálogo en el que figurarían, entre otros, tres que me parecen básicos por la frecuencia con que aparacen en nuestra narrativa, porque son definitivos en el balance de la opinión de una sociedad patriarcal y sexista que se expresa a través del escritor y que tiene por objetivo último a la mujer perteneciente a esta misma sociedad.

Tales arquetipos serían: a) la mujer que es muñeca de lujo, escaparate en el cual se exhibe la riqueza del dueño, del varón, y que es, claro, mujer-objeto. Un buen ejemplo sería Gaby, el personaje principal de *La Escondida*, de Miguel N. Lira; b) la mujer sumisa y abnegada, "esposa y madre", un ser borroso y casi invisible, que siempre está en donde debe estar, que es como una silla, como una mesa o, en términos de Mariano Azuela, "como el sol que sale todos los días y nadie se lo agradece". Arquetipo que se da por cientos en nuestra narrativa, se halla claramente definido en *La luciérnaga*, del mismo Azuela; y por último, aunque con éste no se agote el repertorio de mujeres arquetipos, tenemos a la prostituta, un ser vilipendiado por antonomasia, y por supuesto, también mujer-objeto. Los tres arquetipos, de acuerdo con sus particulares esquemas, comparten un mismo denominador: son mujeres-objeto pertenecientes a una sociedad en la que, entre otras cosas, se les impide decidir su vida.

Federico Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* visualiza el matrimonio burgués como una forma de prostitución en la que la única diferencia entre la esposa y la prostituta común y corriente reside en que aquella no

vende su cuerpo a ratos, como una asalariada, sino de una vez por todas, como una esclava. Tanto Conchita, el personaje de *La Luciérnaga*, como Gaby, la mujer de Felipe Rojano en *La Escondida* vivirían, de acuerdo con el planteamiento de Engels, formas de prostitución disimulada en la sagrada institución del matrimonio, mientras que Santa, el personaje que da título a la novela de Gamboa, vive la prostitución de modo abierto y flagrante, cavando paso a paso la tumba que le ha reservado una sociedad establecida sobre fundamentos machistas.

Siguiendo el testimonio de la literatura mexicana de los siglos XIX y XX debemos aceptar la evidencia de que la mujer de la clase media baja o la mujer campesina cuando queda huérfana, cuando es abandonado por el marido o por el amante, no tiene más salida que prostituirse ni más recurso que darse a la "mala vida". Esto sucede con muchas de las heroínas románticas y postrománticas, desde la Pomposita de Fernández de Lizardi en *La Quijotita y su prima*, hasta la Tacha de Juan Rulfo en "Es que somos muy pobres", la Gladys García de Fuentes en *La región más transparente* y las prostitutas de Revueltas, pasando por el arquetipo inefable, perfecto de la prostituta que es Santa y algunas mujeres de Cuéllar y de Manuel Acuña. Y aquí habría que preguntarse cuál es la razón de la proclividad de ciertas heroínas literarias a perderse en la "mala vida". Ente otras razones se podrían mencionar la inutilización de la mujer como elemento socialmente productivo por la sobreprotección que se le da en el seno de la familia tradicional; la falta, como consecuencia de lo anterior, de una profesión o un oficio que le permita valerse en la vida por sí misma, ya que, por lo menos las carreras profesionales se reservan para los hijos varones. En pocas palabras, la mujer ha sido castrada por la sociedad sexista, y de esta castración derivarán la autodevaluación y la pérdida de identidad, que en forma extrema se manifiestan en el personaje de la prostituta.

El arquetipo literario de la prostituta puede dividirse en dos tiempos, en dos momentos vitales: *antes* y *después* de la caída. En *Santa* el *antes* vendría a ser la adolescencia de la protagonista, vivida en el marco idílico del pequeño pueblo de Chimalistac y, en términos de Gamboa, el equivalente más cercano del paraíso. El *después* estaría dado por los años de juventud, pues Santa muere joven, transcurridos en el purgatorio de la capital, en el microcosmos infernal de los prostíbulos. El *antes* y el *después*, se hallan separados por la caída, determinada ésta por el "pecado" que comete Santa al entregarse sexualmente a un hombre.

Antes de la caída: en esta época de su vida, Santa responde al modelo de la típica mujer campesina. Sus actividades cotidianas

se reparten entre el cuidado de la pequeña casa que habita con su madre y sus dos hermanos, y esporádicos paseos al río o a la feria. Santa vive joven, sana, hermosa y absolutamente ignorante, protegida bajo el ala del amor materno y fraterno. A Santa, como a cualquier muchacha de su clase social, se le oculta intencionalmente todo aquello que pueda perturbar su candor, su inocencia. El sexo es, por supuesto, tabú. Respecto a esta ignorancia intencional de la sexualidad en algunas sociedades subdesarrolladas, Gisèle Halimi ha dicho, refiriéndose concretamente al contexto tunecino: "Por lo que toca a la sexualidad, es muy sencillo: las niñas no la tenían, no tenían derecho a tenerla. En el momento de la pubertad mi madre no me dijo nada sobre el plan de la educación sexual. Todo lo que tenía que ver con la sexualidad estaba lleno de culpabilidad, de clandestinidad." Santa oculta su primera menstruación con femenino pudor ya que, por atavismo, debe considerarla algo vergonzante.

El primer sobresalto en la vida de Santa está marcado por la aparición del macho, un militar que la desflora y la abandona. El momento de la desfloración es descrito en un tono ritual que se sintetiza en una frase: "Santa ahogó sus gritos: los que arranca a una virgen el dejar de serlo." No dejamos de percibir el placer sádico que indudablemente experimenta el autor ante el dolor de su heroína, placer del cual no podemos culparlo por entero pues corresponde a una mentalidad machista generalizada para la cual la mujer no debe ofrendar solamente su himen, sino ofrendar también sufrimiento, y lágrimas y un enorme, abrumador sentimiento de culpa. Al regresar a su casa, después de la entrega, Santa está a punto de arrojarse al río, pues suicidándose pagará por su pecado en lo que Gamboa llama "una muerte ideal y extraordinaria". Lo que sigue inmediatamente en el relato se inserta dentro de una tradición judeo-cristiana según la cual una mujer deshonrada debe ser una proscrita. Especie de Eva culpable de su propia caída, Santa es arrojada del paraíso de Chimalistac por los ángeles iracundos que son la madre y los hermanos. Engañada por el amante que no volvió para desposarla, repudiada por su familia, a Santa no le quedará más vida que la de la prostitución, sinónimo de castigo y penitencia. Pero no ha sido Santa la ultrajada. Es ella quien según la moral decimonónica, ha ultrajado a una sociedad católica patriarcal y sexista.

Después de la caída: Tertuliano, en los primeros siglos del cristianismo abominaba de la mujer en los siguientes términos: "¡Mujer, debieras ir vestida de luto y andrajos, presentándote como una penitente anegada en lágrimas, redimiendo así la falta de haber perdido el género humano!"

En el curso de los años que le queden de vida, Santa vestirá,



de luto aunque exteriormente bafe su piel con finos perfumes y se cubra de sedas. La prostituta elegante en que Santa se convierte, será a la vez reina y esclava. En el burdel, Santa es el objeto de lujo deseado por medio México porfirista. Dice Gamboa que toda la ciudad pasó por su alcoba, y añade: "era esclava de todo el mundo". La mujer que se entrega a la "mala vida", pierde su identidad, alcanza el último grado de la despersonalización, de la cosificación. El cuerpo de Santa no es sino un hermoso objeto cuya descripción desborda las páginas de la novela. Sorprende, en el curso de la lectura, la abundancia de alusiones a la anatomía femenina en términos que recuerdan más bien a una cosa inanimada o una estatua. Este objeto debe poseer determinadas cualidades. Entre otras cosas, debe ser blanco, duro, terso, de líneas perfectas según los cánones de la moda. Algunas de las expresiones favoritas del autor en relación con el cuerpo-objeto de la protagonista son: "cuerpo magnífico y resistente", "cuerpo sano y macizo", "cuerpo trigueño, voluptuoso y duro", "perenne desnudez impúdica", tomado el término "desnudez" en su acepción más impersonal y abstracta.

Refiriéndose al sexo tal y como lo entiende una sociedad cristiana, Germaine Greer ha señalado que "mientras el encuentro sexual sea considerado furtivo y sucio, tiene que prevalecer cierta

profunda ambivalencia hacia el objeto de las atenciones sexuales". A esta ambivalencia se refiere Gamboa cuando precisa en tono escéptico que "no existía entre ellos (Santa y sus amantes ocasionales) más que el eterno odio que, en el fondo, separa a los sexos". Es decir, que en el contexto de la narración, una vez pasada la excitación sexual que el autor describe, no le queda a Santa más que enfrentar el tedio, y a veces el rechazo, de sus clientes.

Aunque parezca paradójico, en este micromundo sexista en el que la mujer ha sido confinada a la alcoba o a la sala del prostíbulo, el peor enemigo de la mujer no es el hombre, sino las demás mujeres. Acostumbradas a rivalizar para atraer la atención del varón que se expresa en halagos y alabanzas, llegan a odiarse, sin percibir hasta qué punto son víctimas de la manipulación masculina. Santa padece además no sólo la envidia de sus compañeras de trabajo, sino el odio de mujeres a las que ni siquiera conoce, de las "mujeres decentes", de las esposas cuyos maridos la han alquilado alguna vez. Son ellas quienes la arrojan del templo cuando, a la muerte de su madre, busca consuelo en la religión. Como la mujer adúltera del evangelio, como otra María Egipcíaca, Santa ostenta, de acuerdo con Gamboa, "una

mancha infamante" que la denuncia en cualquier momento, en cualquier situación.

Kate Millet ha comprobado a través de un serie de entrevistas realizadas a prostitutas neoyorquinas, que el desprecio de la sociedad es lo que obliga a la prostituta a anesthesiarse. La mujer que se dedica a la prostitución enajena su dignidad de ser humano. Prostituirse no es tan sólo vender un servicio; es más que eso: es vender el alma. A lo largo del proceso de degradación descrito por Gamboa, Santa va perdiendo el alma. En el trato diario con los hombres no se le permite hablar, conversar, pues no le pagan por eso. Llega a no tener opinión, a no poder hilar una conversación. Kate Millet afirma que el alcoholismo y la drogadicción en las prostitutas responden a la necesidad que éstas tienen de construirse defensas, de desconectarse de la realidad negándola, borrándola. Cuando el intento de relación de Santa con Rubio, el segundo de sus amantes "formales" fracasa, y la patrona del burdel se niega a recibirla, ella se refugia en el alcoholismo. Al respecto dice Gamboa que "Santa se había vuelto la querida del alcohol". A partir de ese momento la vida del personaje se pierde en un doloroso laberinto: en las noches, buscar clientes; en las mañanas, alcoholizarse, día con día hasta consumir la destrucción.

Para Kate Millet, los insultos que el hombre "respetable" suele dirigir a la prostituta —en este caso, las injurias de Rubio a Santa— provienen de su propia conciencia vergonzante, de sus propios sentimientos de culpa. A través de esos insultos que acepta con pasividad creciente, Santa va adquiriendo la convicción de que ella es algo sucio, por oposición a los hombres quienes, de acuerdo con lo que tantas veces le ha sido dicho, constituyen la parte honorable de la sociedad. Este sentimiento de autodevaluación se pone en evidencia en el pasaje en el que los hermanos acuden a avisarle que la madre ha muerto, castigándola con una humillante actitud de superioridad moral que le niega el más mínimo consuelo. Al asumir lo que los demás consideran su abyección, Santa se hunde en la depresión y en el vacío.

La noción de que se es abyecta obliga a la prostituta a doblegarse y a aceptar las premisas que los demás le imponen. Una de las condiciones que acepta de modo automático al ingresar en el "oficio" es la de fingir. Santa finge placer, orgasmo, ternura y hasta amor, viviendo en un mundo ilusorio que el hombre le obliga a crear mediante la paga. Y es precisamente el choque entre este mundo ficticio y su realidad más irreductible —las mañanas grises y solitarias, la miseria rampante, el alcoholismo— lo que acaba por destruirla.

Por lo demás, es evidente que la prostituta piensa casi siempre

en términos capitalistas. A pesar de su degradación, cada vez mayor, rechaza cualquier posibilidad, por lejana que sea, de desempeñar trabajo asalariado. "Sirvienta no, quizás vendedora", piensa el personaje de Gamboa cuando lo asaltan los remordimientos. Esto lo explica Kate Millet al señalar que la prostitución "es una especie de capitalismo del 'laissez-faire'; una esclavitud psicológica, un sistema feudal, una intoxicación, una enajenación en el dinero". En efecto, el dinero que recibe de sus clientes viene a cerrar el círculo de la enajenación dentro del cual se mueve Santa.

El estigma social inherente a la prostitución es muy poderoso, convirtiendo el oficio en una especie de estado global que envuelve a la prostituta para toda la vida. Santa se siente prostituta desde el primer momento en que traspasa el umbral de la casa de Elvira. Hay algo mágico en este gesto que la encadena para siempre. Cuando abandona al torero Jarameño, retorna mansamente al burdel. El relajamiento moral de Santa, su abandono, su lasitud, implícitos en el acto de infidelidad al Jarameño son, por lo demás, totalmente congruentes con su enajenación y su aislamiento más íntimos, de los cuales no la rescata ni siquiera la adhesión incondicional, y un tanto chantajista, del ciego Hipólito.

Insensibilizada por el alcohol, impermeable a cualquier sentimiento, Santa recibe el último castigo que una sociedad puritana reserva para las prostitutas: la enfermedad venérea, que la mujer no se atreverá a confesar a nadie, que tampoco intentará curar, que la fulminará y la llevará a la tumba. La expiación se cumple y, en el umbral de la muerte, Santa concluye, triste y resignadamente: "Los hombres nos desprecian por ser lo que ellos han hecho de nosotras."

Prescindiendo de los amplios párrafos impregnados de un lirismo excesivo, de las admoniciones de Gamboa, entre severas y escépticas, de la retórica naturalista que el autor no puede eludir, en *Santa*, novela magistral de la narrativa mexicana del siglo XIX, sentimos la fascinación del autor por su personaje, esa especie de ginolatría que pudiera resultar paradójica en una mentalidad machista, esa especie de adoración de Federico Gamboa hacia Santa, prostituta mexicana de la época de Don Porfirio. Ello no impide, sin embargo, que el autor condene a su arquetipo femenino, manteniéndose fiel a una moral judeo-cristiana que se anticipa en el epígrafe que Gamboa coloca a la novela, un versículo del *Libro de Oseas* que dice: "Yo les daré rienda suelta; no castigaré a vuestras hijas cuando habrán pecado, ni vuestras esposas cuando se hayan hecho adúlteras; pues que los mismos padres y esposos tienen tratos con las ramera... / por cuya causa será azotado este pueblo insensato, que no quiere darse por entendido."

mary wollstonecraft, feminista del siglo XVIII

Una vida intensa, productiva y breve es la de Mary Wollstonecraft, quien desde muy niña conoció las injusticias, la opresión—palabra muy usada por ella en sus escritos— que vivían las mujeres en el siglo XVIII. Su sensibilidad, su lucidez y sus experiencias vitales la hicieron comprender la necesidad de que las mujeres vivieran circunstancias más favorables para su desarrollo pleno, y la llevaron a una concepción nueva de los derechos de la mujer.

En esa época en la Gran Bretaña, una mujer casada, por ley, estaba sometida totalmente a su esposo. Era, *de jure* y *de facto*, propiedad de un hombre. Si heredaba, su dinero era transferido a su cónyuge. No podía abandonar a su marido, a menos que él la golpeara continuamente y si dejaba el hogar, legalmente o por la fuerza la obligaban a regresar. Las solteras, sobre todo las de las clases más bajas, no vivían en mejores condiciones, como lo prueba la vida de las mejores amigas de Wollstonecraft.

Como muchas feministas contemporáneas, Mary Wollstonecraft vivió con su familia las experiencias que la hicieron rebelarse contra las costumbres que consagraban la sumisión, la no-existencia de las mujeres. Era la hija mayor de un extejedor y granjero que se portaba con su familia como un tirano irresponsable. Por supuesto, los padres no se alegraron cuando en 1759 nace Mary.

¿Una mujer como primer hijo? ¡Vaya desgracia! En este medio hostil se desarrolla Mary quien en la adolescencia defendió a su madre de los ataques de su esposo borracho. Más tarde, toda su familia dependerá de la hermana mayor; especialmente sus hermanas, Elizabeth y Everina.

Muy joven, Mary abandona su casa. Debió luchar mucho para ganarse la vida. Hizo los trabajos permitidos a una mujer: coser, enseñar, cuidar, como institutriz, a los niños de las familias ricas. Esta última experiencia le sugiere reflexiones sobre la educación y escribe el ensayo titulado *Thoughts on the Education of Daughters with Reflections on Female Conduct in the More Important Duties of Life*. En 1788 publica *Mary, a Fiction*.

Sus dos primeros trabajos contienen ya las ideas que más tarde defenderá, en su lucha feminista. Aquí están presentes su reconocimiento de las restricciones impuestas a las mujeres por la educación; su manera realista, sin ilusiones, de ver el matrimonio; su convicción sobre la supremacía de la razón y los efectos del medio sobre las personas.

Al fin, después de varios años de trabajos que despreciaba, Wollstonecraft encuentra su vocación. Alrededor de los 28 años empieza a escribir, actividad que no dejará de hacer hasta pocos días antes de su muerte, a los 38 años.

Muy influida, como otros intelectuales de su época, por la revolución norteamericana y, sobre todo, por la francesa, Mary defendía la libertad, de hombres y mujeres. En 1791 publica el ensayo *A Vindication of the Rights of Men*. Un año más tarde, en 1792, el ensayo que la hace nuestra contemporánea: *A Vindication of the Rights of Woman*. Escribió, asimismo, *An Historical and Moral View of the Origin and Progress of the French Revolution*. En 1793 fue testigo de la etapa de terror por la que atravesaba la revolución francesa. Se espeluzna ante la facilidad con que utilizaban los revolucionarios la guillotina. No obstante, es fiel a los anhelos revolucionarios y más tarde, de vuelta en Inglaterra con su hija pequeña, desea regresar a Francia para que su hija sea "libre", crezca en un país libre.

Durante ese periodo en Francia, Mary conoce a un aventurero y comerciante norteamericano, Gilbert Imlay, de quien se enamora y tiene una hija, Fanny, nacida en abril de 1794. Al aceptar ser una madre soltera, ya que nunca se casa con Imlay, aunque durante un tiempo viven juntos, Mary prueba su libertad y su capacidad para escandalizar a sus contemporáneos. En efecto, por sus ideas libertarias en sus ensayos sobre las mujeres, Mary despertó grandes controversias y ataques. (*A Vindication of the Rights of Woman* fue recibido en 1792 como en nuestro siglo *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir..)

La relación con Imlay fue muy desgraciada, porque él no le da todo el amor y la seguridad que Mary necesita y ésta, desesperada, intenta suicidarse dos veces. Después de la primera, su amante la envía a Suecia, Noruega y Dinamarca, en viaje de negocios. Desde esos países, ella le escribe cartas amorosas, rogándole que vuelva a ella. Estas cartas son publicadas en 1795 y están consideradas como los mejores ejemplos de la buena prosa de Wollstonecraft. Imlay tiene otra amante cuando Mary regresa de su viaje. Entonces ella le propone que los tres vivan juntos en la misma casa. A pesar de su feminismo, de su libertad de su arrojo, Mary Wollstonecraft anhela una vida familiar feliz, con Imlay y su hija Fanny. No la consigue.

Terminada la aventura, regresa desilusionada a Inglaterra donde conoce al filósofo anarquista William Goodwin. Primero son muy amigos, tienen muchas cosas en común. En *A Vindication of the Rights of Woman*, Mary dice de la amistad: "...es un afecto que debe tomarse en serio. Es el más sublime de todos los afectos, puesto que se basa en principios, y queda cimentado por el tiempo. Del amor puede decirse precisamente lo opuesto. En un alto grado, el amor y la amistad no pueden subsistir en un mismo pecho; aun cuando estén inspirados por objetos diferentes, tienden a debilitarse o destruirse entre sí, y cuando se refieren al mismo objeto, sólo pueden ser sentidos sucesivamente"¹ Esto lo sucede con Godwin, quien se convierte en su amante y con quien

se casa, en 1796, después de cuatro meses de embarazo. Los meses que dura su matrimonio con Godwin son los más felices de su vida.

En esa época Mary escribe la novela *Maria or the Wrongs of Woman*, que será publicada por su esposo después de la muerte de la autora.² Al dar a luz a la que será Mary Shelley (autora de *Frankenstein* y esposa del poeta romántico), se le produce una infección generalizada de la cual muere diez días después del parto.

Para su reciente biógrafa Eleanor Flexner (*Mary Wollstonecraft*, New York: Penguin Books, 1973), una distinguida historiadora del movimiento feminista, Mary era casi la única entre sus contemporáneos que demandó que "los derechos del hombre" se extendieran a las mujeres y que éstas disfrutaran de su plena herencia humana.

A Vindication of the Rights of Woman es, principalmente un tratado sobre los derechos y la educación de las mujeres. En su introducción Wollstonecraft afirma que en los primeros años de una mujer "la fuerza del cuerpo y de la mente se sacrifican por nociones libertinas de la belleza y al deseo de establecerse por vía del matrimonio". Ella aboga por "un carácter, una personalidad como ser humano". Dice que no escribe para *damas* pero que sí se dirige a las burguesas, las que sufren más los efectos de una educación dañina y que las vuelve orgullosas, dependientes y, con la vejez, ridículas e inútiles por falta de deberes. Pensaba escribir su obra en tres tomos —el segundo sobre las leyes que afectan a las mujeres— pero sólo terminó el primer volumen.

Mujer de su siglo, creía en la razón y en los derechos del individuo con relación a la sociedad. Quería, simplemente, que los ideales de libertad individual de la revolución en Norteamérica y en Francia se aplicaran a las mujeres y que la educación les diera la oportunidad de ser económicamente independientes.

Estudia la imagen de la mujer en la literatura, como en la obra de Milton y de Rousseau, y cita a escritores, como ejemplos buenos o malos, que han escrito sobre la educación de los niños. No cree en la determinación biológica; sólo admite que los hombres son más fuertes físicamente que las mujeres. Examina y compara la educación que reciben niñas y niños y demuestra que la femineidad, o sea, la inferioridad, es en gran parte aprendida. Dice, al reflexionar sobre los papeles de los sexos: "Las hembras han sido, se podría decir, insuladas; mientras han sido desnudadas de las virtudes que debe vestir la humanidad han sido vestidas con gracias artificiales que les permiten ejercer una breve tiranía. El amor, en su pecho, desplaza a toda pasión más noble con el resultado de que su única ambición es ser bellas, despertar emociones en vez de inspirar el respeto; y este deseo innoble como el servilismo en las monarquías absolutas, destruye toda



fuerza del carácter. La libertad es la madre de la virtud. . .”

Wollstonecraft, pues, se dedica sobre todo a describir en *A Vindication of the rights of woman* el estado de ignorancia y servilismo al que fueron reducidas y condenadas las mujeres por la costumbre y la educación. Su libro ha sido uno de los más influyentes que se han escrito sobre los derechos de las mujeres.

En los primeros cien años después de que salió, se publicaron cuatro ediciones norteamericanas y seis inglesas.

En los Estados Unidos, el periódico feminista de Susan B. Anthony, *The Revolution*, lo publicó en forma serial en la segunda mitad del siglo pasado.

Los otros escritos de Wollstonecraft no llegaron a tener la misma importancia y fama. *Maria, or the Wrongs of Woman* es una obra de ficción que se basa en gran parte en experiencias autobiográficas. Aunque quedó incompleta, la obra da una poderosa imagen de la posición de la mujer en la Inglaterra del Setecientos. En su introducción, la autora dice que “la historia debe considerarse la de una mujer más bien que la de un individuo” y que su propósito fundamental al escribirla es “exhibir la miseria y la opresión, peculiares a las mujeres, que surgen de las leyes parciales y las costumbres de la sociedad”.

María, la virtuosa heroína, es encarcelada injustamente por su esposo —lo cual demuestra hasta qué punto una mujer casada fue propiedad del esposo. Cuando logra escaparse de la celda de un horrible manicomio, se enfrenta en la corte con un juez corrupto. Ante él, María dice un discurso apasionado sobre las injusticias (hoy, crímenes) contra las mujeres, desde su venta para la prostitución hasta su encarcelamiento legal por el esposo. El juez, intransigente, contesta que una mujer virtuosa tiene el deber de amar y de obedecer al hombre escogido por sus padres y familiares, ya que éstos son las personas calificadas por su experiencia para decidir por ella. Esta novela sobre los agravios de la mujer es el libro más militante de nuestra precursora en el movimiento feminista.

Como dijo Elizabeth Cady Stanton en su discurso “Sobre el matrimonio y el divorcio” de 1870: “Los que en verdad aman libremente son entre los hombres y mujeres más virtuosos. La verdadera nobleza y virtud de Mary Wollstonecraft le dieron entrada a los círculos más aristocráticos y morales de Inglaterra a pesar del rechazo que sufrió por haberse negado a respetar la institución del matrimonio y al vivir abiertamente como amante del hombre de su elección.”³

BM y MGF

¹ *A Vindication of the Rights of Woman*, ed. Miriam Brody Kramnick, Pelican Books, 1975, p. 167. Todos los números de página en nuestro texto se referirán a esta edición.

² Véase la Introducción de Moira Ferguson a la reciente edición, *Maria or the Wrongs of Woman*, New York, Norton, 1975.

³ Véase Ellen Dubois, “On labor and Free Love: Two Unpublished Speeches of Elizabeth Cady Stanton”, *Signs: Journal of Women in Culture And Society*, Vol. I, No. 1 (Autumn 1975), pp. 257-268.

fragmentos de a vindication of the rights of woman

Rousseau dice que una mujer nunca debe sentirse ni por un momento independiente y que debe guiarse por el temor a ejercer su *natural* astucia. La convierte en una esclava dotada de coquetería para hacerla un objeto sexual más atractivo, una compañera más *dulce* del hombre, cuando éste sienta deseos de relajarse. Lleva su argumentación más allá, la cual pretende derivar de las indicaciones de la Naturaleza, hasta insinuar que la verdad y la fortaleza, piedras angulares de toda virtud humana, deben cultivarse con ciertas restricciones. Respecto al carácter femenino, la obediencia es la gran enseñanza que se le debe inculcar, con el mayor rigor. ¡Qué tonterías! (p. 108)

Si se llegara a conceder que la mujer no sólo fue creada para la gratificación de los apetitos masculinos, o para ser su sirvienta de categoría, que le cocina sus alimentos y que cuida de su ropa, se podría concluir que la preocupación primordial de aquellas madres o padres que realmente cuidan de la educación femenina debería ser, si no la vitalidad del cuerpo, cuando menos el no destruir la constitución por ideas erróneas de la belleza y de las cualidades femeninas; tampoco debe permitirse a los jóvenes

absorber la idea perniciosa de que un defecto puede convertirse en cualidad mediante algún proceso químico de la razón. (p. 126)

Si consideramos a la mujer en su totalidad —cualquiera que ésta sea— y no como una parte del hombre, debemos averiguar si tiene o no el don de la razón. De tenerlo, lo que concedo por el momento, entonces no sólo fue creada para solaz del hombre, y, por ende, las características sexuales no deben nunca destruir las humanas.

Probablemente los hombres hayan incurrido en este error por considerar la educación desde un punto de vista falso, por no considerarla como el primer paso de un ser humano hacia la perfección. Han tendido a considerarla más bien como una preparación para la vida. Sobre este error sensual (no puedo llamarlo de otra manera) se ha construido el sistema falso de los modales femeninos, cosa que le roba toda dignidad a ese sexo y clasifica tanto a las morenas como a las rubias junto con las florecillas sonrientes que sólo adornan la tierra. Este ha sido siempre el lenguaje de los hombres. El temor a desviarse de un supuesto carácter sexual ha obligado a mujeres de gran inteligencia a apropiarse los mismos sentimientos. El entendimiento, en términos estrictos, se le ha negado a la mujer; y el instinto sublimado en ingenio y astucia, ha sustituido al entendimiento para sus fines vitales. (p. 142)

Otro argumento más, de gran peso para mí, creo que también debe tener cierta fuerza para todo corazón considerado y benévolo. Las niñas que han tenido una educación escasa, no están provistas para su futuro, lo cual las hace depender de la bondad de sus hermanos. Esos hermanos son, para sólo examinar el aspecto más positivo del asunto, gente buena, y conceden como un favor lo que los hijos de los mismos padres tienen como derecho igual. En esta situación equívoca y humillante, una mujer dócil puede vivir por algún tiempo con un grado tolerable de comodidades. Pero cuando se casa el hermano, de ser la responsable de la familia, se le comienza a considerar como intrusa, una carga innecesaria que recae sobre el jefe de la casa y su nueva compañera. ¿Quién podría relatar las desgracias de tantos seres infortunados cuyas mentes y cuerpos son igualmente débiles, y que sufren bajo tales condiciones, incapaces de trabajar y avergonzadas de pedir? (p.157)

■ En resumen, el tono mismo de la educación femenina tiende a hacer románticas inconstantes aun a las mujeres mejores; y a las otras las hace frívolas y mezquinas. En el estado actual de la sociedad, este mal, temo, carece de remedio aun en grado mínimo. Si alguna ambición más laudable llegara a ganar terreno, podrían acercarse más a la naturaleza y a la razón, podrían hacerse más virtuosas y útiles, al volverse más respetables. (p. 169)



... las mujeres de todas las clases naturalmente adecúan su comportamiento para gratificar el gusto que les permite obtener placer y poder. Por consecuencia, las mujeres se debilitan más de lo que debieran, en su mente y en su cuerpo. A veces no tiene ni la fuerza suficiente para cumplir con la tarea primordial de una madre: dar a luz y amamantar a su hijo. . . (p. 249)

■ Los dos sexos se corrompen y mejoran mutuamente. Creo que ésta es una verdad irrefutable, que se extiende a cada una de las virtudes. La castidad, la modestia, el espíritu público y todo el noble conjunto de cualidades en que se basan la virtud y la felicidad sociales, deben ser comprendidos y cultivados por toda la humanidad, pues de lo contrario serán ineficaces. (p. 250)

■ Desde cualquier ángulo que se considere el tema, tanto la razón como la experiencia me convencen de que el único método para hacer que las mujeres cumplan con sus obligaciones particulares consiste en liberarlas de toda restricción, permitiéndoles participar en los derechos inherentes a toda la humanidad.

Libéreselas y pronto se harán sabias y virtuosas, y los hombres lo serán más aun, porque la mejoría debe ser mutua. Si no, la injusticia a que es sometida la mitad de la raza humana se vuelve contra sus opresores y la virtud del hombre estará carcomida por el mismo insecto que oprime con sus pies.

Hablo del mejoramiento y la emancipación de todo el sexo femenino, porque sé de unas pocas mujeres que, por accidente, o siguiendo una fuerte tendencia de la Naturaleza, han adquirido una porción de conocimiento superior al del resto de su sexo, y a menudo son dominantes y altivas. Pero ha habido otras que, al obtener tal conocimiento superior, no han dejado de ser modestas, ni han despreciado pedantemente, en otras, la ignorancia que han extirpado de su mente. (p. 296)

■ En efecto, al sexo femenino se le ha negado todo privilegio político. Excepto en juicios criminales, ni siquiera las mujeres casadas tienen una existencia civil. Esto desvía su interés de la comunidad en general hacia cosas insignificantes. . . (p. 306)

Traducción de fragmentos de N. W.

denuncia

Los medios de difusión nacionales e internacionales emplearon el pasado mes de mayo enormes espacios y tiempo para informar al público los pormenores del secuestro de Nadine Chaval, hija del embajador de Bélgica acreditado en México, acto condenable por lo que implica privar de la libertad a un menor, con el agravante de la violencia y el dolo en la consumación del delito y la amenaza de muerte de no cumplirse la exigencia del pago de una alta suma. Finalmente –los secuestradores observaron las disposiciones de la Convención de Viena sobre inmunidades y privilegios a los diplomáticos– Nadine Chaval fue puesta en libertad, una vez satisfechas las exigencias de los secuestradores.

En esos mismos días fue secuestrada otra mujer: María Elena

Vargas Sánchez cajera de un establecimiento comercial. Y aunque este secuestro –delito tipificado en nuestro Código vigente– se cometió con las mismas características del arriba mencionado, los móviles eran muy distintos: se trataba de obtener una suma que supuestamente, la víctima robó del establecimiento en el que seguramente por un salario reducido, desempeña un trabajo alienante. Los secuestradores de María Elena no fueron delincuentes amparados en la clandestinidad cobarde, al contrario, se trataba de agentes del orden, no por eso menos delincuentes que los otros. A María Elena “la llevaron a un lugar que no pudo ver debido a que le vendaron los ojos, ahí la desnudaron, para atarla después y sumergirla en agua fría con objeto de que confesara hacer robado cincuenta mil pesos”.

No Cometió Ningún Robo

Tres Días Secuestraron a una Cajera y la Sometieron a Cruelles Torturas

Por Ignacio Alvarez H

Atractiva cajera de un establecimiento comercial, fue secuestrada y sometida a tormentos durante 3 días, para que se confesara culpable de un robo que jamás cometió.

María Elena Vargas Sánchez, de 28 años, acusó en la Delegación de Azcapotzalco, a su patrón, Rafael Romero, propietario de la tienda Comercial del Descuento, S. A. ubicada en Tlalnepantla, Estado de México.

La empleada señaló que su patrón en combinación con agentes policíacos, al

parecer de la DIPD, con engaños la llevaron hasta un lugar que no pudo ver debido a que le vendaron los ojos, en donde la desnudaron, para atarla y después sumergirla en agua para así obligarla a confesar a "quién le había dado las llaves del lugar para que se cometiera el robo".

"Sólo escuchaba gritos de la gente que era torturada pero no pude ver nada, puesto que desde la calzada México-Tacuba los policías me vendaron los ojos", dijo la afligida mujer.

Su querrela quedó radi-

OVACIONES, miércoles 26 de mayo
p 10.

cada en el acta 1183. La empleada expresó que el viernes próximo pasado se encontraba en sus labores cuando llegó Rafael Romero, quien le dijo que se había cometido un robo en la negociación y que ella tenía que ir a declarar a la policía.

Ella pensando que se trataba de una cuestión de rutina, accedió a acompañar a los tres hombres que se identificaron como agentes.

Violando la soberanía del Estado de México, los policías la trasladaron a esta Capital y al circular por la Calzada México-Tacuba, le vendaron los ojos y la tiraron sobre el piso de la parte posterior del automóvil.

Después la llevaron hasta un lugar en donde la hicieron víctima de vejaciones. La desnudaron y ataron a una tabla en la que la sumergían en el agua hasta casi asfixiarla para que se confesara culpable del robo.

Durante tres días la mantuvieron en esas circunstancias casi sin darle de comer hasta que finalmente se convencieron de que era inocente y la pusieron en libertad ayer por la tarde.

Después de contarles lo ocurrido a sus familiares decidió presentarse en la delegación a acusar a su

patrón y a los agentes policíacos, que en combinación con aquél, la plagiaron y torturaron.



¿Cuántas mujeres trabajadoras, obreras, sirvientas y amas de casa, ignorantes de sus derechos, imposibilitadas social y económicamente para acudir a los tribunales en la justa exigencia de justicia, son violadas diariamente en esta ciudad? ¿Cuántas más son golpeadas por sus maridos, explotadas por sus patrones, atropelladas por el aparato de violencia al servicio del orden social machista? ¿Alguna asociación feminista, barra o colegio de abogados se ha preocupado alguna vez por denunciar los delitos que se cometen en México?

XXI

siglo veintiuno editores sa

LIBROS SOBRE LA MUJER

LA MITAD DEL CIELO: EL MOVIMIENTO DE LIBERACION DE LAS MUJERES EN CHINA

Claudie Broyele

EL PODER DE LA MUJER Y LA SUBVERSION DE LA COMUNIDAD

Mariarosa Dalla Costa y Selma James

EL ESPIRITU DE UN PUEBLO: LAS MUJERES DE VIETNAM

Margaret Randall

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN
SIGLO XXI EDITORES, S.A.

el ágora

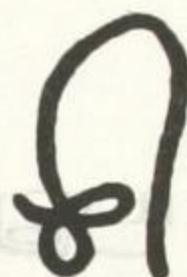
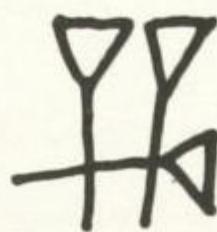
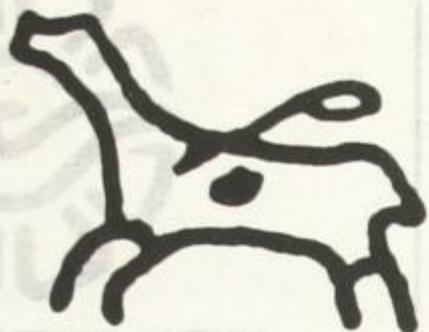
libros • discos • café • galería

insurgentes sur 1632 • z p - 19 • 534 98 44 y 534 98 47



RINCÓN GABCHÓ
DE SAN ANGEL

COPILCO 3 / TELÉFONO: 5-48-74-71 / MEXICO / D. F.



**IDEAS
SIGNOS
LETRAS
PALABRAS
LIBROS
COMUNICACIÓN**



**FONDO DE CULTURA
ECONÓMICA**

COMERCIAL FONDO DE CULTURA, S. A.

ESTUDIO

AKI  **ITAMI**

Especializado en RETRATOS FINOS

Av. La Paz 58 Locs. F-G
San Angel México 20, D. F.
Tel. 548-4713 548-8005



NUEVA CULTURA LATINOAMERICANA, S. A.
SERIE CANCIONES COMPROMETIDAS:
COMPOSITORES INTERPRETANDO
SUS PROPIAS CANCIONES

JULIO SOLORZANO

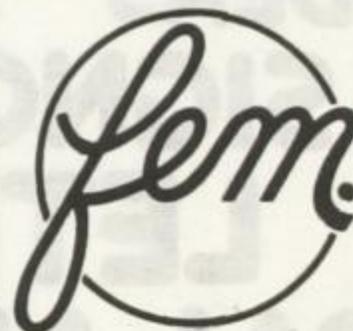
NACHA GUEVARA
acompañada de Alberto Favero

GLORIA MARTIN

EL JUGLAR

Libros / Centro Cultural / Discos

Avenida Revolución 1915
Teléfonos: 548-26-97 y 550-31-94 México 20, D. F.



Hortensia 54 Col. Florida
México 20, D. F. / Tels.: 524-38-49 / 548-72-39

Adjunto la cantidad de _____

importe de _____

suscripción(es) a la Revista.

Nombre _____

Domicilio _____

Ciudad _____

País _____

Para la República Mexicana \$100.00

Para el extranjero \$150.00 (Dls. 12.00)

libros y revistas
sobre el movimiento
femenino italiano.

plaza río de janeiro 53
esq. durango méxico 7, d.f.
tel. 514-1499



**libreria
italiana**

JOAQUIN MORTIZ

Algunos títulos

Guadalupe Dueñas NO MORIRE DEL TODO

Ana Mairena CENA DE CENIZAS

Maruxa Vilalta EL OTRO DIA, LA MUERTE

Concha Méndez ANTOLOGIA POETICA

María Luisa Mendoza DE AUSENCIA

Julieta Campos TIENE LOS CABELLOS
ROJIZOS Y SE LLAMA SABINA

En todas las librerías o en
JOAQUIN MORTIZ Tabasco 106 México 7, D. F.

GANDHI

Libros — discos — Cafe — Galería
Miguel Angel de Quevedo Nos. 128-130
Teléfonos: 550-18-184 y 548-19-90
México 20, D. F.

librairie française, s. a.

reforma 250-1, méxico 6, d. f.
tels. 533-54-90 — 533-54-91

Quelques letres féministes:

MDI, UNE MILITANTE,

Arlette Laguiller / Témoigner / Stockz.

LA CONDITION FEMININE A TRAVERS LES ÂGES

Monique A. Piettre / EDITIONS FRANCE-EMPIRE

L'AFFRANCHISSEMENT DES FEMMES

Claire Démar / Payot.

CONTRE LE VIOL, Femmes en mouvement

ANDRA MEDEA, KATHLEEN THOMPSON / PIERRE HORAY

SALON DE LA PLASTICA MEXICANA

HAVRE 7 • TEL 511-60-99
Y
HAMBURGO 202

galería arvil

hamburgo 241,
525-24-57 • 525-57-73 • méxico, d. f.

DIALOGOS

artes / letras / ciencias / humanas

Número 71 (septiembre-octubre 1976)

José Lezama Lima
Mario Ojeda Leonardo Cammarano
Jean Grenier y Albert Camún
Wanda/Inés Arredondo
Entrevista a Daniel
Cosío Villegas,
Cathryn Thorup
Homero Aridjis
Ma. Solá de Sellares

Director:
Ramón Xirau

Venta y suscripciones: El Colegio de México
Librería: Guanajuato 131, México 7, D.F.
Tel: 574-65-17

redacta, s.a. servicios editoriales

corregio 4-a
cd. de los deportes
méxico 19, d.f.
563-47-86 — 563-38-19

ONA - EROS

Revista de las Mujeres
Revolucionarias Japonesas C.O.:

SHAKAI HYORONSHA
HONGO, 2-11-10
BUNKYO-KU
TOKYO, JAPON

Galería

Lourdes Chumacero
Arte Contemporáneo

Estocolmo 30
México 6, d. f.
514 06 46

EL PARTO NO ES UN CASTIGO

PSICOPROFILAXIS OBSTETRICA, S.C.
Paseo de las Palmas 745-102
540-24-82 y 540-48-13

Servicio de Psicoprofilaxis Obstétrica, S.C.
Agrarismo 208-406
516-99-00 ext. 146 y 277-16-42

SALA MARGOLIN WALTER GRUEN

Discos / Libros sobre la música

CORDOBA 100 / MEXICO 7, D.F. / APDO. 7-982
TELEFONOS 528-89-45 514-15-68

TALLER DE MUJERES

GRUPOS FEMINISTAS
DE ESTUDIO Y TRABAJO

Informes: 548-24-95

COLEGIO DE ANTROPOLOGIA

FACULTAD DE TRABAJO SOCIAL
UNIVERSIDAD
AUTONOMA DE NUEVO LEON

Colaboradores

• **Lourdes Arizpe**, mexicana, doctora en antropología. Coordinadora del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Autora de *Indígenas en la ciudad de México, el caso de las Marias*.

• **Simone de Beauvoir**, francesa. *El segundo sexo* (París 1949) fue asumido como obra fundamental del feminismo, quince o veinte años después de su publicación, por el Movimiento de Liberación de la Mujer, al que Simone de Beauvoir ha declarado reiteradamente su adhesión.

• **Nancy Cárdenas**, mexicana, doctora en letras, directora de teatro. Las últimas obras que ha dirigido son: *El efecto de los rayos gama sobre las caléndulas*, de Paul Zindel, *Losschicos de la banda*, de Mart Crowley y *Cuarteto*, de E. A. Whitehead.

• **Alaide Foppa**, guatemalteca, reside en México, doctora en Letras, crítica de arte, Maestra de Literatura Italiana en la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM) y de Sociología de la Mujer en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (UNAM). Tiene a su cargo el programa Foro de la Mujer en Radio Universidad. Ha publicado varios libros de poesía y *Confesiones de José Luis Cuevas*.

• **Nelly García Bellizzia**, mexicana, arquitecto, doctora en urbanismo, vice-presidenta de la Union Internationale des Femmes Architectes y presidenta de la sección mexicana de la misma, presidenta del Consejo Nacional de Mujeres Arquitectos e Ingenieros de México, A. C.

• **Margarita García Flores**, mexicana, periodista, directora del periódico *Los Universitarios*.

• **Margo Glantz**, mexicana, doctora en letras, autora de *Tennessee Williams y el teatro norteamericano*, *Viajes en México* y de varias traducciones, entre otras *La tragedia española* de Thomas Kyd. Dos antologías sobre narrativa joven de México. Profesora de literatura en la UNAM.

• **Luis González de Alba**, Mexicano, Psicólogo y escritor, Autor de la novela *Los días y los años*.

• **Marta Lamas**, mexicana, antropóloga; trabaja en investigación en la UNAM; militante del Movimiento de Liberación de la Mujer en México.

• **Carmen Lugo**, mexicana, licenciada en derecho, maestra en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (UNAM).

• **Beth Miller**, norteamericana, doctora en letras. Autora de *La poesía de Jaime Torres Bodet*.

• **Dacia Maraini**, italiana, novelista, autora de obras teatrales y de poesía; organizadora de la sección de teatro dentro del grupo feminista de la Maddalena en Roma.

• **Lita Paniagua**, guatemalteca, reside en México y Nueva York, periodista; colabora en revistas de México, Estados Unidos e Inglaterra.

• **Ruth Pearson**, inglesa, economista, feminista militante, trabaja en el CIDE y prepara su tesis de doctorado.

• **Margarita Peña**, mexicana, maestra en Letras Españolas, investigadora y catedrática en la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM); prepara su tesis de Doctorado en el Colegio de México. Ha publicado: *Alegoría y Auto Sacramental* (UNAM), *Una de cal y otra de Arena* (INJUVE).

• **Elena Poniatowska**, mexicana, ha escrito nueve libros de cuentos, novela y periodismo, entre los que destacan *Hasta no verte Jesús mío* y *La noche de Tlatelolco*.

• **Andrea Revueltas**, mexicana, escritora, reside en París donde prepara su doctorado en Filosofía.

• **Mireya Toto Gutiérrez**, mexicana, doctora en derecho, investigadora en la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana (Azcapozalco); colaboradora de la revista feminista NOSOTRAS (París); miembro de la coordinación internacional para la creación del Tribunal de Crímenes contra Mujeres.

• **Elena Urrutia**, mexicana, psicóloga, crítica literaria, coordinadora del Museo Universitario del Chopo.

• **Nelly Wolf**, mexicana, traductora-intérprete del alemán, inglés y francés. Traduce libros para el Fondo de Cultura Económica y otras editoriales.